

## Rebelde irlandés

Fueron a América en busca de su destino y encontraron el amor.

Ella era prácticamente una princesa, él tan sólo un entrenador de caballos de carreras. Pero Brian Donnelly acababa de llegar a los Estados Unidos, donde incluso podría aspirar a conquistar a la bellísima Keeley Grant. Su riqueza y posición social no disuadieron a Brian de su objetivo... ¡aunque fuera la inocencia que ella le ofrecía lo que sedujo al rebelde irlandés!

1

En opinión de Brian Donnelly había sido una mujer vengativa quien había inventado la corbata de lazo, con el fin de estrangular a los hombres y domeñarlos completamente a su capricho. El hecho de que él llevara una de aquellas corbatas le hacía sentirse agobiado y nervioso, además de un tanto incómodo.

Pero las corbatas de lazo, los zapatos impecables y la actitud digna eran de rigor en los lujosos clubes de campo, con sus suelos de mármol reluciente y sus aparatosas arañas de cristal. Brian habría preferido estar en aquel preciso momento en las cuadras, o en la pista de carreras o en un pub lleno de humo donde pudiera encender un buen puro y charlar a su gusto. Allí era donde un hombre podía tratar de negocios con otro hombre. Sin embargo, Travis Grant le había pagado el viaje en avión hasta los Estados Unidos desde Kildare, Irlanda, y debía atenerse a sus condiciones.

Entrenar caballos de raza significaba comprenderlos, trabajarlos, todo excepto vivir con ellos. Las personas eran necesarias, por supuesto. Pero los clubes de campo eran para propietarios, o para todos aquellos que se dedicaban a viajar de hipódromo en hipódromo, por cuestiones de prestigio o de beneficio. Una mirada al salón en el que se encontraba le indicó a Brian que la mayor parte de aquella gente tan encopetada nunca había empleado su valioso tiempo en palear estiércol. A pesar de todo ello, si Travis Grant quería ver cómo se manejaba en aquel ambiente tan selecto, cómo se codeaba con la aristocracia, Brian estaba dispuesto a aguantarse. El trabajo aún no era suyo. Y quería conseguirlo a toda costa.

Royal Meadows de Grant era una de las más prestigiosas fincas de purasangre del país, y durante la última década se había convertido en una de las mejores de mundo. Brian había visto correr a sus caballos en Kildare, en Curragh: todos eran unas auténticas bellezas. El último lo había visto solo unas semanas antes, cuando el potro que había entrenado Brian había sobrepasado al de Maryland por medio cuello. Pero medio cuello era más que suficiente para ganar la bolsa del premio, y con ello su sueldo de entrenador. Y lo que era aún más importante, también había hecho que el todopoderoso señor Grant se fijara en Brian Donnelly.

Así que allí estaba, invitado a una elegante gala organizada por un lujoso club americano de millonarios. Encontraba aburrida la música, pero al menos tenía una cerveza y disfrutaba de una buena posición desde donde contemplarlo todo. La comida era abundante y tan sofisticada como los invitados. Las parejas que bailaban lo hacían con más dignidad que entusiasmo, aunque... ¿quién podía culparles cuando la orquesta era tan animada como una bolsa de patatas fritas? Era una auténtica experiencia ver brillar tantas joyas.

Pensó que a su jefe en Kildare nunca se le había ocurrido invitar a sus empleados a sus fiestas. El viejo Mahan siempre había sido un tipo honrado y cabal. Y el cielo sabía que amaba a los caballos..., siempre y cuando hubieran terminado ingresando en la élite de los ganadores. Pero Brian no había vacilado ante la oportunidad de dejar aquel trabajo para apostar por uno nuevo. Y bueno, si no conseguía el de Grant, ya conseguiría otro. El caso era que había decidido quedarse en los Estados Unidos durante un tiempo.

Le gustaba trasladarse de un sitio a otro, de una finca a otra, y no veía razón para que no pudiera hacer lo mismo en Estados Unidos que en Irlanda. Y con mayor razón, dada la extensión de aquel país. Tomó un trago de cerveza y arqueó una ceja al ver entrar a Travis. Brian lo reconoció en seguida, así como a Adelia, su esposa irlandesa: un punto a su favor en su campaña para hacerse con el empleo. Grant era un tipo alto y fuerte, con el cabello salpicado de canas. Tenía un rostro de rasgos duros, curtido y bronceado por la vida a la intemperie. A su lado, su mujer parecía un duendecillo. Iban de la mano, un detalle que sorprendió a Brian. Sus padres habían tenido cuatro hijos y siempre se habían llevado estupendamente, pero nunca les había gustado los públicos despliegues de afecto, aunque fueran tan nimios como el simple hecho de caminar de la mano.

Un joven se interpuso entre ellos. Se parecía mucho a su padre. Brian lo reconoció de haberlo visto en el hipódromo de Kildare: era Brendon Grant, el presunto heredero. Y parecía muy cómodo con su aventajada condición..., así como con la esbelta rubia que llevaba del brazo. Brian había averiguado que los Grant tenían cuatro retoños además de Brendon: una hija, otro hijo y dos mellizos de cada sexo. Fue entonces cuando apareció ella, riendo.

Brian experimentó una sensación muy extraña, y por un instante fue como si no viera a nadie más que a ella. Incluso desde donde se encontraba podía ver que sus ojos eran tan azules como los lagos de su tierra natal. Su cabello era como una llamarada roja que se derramaba, onda a onda, sobre sus hombros desnudos. El corazón se le aceleró con tres violentos latidos, para después sencillamente detenerse. Llevaba un vaporoso vestido azul, de un tono más pálido que sus ojos. Nunca en toda su vida había visto a un ser tan hermoso, tan perfecto. Tan inalcanzable. Como se le había secado la garganta, alzó su vaso de cerveza y le molestó descubrir que le temblaba ligeramente la mano.

«Esta chica no es para ti, Donnelly. Ni siquiera se te ocurra soñar con ella. Debe

de ser la hija mayor de los Grant, la princesa de la casa». Mientras permanecía sumido en esas reflexiones, un hombre elegantemente vestido se acercó a ella, quien a su vez le tendió la mano con un gesto decididamente aristocrático. Sí: aquella mujer era de sangre real.

No tardaron en presentarse más familiares: debían de ser los gemelos, Sara y Patrick. Hacían muy buena pareja, lo dos altos, esbeltos y con el cabello castaño oscuro. La chica, Sarah, que según había averiguado Brian tenía unos dieciocho años, estaba riendo y gesticulando ostentosamente. Toda la familia se volvió hacia ella, interrumpiendo inconscientemente o voluntariamente el homenaje que el joven había estado tributando a la princesa.

Brian tomó otro trago de cerveza e hizo el vaso a un lado. Aquella ocasión era tan buena como cualquier otra para abordar a los todopoderosos Grant.

—Entonces le pegó detrás de las rodillas con su bastón —estaba diciendo en aquel momento Sarah, la melliza—, y él se cayó de bruces.

—Si hubiera sido mi abuela —señaló Patrick, el otro gemelo—, habría emigrado a Australia.

Will Cunningham se merecía el bastonazo. Más de una vez me he sentido tentada de darle uno yo misma —Adelia Grant volvió la cabeza y sus risueños ojos se encontraron con los de Brian—. Bueno, ¿acaso no habría hecho usted lo mismo?

Para sorpresa de Brian, la mujer lo tomó de las dos manos para arrastrarlo al centro del círculo familiar.

—Seguramente. Es todo un placer verla de nuevo, señora Grant.

—Espero que haya tenido un buen viaje.

—Sin ninguna complicación, afortunadamente —Brian se volvió hacia Travis para saludarlo—. Señor Grant.

—Brian. Esperaba verte esta noche. Ya conoces a Brendon, ¿no?

—Sí. ¿Se hizo con el potro del que le hablé?

—Desde luego, y diste en el clavo. Al menos te debo una copa. ¿Qué te apetece beber?

—Tomaré una cerveza, gracias.

—¿De qué parte de Irlanda eres? —la pregunta procedía de Sarah. Tenía los mismos ojos de su madre: de un color verde cálido, llenos de curiosidad.

—De Kerry. Tú eres Sarah, ¿verdad?

—Sí —lo miró con expresión radiante—. Este es mi hermano Patrick, y esta mi hermana Keeley. Brady ya está en la universidad, así que desgraciadamente la familia no ha podido reunirse al completo.

—Me alegro de conocerte, Patrick —pronunció antes de volverse hacia Keeley—. Señorita Grant.

—Señor Donnelly —arqueó una fina ceja—. Oh, gracias, Chad —aceptó la copa de champaña de manos del joven que la acompañaba—. Chad Stuart, Briar Donnelly. Es de Irlanda —añadió con seca ironía.

—Oh. ¿Es usted uno de los parientes de Grant?

—No tengo ese privilegio. Hay algunos irlandeses dispersos por el país que, de hecho, no están emparentados.

Patrick soltó entonces una carcajada y se ganó una mirada de advertencia de su madre.

—Bueno, creo que toda esta tropa debería ya trasladarse a nuestra mesa. Espero que nos acompañes, Brian;

—¿Te apetece bailar, Keeley? —inquirió Chad.

—Me encantaría —respondió con tono ausente—. Pero después.

—Tenga cuidado —le comentó Brian tomándola ligeramente del codo mientras se dirigían a la mesa— o tendrá que recoger del suelo los pedazos del corazón que acaba de destrozarse.

—Yo siempre piso sobre seguro —replicó Keeley, y se aseguró luego de sentarse entre sus dos hermanos.

Pero como había aspirado su maravilloso perfume, Brian se aseguró a su vez de sentarse frente a ella. Le lanzó una rápida sonrisa antes de volverse hacia Sarah, que ya estaba charlando con él sobre caballos. Mientras tomaba un sorbo de champaña, Keeley decidió que aquel hombre no le gustaba. Simplemente... tenía demasiado de todo. Sus ojos eran verdes, algo más oscuros que los de su madre. Imaginaba que podía usarlos para cortar a sus oponentes en dos con una sola mirada. Y tenía el presentimiento de que incluso habría disfrutado haciéndolo. Tenía el cabello castaño, vetado de rubio, y lo llevaba demasiado largo. Sus rasgos eran duros, afilados. Tenía la barbilla ligeramente hendida y unos labios decididamente sensuales. Su cuerpo era el de un vaquero: delgado, de largas piernas, evidentemente nada habituado a vestir de etiqueta.

Incluso cuando no la estaba mirando Keeley tenía la sensación de que lo estaba haciendo. Como si le hubiera leído el pensamiento, en aquel instante, Brian desvió la mirada hacia ella y esbozó una sonrisa lenta, inequívocamente insolente casi provocándola a que respondiera con un gruñido. Pero en vez de darle esa satisfacción, se levantó para dirigirse sin prisas al cuarto de baño. Acababa de pasar cuando Sarah entró apresurada detrás de ella.

—¡Dios mío! ¿No es un tipo maravilloso?

— ¿Quién?

—Vamos, Keel —alzando la mirada al techo, Sarah la invitó a sentarse en uno de los taburetes del tocador—. Brian. Es tan sexy... ¿te has fijado en sus ojos? Increíbles. Y esa boca..., te entran ganas de comértela. Y tiene un trasero fantástico. Lo sé porque me aseguré de caminar detrás de él para vérselo mejor...

Riendo, Keeley se sentó a su lado.

—En primer lugar: eres tan previsible... En segundo lugar, si papá te oye hablar así, agarrará a ese tipo y lo meterá en el primer avión que salga para Irlanda. Y tercero, no me he fijado ni en su trasero ni en cualquier otro detalle suyo.

—Mentirosa —Sarah se apoyó en el tocador mientras su hermana sacaba su lápiz de labios—. Vi cómo lo mirabas de reojo.

Divertida, Keeley le pasó su lápiz de labios.

—Entonces digamos que no me impresionó mucho lo que vi. Los hombres duros y orgullosos de sí mismos no son mi tipo.

—A mí me pasa lo contrario. Si no tuviera que salir la semana que viene para la universidad...

—Pero tienes que hacerlo. Además, es demasiado mayor para ti.

—Flirtear no hace daño a nadie.

—Tú eres una experta en ello.

—Oh, es solo para contrarrestar tu frialdad de princesa —replicó Sarah y añadió, remedando el tono de su hermana y adoptando una expresión distante mientras levantaba la mano con desgana— «Oh, hola, Chad».

—La dignidad no es un defecto —insistió Keeley—. A ti no te vendría mal practicarla.

—Tú tienes bastante para las dos —re puso Sarah—. Ahora voy a salir y a intentar sacar a ese macizo irlandés a la pista de baile. Apuesto a que se mueve estupendamente.

—Oh, seguro —musitó Keeley cuando su hermana salió del cuarto de baño— Yo también lo apostaría.

Lo cual no tenía por qué significar que estuviese siquiera mínimamente interesada en él. En aquella etapa de su vida no estaba interesada en los hombres en general, y punto. Tenía su trabajo, su finca, su familia, y todo ello la mantenía ocupada comprometida y feliz. Socializar estaba bien. Una compañía interesante para cenar, estupendo. Y una ocasional cita par asistir al teatro o a la ópera, también Pero nada más. Si ese comportamiento la convertía en una princesa de hielo, ¿qué más le daba eso a ella? Los románticos flirteos se los dejaba a Sarah. No obstante, decidió mientras abandonaba el cuarto de baño, si su padre acababa contratando a Donnelly ella misma se ocuparía de vigilar su comportamiento con su inocente hermana.

Apenas había dado dos pasos dentro del salón cuando Chad apareció nuevamente a su lado, pidiéndole un baile. Aceptó con una sonrisa. Por su parte, a Brian no le importó bailar con Sarah; la chica era un encanto, simpática y locuaz a más no poder. Al cabo de diez minutos ya se había enterado de que pretendía estudiar medicina equina, de que le encantaba la música irlandesa, de que se había roto un brazo cuando con ocho años se cayó de un árbol y de que era una coqueta irremediable.

Asimismo le produjo un gran placer bailar con Adelia Grant, escuchar la lengua de su tierra natal en su voz y sentir su cálida bienvenida. Por supuesto había oído los rumores que corrían acerca de su llegada a los Estados Unidos y a Royal Meadows, para quedarse con Patrick Cunnane, que por entonces ya trabajaba para Travis Grant. Se decía que en un principio la había contratado para trabajar en las cuadras. Pero mientras bailaba con aquella elegante mujer, Brian desechó aquellos rumores: no podía imaginársela trabajando en una cuadra, ni a ella ni a ninguna de sus preciosas hijas.

La socialización no había ido tan mal, reflexionó Brian. Y se alegró de que Travis Grant le sugiriera que salieran a tomar un poco el aire.

—Tiene usted una familia encantadora, señor Grant.

—Sí que la tengo. Y muy chillona también. Espero que todavía conserve el oído después de haber bailado con Sarah.

—Es muy simpática —sonrió Brian—, y ambiciosa. Veterinaria es una carrera difícil y apasionante, sobre todo en su especialidad equina.

—Ella siempre ha querido ser veterinaria —comentó Travis mientras paseaban por el ancho camino empedrado—. Voy a echarla de menos, y también a Patrick, cuando la semana que viene salgan para la universidad. Supongo que tu familia también te echará de menos, si decides quedarte en América...

—Llevo ya algún tiempo viajando. Eso no será ningún problema.

—Mi mujer echa de menos Irlanda —murmuró Travis—. Una parte de ella aún sigue allí, por muy profundas que sean sus raíces en América. Y yo lo comprendo, pero... —se detuvo para observar fijamente a Brian—. Cuando contrato a un entrenador, espero que lo entregue todo, su mente y su corazón, a Royal Meadows.

—Lo sé, señor Grant.

—Sueles viajar mucho, Brian. Dos años, como mucho tres, y luego te marchas a otra finca.

—Es cierto —asintió—. Podría decirse que aún no he encontrado el lugar que haya querido retenerme más tiempo. Pero siempre me he concentrado por entero en las fincas que me han contratado.

—Eso me han dicho. Las botas que estoy buscando llenar son grandes. Y nadie las ha llenado a mi gusto desde que se retiró Paddy Cunnane, el tío de mi esposa. Fue él quien me habló de ti.

—Me siento halagado.

—Tienes motivos para ello. Cuando ya te hayas instalado, me gustaría que te pasaras por la finca.

—Ya estoy instalado. Preferiría verla cuanto antes, si a usted no le importa.

—Claro que no.

—Bien. Entonces me pasaré mañana a echar un vistazo, señor Grant. Después de haber visto lo que hace, y de haber oído lo que pretende hacer, los dos sabremos si citrato nos conviene o no. ¿Le parece bien?

A Travis le satisfacía hallarse frente a un tipo tan decidido, pero no sonrió. El también sabía refrenar su entusiasmo.

—Estupendo. Y ahora vamos dentro. Te traeré una cerveza.

—Gracias, pero no; creo que ya es hora de que regrese a mi hotel.

—Té verá mañana —Travis levantó una mano, a manera de despedida, y volvió a entrar en el salón.

Una vez solo, Brian sacó un delgado cigarro y lo encendió. ¿Paddy Cunnane lo había recomendado? La sola idea le llenaba de satisfacción. En el mundo de las carreras, aquel era un nombre que se pronunciaba con verdadera reverencia. Paddy Cunnane había entrenado campeones de la misma manera que otros desayunaban: con habitual regularidad. Brian lo había visto unas cuantas veces, y había llegado a hablar

con él solamente una.

Travis Grant quería a alguien que llenara las botas de Paddy; pues bien, Brian Donnelly ni podía hacer ni haría eso. Pero haría condenadamente bien su trabajo, asegurándose de contentar a quien hiciera falta. Al día siguiente por la mañana vería lo que se podía hacer. Siguió andando por el camino empedrado, cuando de repente se encendió una luz y una sombra se movió ante él. Era Keeley, que había salido del salón para pasear por la terraza. «Mírala», se dijo Brian. «Tan bella, tan solitaria, tan perfecta». La brisa agitaba suavemente su vaporoso vestido azul mientras se inclinaba para aspirar el perfume de las flores.

En un impulso, cortó una rosa de un arriate cercano y subió a la terraza. Keeley se volvió al oír el sonido de sus pasos. Por un instante la irritación relampagueó en sus ojos, para ser sustituida por un leve brillo de fría cortesía.

— Señor Donnelly.

—Señorita Grant —pronunció en el mismo tono formal, y le ofreció la rosa— Aquellas flores de allí eran demasiado humildes para una belleza como la suya. Creo que esta le conviene más.

—¿Usted cree? —tomó la rosa porque habría sido una grosería no hacerlo, pero ni la miró ni la olió—. A mí me gustan las flores sencillas. Pero gracias por la ocurrencia. ¿Está disfrutando de la velada?

—Me ha encantado conocer a su familia.

—Todavía no los conoce a todos —sonrió, ya que su comentario le había parecido sincero.

—Su hermano está en la universidad, ¿no?

—Brady, sí. Pero también están mis tíos, Erin y Burke Logan, con sus tres hijos, de Tres Ases, la finca vecina.

—Sí, he oído hablar de los Logan. Los he visto en las carreras un par de veces en Irlanda. ¿Cómo es que no han venido a la fiesta?

—Ahora mismo se encuentran fuera.

Si se queda por aquí, seguramente los verá.

—¿Y usted? ¿Sigue viviendo en la casa familiar?

—Sí —desvió la mirada—. Esta es mi casa.

Se dio cuenta de que era allí donde quería estar en aquel preciso momento:

en casa. El pensamiento de volver a aquel salón atestado de gente le resultaba insoportable.

—La música gana con la distancia.

—¿Hmmm? —Keeley no se molestó en mirarlo; solo quería que se marchara de una vez y la dejara disfrutar de aquellos momentos de soledad.

—La música —repitió Brian—. Es mejor cuando casi no se la oye.

—Y todavía mejor cuando no se la oye en absoluto —rió, divertida por su comentario.

A Brian le encantó aquella risa tan cálida y vibrante. Sin pensar, extendió una

mano hacia ella. Keeley se quedó absolutamente rígida.

—¿Qué está haciendo?

Aquellas palabras destilaban hielo, y como consecuencia de ello la mano de Brian se tensó perceptiblemente sobre su cintura.

—Bailar. Usted baila; la he visto yo. Y es mucho más cómodo hacerlo aquí, sin tanta gente, ¿no le parece?

Quizá Keeley transigió. Quizá incluso le divirtió su gesto. En cualquier caso, estaba acostumbrada a que la preguntaran primero.

—Precisamente he salido a la terraza para no bailar.

—No. Ha salido para huir de la multitud.

Keeley empezó a moverse con él siguiendo el ritmo, porque de otra forma aquello se habría parecido mucho a un abrazo. Y Sarah había estado en lo cierto: se movía muy bien. Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con caballos? —inquirió, aferrándose a aquel tópico inofensivo.

—Toda mi vida, de una manera u otra. ¿Y usted? ¿Le gusta montarlos o solamente mirarlos desde lejos?

—Sé montar —aquella pregunta la irritó tanto que le habría gustado lanzarle a la cara todas las medallas y premios de hípica que había ganado—. Si mi padre le contrata, todo esto entrañará un gran cambio para usted. Un cambio de empleo, de país, de cultura...

—Me gustan los desafíos.

Algo en el tono con que Brian pronunció aquella frase la hizo entrecerrar los ojos.

—Desconfío de aquellos que van de desafío en desafío, siempre insatisfechos. Creo más en la gente que construye cosas que valen la pena allí donde se encuentran.

—Como han hecho sus padres.

— Sí.

—¿No le parece que es fácil pensar así cuando nunca ha tenido que construir algo a partir de la nada, a puro pulso?

—Puede ser, pero respeto a aquellas personas que trabajan a largo plazo, más que en aquellas que saltan de oportunidad en oportunidad... o de desafío en desafío.

—¿Es eso lo que piensa que estoy haciendo aquí? —le preguntó Brian.

—No sabría decirlo —se encogió de hombros—. No lo conozco.

—No, no me conoce. Pero cree que sí. El trotamundos con el ojo puesto en la presa, con la uñas sucias de estiércol por más que se las limpie.

Sorprendida no tanto por sus palabras sino por el ardor que emanaban, Keeley quiso apartarse de él, pero él la retuvo en sus brazos. Como si tuviera algún derecho a hacerlo.

—Eso es ridículo. Y además falso e injusto.

—No importa —Brian no estaba dispuesto a que eso le importara, aunque el simple hecho de abrazarla le hacía concebir ideas que no era posible albergar.



Keeley creyó distinguir un brillo de furia en el vívido verde de sus ojos.

—Señor Donnelly, me está malinterpretando. E insultando.

—¿Tiene frío o es que está furiosa? — la miró arqueando las cejas.

—¿Qué quiere decir?

—Está temblando.

—Hace frío. Me vuelvo al salón.

—Como quiera —dejó de abrazarla pero no llegó a soltarle la mano—. Incluso los mozos de cuadra como yo aprenden modales de buena educación — murmuró mientras la acompañaba hasta la puerta—. Gracias por el baile, señorita Grant. Espero que disfrute el resto de la velada.

Brian sabía que aquello podía costarle su nuevo trabajo, pero no pudo resistir la curiosidad de averiguar si latía algún fuego detrás de aquel muro de hielo. Así que alzó su mano, con la mirada clavada en sus ojos, y le acarició delicadamente los nudillos con los labios. Una, y otra vez más.

El fuego, en forma de una violenta llamarada, se encendió. Y siguió encendido mientras Keeley liberaba su mano, le daba la espalda y se retiraba apresuradamente al salón.

## 2

El amanecer en los establos era uno de los momentos mágicos del día, cuando la niebla se levantaba del suelo y la luz tenía un color gris más puro y pálido; cuando olía a caballos, a heno, a verano. Brian supuso que los camiones ya habrían sido cargados. El responsable al que Grant había dejado a cargo de las cuadras ya habría recogido los caballos que participarían en la carrera de ejercicio de aquel día, y habría llevado a los demás a ejercitar a las pistas. Pero allí, en la finca, todavía quedaba trabajo por hacer. Había que revisar los esguinces de los caballos, darles sus medicinas. Los ayudantes se llevarían algunos para ejercitarlos en la pista oval. Suponía que la finca contaría con alguien que se encargara de cronometrar y dirigir los ejercicios.

Por su aspecto, resultaba obvio que aquellas cuadras albergaban purasangres de primera clase. Todos los edificios estaban pulcramente pintados de blanco con un borde verde brillante. Las vallas también eran blancas, todas en un excelente estado. Los pastos y praderas estaban exquisitamente cuidados, con añejos árboles salpicando las verdes colinas. Un lago rodeado de flores se abría en el centro de la pista oval. El ambiente en general hablaba de un propietario rico, que podía permitirse semejante belleza. Y la mansión también ofrecía un impresionante espectáculo, edificada en piedra y rodeada de terrazas y balconadas desde las que podía contemplarse aquel reino en todo su esplendor. Había asimismo una segunda estructura, una especie de réplica en miniatura de la casa principal que alojaba un amplio garaje en su planta baja.

Pero eran los caballos lo que más interesaba a Brian: la manera en que eran

atendidos y ejercitados. Las cuadras, si finalmente le ofrecían el trabajo y lo aceptaba, serían su reino.

—Querrás ver las cuadras —le dijo en aquel momento Travis, guiándolo hacia allí—. Paddy no tardará en reunirse con nosotros. Entre los dos podremos responder a cualquier pregunta que quieras hacernos.

Brian pensó que tácitamente, observándolo todo, podía encontrar las respuestas que necesitaba. Los cubículos de los caballos estaban limpios y ordenados. Los trabajadores y trabajadoras de la cuadra ya estaban aplicados a la tarea de cambiar el heno. Travis se detuvo junto a una joven ocupada en vendar la pata delantera de una yegua de pelaje castaño.

—¿Qué tal evoluciona, Linda?

—Bien. Dentro de un día o dos estará lo suficientemente recuperada como para volver a causar problemas.

—¿Un esguince? —Brian se detuvo a acariciar a la yegua.

— Sí. Se llama Bad Betty — le explicó Linda—. Le gusta amotinarse. Tuvo un leve esguince, pero dentro de poco volverá a las andadas.

—Así que eres una alborotadora, ¿eh?

—con las dos manos Brian tomó de la cabeza a Betty, mirándola a los ojos, y sintió un fugaz estremecimiento ante lo que vio en ellos. Allí había verdadera magia, dispuesta a manifestarse si encontraba el conjuro apropiado—. Pues resulta que a mí me gustan las alborotadoras

— murmuró.

—Le morderá —le advirtió Linda— Sobre todo si le da la espalda.

—No querrás morderme, ¿verdad, cariño?

Como aceptando el desafío, Betty echó hacia atrás las orejas, y Brian sonrió.

—Nos llevaremos bien, tan pronto como yo recuerde que eres tú quien está al mando — cuando le acarició el cuello, el animal resopló —. Eres demasiado guapa.

Murmuró algunas palabras más a la yegua, hablando sin darse cuenta en gaélico, mientras Linda terminaba de vendarle la pata. Betty alzó las orejas, observándolo ya con más interés que malicia.

— Quiere correr — Brian retrocedió un paso, echando un vistazo al expediente de Betty—. Ha nacido para eso. Y también para ganar.

—¿Eso lo sabes simplemente echándole un simple vistazo?

—Lo lleva en los ojos. No querrá aparearla cuando llegue la temporada, señor Grant. Antes necesita volar.

Deliberadamente le dio la espalda, y mientras Betty alzaba la cabeza, Brian la miró por encima del hombro.

—Yo no lo haría —pronunció con tono suave. Se miraron durante unos segundos, hasta que la yegua sacudió la cabeza en el equivalente equino de un encogimiento de hombros.

Divertido, Travis se hizo a un lado para dejar salir a Brian del cubículo.

—Betty tiene aterrorizados a los mozos de cuadra.

—Porque puede hacerlo gracias a su inteligencia — señaló el cubículo opuesto—. ¿Y quién es este veterano de porte tan gallardo?

— Prince.

—¿El famoso Prince, el hijo de Majesty? —había un tono de reverencia en la voz de Brian mientras se acercaba al caballo—. Tuviste tus días de gloria, ¿eh?

—le acarició suavemente la nariz—. Como su padre: lo vi correr, señor Grant, en Curragh, cuando era un chiquillo y trabajaba de mozo de cuadra. Desde entonces nunca he vuelto a ver nada parecido. Trabajé con uno de los sementales que engendró. No decepcionó a su estirpe.

—Sí, lo sé.

Seguidamente, Travis le enseñó la habitación de los arreos, el edificio de reproducción y las cuadras destinadas a los partos y, por último, la pista oval en la que un bello semental ejercitaba en compañía de un manso castrado. Un hombre mayor, menudo y enjuto, con el cabello completamente blanco bajo su gorra azul, se dirigió a su encuentro nada más verlos. ¡ Con un cronómetro colgando de su bolsillo, una sonrisa de felicidad se dibujaba en su rostro atezado por el sol.

— Así que dando una vuelta por aquí, ¿eh? —se dirigió a Brian—. ¿Qué te parece este lugar?

—Es una finca estupenda —Brian le tendió la mano—. Me alegro de volver a verlo, señor Cunnane.

—Yo también, joven Brian del condado de Kerry — se la estrechó firmemente—. Les dije que retuvieran a Zeus hasta que llegaras, Travis. Pensé que al chico y a ti os gustaría echar un vistazo a su carrera de la mañana.

—Es King Zeus, hijo de Prince —le explicó Travis—. Está corriendo muy bien.

—El año pasado se llevó el premio Belmont —recordó Brian.

—Sí, a Zeus le gustan las carreras largas. El potro de Burke le arrebató el Derby, pero Zeus volvió a por la copa Criador. Es un gran competidor, y engendrará buenos campeones.

A una señal de Paddy, apareció un jinete montando un magnífico zaino, con una estrella blanca en la frente. Con una sola mirada, Brian comprendió que aquel caballo era pura poesía.

—¿Cuál es tu opinión? —le preguntó Paddy.

—Maravillosa estampa —fue todo lo que dijo.

—Hazle dar una vuelta, Bobby —ordenó Paddy al jinete—. Dejaremos que se luzca esta mañana —y después de dar un silbido puso en marcha su cronómetro, apoyado en la valla.

Brian observó trotar a Zeus por la pista, hasta que el jinete se puso de pie en los estribos, se inclinó sobre su cuello y lo puso al galope. Era la personificación del poder y la potencia. El aire vibraba con el atronar de sus cascos. El corazón de Brian no tardó en galopar con idéntico gozo. Finalmente, Paddy detuvo su cronómetro.

—No está mal —señaló secamente mientras se lo tendía a Brian.

Brian no necesitaba verlo. Tenía un reloj en su cabeza, y sabía que acababa de

contemplar a un campeón.

— Te gustaría ponerle las manos encima, ¿eh, chico? —le preguntó el viejo irlandés.

—Desde luego que sí —conteniendo su entusiasmo, se volvió de nuevo hacia Travis—. Si su oferta de trabajo sigue en pie, señor Grant, la acepto.

Travis asintió con la cabeza y le tendió la mano.

—Bienvenido a Royal Meadows. Vamos a tomar un café —y echó a andar hacia la casa.

Brian se lo quedó mirando, asombrado y sin moverse de su sitio.

—¿Ya estoy admitido? ¿Así, sin más? —murmuró.

—El ya había tomado la decisión de contratarte —le explicó Paddy—. Si no, no te habría acompañado en este recorrido por las cuerdas. Travis no malgasta el tiempo: ni el suyo ni el de los demás. Después de tomar el café, ven a verme a mi casa..., la que está encima del garaje. Me gustaría charlar un rato contigo.

—Lo haré. Gracias —algo aturdido, Brian salió en pos de Travis. Cuando lo alcanzó, estaba tan nervioso que le sudaban las palmas de las manos.

Tuvo que recordarse que un empleo no era más que un empleo.

—Le estoy muy agradecido por esta oportunidad que me ha dado, señor Grant.

—Travis, llámame Travis. Me gustaría que empezaras lo antes posible.

—Empezaré hoy mismo.

— Bien.

Mirando a su alrededor, Brian descubrió otro pequeño edificio, con un prado con vallas para salto.

—¿También entrena a sus caballos para salto?

—Esa es una empresa diferente —sonrió Travis—. Tú trabajarás con los de carreras. Cuando quieras podrás trasladarte a la vivienda del entrenador —desvió la mirada hacia la casa del garaje.

Brian abrió la boca... y la cerró de nuevo. No había esperado que el alojamiento estuviera incluido en la oferta de trabajo, pero no iba a discutir por eso. Al menos por el momento.

—Tiene usted una casa maravillosa. Sobre todo para alguien al que le gusten las flores.

—Es mi esposa. Las adora.

Brian se imaginaba que tantas y tantas variadas flores solo podían ser atendidas por un ejército de jardineros.

—Los caballos saben valorar un entorno tan hermoso.

—¿Ah, sí? —Travis entró en el patio y se volvió para mirarlo.

— Sí.

—¿Fue eso lo que te dijo Betty cuando estuviste hablando con ella? —inquirió, divertido.

—Betty —repuso Brian, sosteniéndole la mirada— me dio a entender que era una reina y que esperaba que la trataran como tal.

—Y piensas hacerlo?

—Lo haré, mientras ella no abuse de ese privilegio. Incluso la realeza necesita que la disciplinen de cuando en cuando

—y entró en la casa por una puerta posterior.

Brian no sabía lo que había estado esperando ver: quizá algo tremendamente lujoso y sofisticado. Desde luego no había esperado entrar en la cocina de la casa Grant, y tampoco encontrarse en una habitación abarrotada de las cosas más diversas y absolutamente acogedora.

Y, ciertamente, lo último que había esperado ver era a la dueña de la casa descalza y vestida con unos viejos vaqueros y una camiseta, cocinando algo en una sartén mientras regañaba a su hijo pequeño.

—Y te diré otra cosa, Patrick Michael Thomas Cunnane: si crees que puedes entrar y salir de casa a la hora que quieras solo porque vas a empezar a estudiar en la universidad, será mejor que vayas a un psiquiatra a que te examine la cabeza. Aunque me gustaría hacerlo yo misma con esta sartén que tengo ahora mismo en la mano.

—Sí, señora —sentado a la mesa, Patrick esbozó una mueca a espaldas de su madre—. Pero dado que la estás usando en este momento, quizá podrías hacerme otra tostada francesa. Nadie las hace como tú.

—No vas a conseguir engatusarme.

— Quizá sí.... —cuando vio que su madre le fulminaba con la mirada, añadió en un murmullo—: y quizá no. Mamá, tenemos compañía — exclamó con alegría al ver a Brian en la puerta—. Siéntate, Brian. ¿Has desayunado? Mi madre hace unas tostadas francesas de fama mundial.

—Los testigos no te salvarán —repuso Adelia con tono irónico, pero volviéndose para sonreír a Brian—. Vamos, siéntate. Patrick, ponles platos.

—No, gracias, no tiene por qué molestarse...

—Mamá, no encuentro mis zapatos marrones —pronunció Sarah irrumpiendo en la cocina—. Hola, Brian. Buenos días, papá.

—Llevo semanas viéndolos —repuso Adelia—. No consigo entender cómo he podido perderlos de vista.

Sarah alzó los ojos al cielo y abrió la nevera.

—Voy a llegar tarde.

—Podrías ponerte cualquiera de los otros seis mil pares de zapatos que guardas en tu armario —le sugirió su hermano.

—No tengo tiempo para desayunar — ignorando a Patrick, Sarah sacó un cartón de zumo del refrigerador, se sirvió un vaso y lo apuró de un solo trago—. Volveré a eso de las cinco

—Llévate un panecillo de chocolate — ordenó su madre.

—Vale, vale —recogió un panecillo de la fuente, se despidió de todo el mundo y salió a toda prisa.

—Los veranos, Sarah trabaja en la oficina del veterinario —explicó Adelia—. Vosotros dos, lavaos un poco aquí antes de que os sirva el desayuno.

Dado que el aroma de las tostadas era imposible de resistir, Brian se acercó a la pila para lavarse las manos. Fue entonces cuando vio un enorme y anciano perro acostado al lado de la cocina.

—¿Cómo se llama? —se agachó para acariciarle.

—Sheamus. Ahora ya está viejo, y le gusta tumbarse a mis pies mientras cocino.

—A mi mujer le encantan los chuchos

—terció Travis mientras abría el grifo de la pila.

—Y yo les encanto a ellos. El pobre Sheamus pasa la mayor parte del día durmiendo —le dijo Adelia a Brian—. ¿Qué te apetece? ¿Té o café?

—Té, gracias.

— Siéntate — le señaló una silla, y luego se dirigió a su hijo—. Y tú vete. Ya seguiré contigo más tarde.

—Estaré en las cuadras, haciendo penitencia —con un profundo suspiro, Patrick se levantó y abrazó cariñosamente a su madre—. Lo siento.

— Lárgate.

Pero Brian vio cómo Adelia le apretaba la mano a Patrick, a modo de afectuosa respuesta.

—Ese chico es responsable de cada arruga que tengo en la cara — musitó.

—¿Qué arrugas? —inquirió Travis, haciéndola reír.

—Efectivamente, esa es la respuesta adecuada. Entonces, Brian, ¿te satisface Royal Meadows?

—Desde luego, señora —después de secarse las manos, se sentó a la mesa.

—Oh, aquí no somos tan formales —le sirvió el té, y el café para Travis. Se quedó de pie, con su mano libre apoyada en el hombro de su marido—. ¿Qué tal lo hizo Zeus esta mañana?

—Dio la vuelta a la pista en un minuto cincuenta.

—Lamento habérmelo perdido — Adelia se volvió para sacar las tostadas de la sartén.

—Te ofrezco un contrato de un año — empezó Travis.

—¿Es que no puedes dejarle desayunar tranquilo al chico?

—El chico quiere saber.

Brian tomó la fuente de tostadas y se sirvió tres.

—Desde luego que quiere —bromeó.

—Tendrás un salario anual garantizado

—Travis mencionó una cifra que dejó asombrado a Brian—. Y al cabo de dos meses, un dos por ciento de cada premio. A los seis meses renegociaremos el porcentaje.

—Y lo negociaremos al alza —pronunció con tono firme—. Porque le aseguro que me lo habré ganado.

Continuaron hablando de responsabilidades, condiciones, beneficios... Brian ya se estaba sirviendo más tostadas, y Travis apurando su café, cuando de pronto entró Keeley. Llevaba unos pantalones de montar color beige, y una camisa blanca bordada

abrochada hasta el cuello. Sus altas botas de caña brillaban como negros espejos. Se había recogido el cabello dejando al descubierto el óvalo perfecto su rostro. Arqueó una ceja al ver a Brian desayunando en la cocina, y esbozó una fría y muy ensayada sonrisa.

—Buenos días, señor Donnelly.

— Señorita Grant.

—Llevo prisa esta mañana —se acercó a su padre para besarle en las mejillas.

—Deberías comer algo —le dijo su madre.

— Ya comeré más tarde — se sacó un refresco de la nevera—. Terminaré en un par de horas —y besó a su madre antes de desaparecer por la puerta.

—Luego bajaré —le gritó Adelia—. Me gustaría verte.

Veinte minutos después, Brian salió de la mansión hacia la vivienda del entrenador. Vio a Keeley en el prado frente a un pequeño edificio, montando un purasangre. Mientras cabalgaba, un hombre la fotografiaba desde varios ángulos.

Brian se detuvo a observarla, con las manos en las caderas. Imaginaba que aquellas fotos saldrían publicadas en alguna revista del corazón: la princesa de Royal Meadows. Keeley puso su montura al trote, y luego a medio galope para saltar un obstáculo. Se hallaba en buena forma; eso tenía que admitirlo. Cuando repitió el salto, y luego otro, para la cámara, su risa cantarina flotó en el aire.

Brian dio media vuelta, ignorándola. O al menos intentándolo. Subió las escaleras hasta llegar a la vivienda del entrenador. Llamó a la puerta.

— Adelante — lo invitó Paddy.

Estaba sentado ante un escritorio en una habitación habilitada como oficina. Armarios de archivos cubrían toda una pared, junto con fotografías de caballos. La ventana estaba abierta, y al lado, sobre un estante, había un ordenador. Si el polvo de su cubierta indicaba algo, el aparato era raramente utilizado. Las gafas de Paddy se balancearon en precario equilibrio sobre la punta de su nariz mientras le señalaba una silla.

— Supongo que ya habrás hablado Travis de las condiciones del contrato.

— Sí. Quería darle las gracias por haberme recomendado al señor Grant.

—Sigo con la antena puesta, a pesar de estar jubilado. Bueno, la verdad es que me he jubilado dos veces, ya que tuve que volver cuando Travis y Dee n se quedaron contentos con los entrenadores que me sustituyeron. Pero esta vez quiero retirarme de verdad —cuando la gafas amenazaron con caérsele otra vez, se las quitó con un gesto de disgusto—. Si no tienes objeción, trabajaremos juntos durante la semana que viene. Después de eso, yo me iré y la plaza será tuya.

—¿A dónde se irá?

—A casa. De vuelta a Irlanda.

—¿Después de tantos años?

—Nací allí. Y tengo el propósito de morir allí también... aunque me he dejado mucha vida aquí, eso es cierto. Siempre he tenido el anhelo de pasar mis últimos días en Irlanda.

—¿Y qué hará allí?

—Oh, ir al pub a contar mentiras — respondió Paddy con una maliciosa sonrisa—. Beber verdaderas pintas de Guinness. Eso es algo que echarás de menos aquí, te lo aseguro, chico.

—Bueno —rió Brian—. Es un viaje muy largo para ir a beber buena cerveza, aunque sea Guinness.

—Bueno, tengo una pequeña finca al sur de Cork, cerca de Skibbereen. ¿Conoces Skibbereen, Brian?

—Sí. Es un pueblo precioso.

—Calles en cuesta con casas pintadas de colores —pronunció Paddy con voz soñadora—. Mi hermana crió allí a Dee después de que murieran sus padres. Cuando mi hermana Lettie cayó enferma, la granja pasó por momentos difíciles con Dee intentando administrarla y cuidando a la vez de su tía. Finalmente Lettie falleció, la granja quedó abandonada y Dee se reunió aquí conmigo. Hace unos años la granja salió a la venta, y aunque Dee no me lo dijo, Travis la compró para ella. Ese hombre tiene un gran corazón.

—¿Entonces acabará convirtiéndose en granjero?

—En principio sí. Pero conservaré unos pocos caballos para que me hagan compañía — se volvió para mirar por la ventana, hacia los prados bañados por el sol de mediodía—. Echaré de menos a mi pequeña Dee, y a Travis, y a los chicos. A los amigos que he hecho aquí. Pero necesito irme. Es como si tuviera dentro un gusanillo de impaciencia.

—Comprendo —afirmó Brian, sincero.

— Imagino que volveré frecuentemente de visita, y ellos me visitarán allí. He visto a Dee casada con un hombre al que respeto y quiero como si fuera mi propio hijo. He visto crecer a sus hijos. Y he ayudado a criar caballos que se han convertido en campeones. Un hombre que ha podido poner sus manos sobre un pura- sangre es un hombre afortunado.

—No siente deseos de poseer unas cuadras y unos campeones propios?

—Alguna vez sí lo he sentido, pero al final no... eso no era para mí — concentró su atención en Brian—. ¿Es eso lo que tú persigues?

—No. Tu lugar está donde echas raíces, ¿no? Y no tienes ninguno cuando lo que haces es viajar constantemente de un sitio a otro. En cualquier caso, la mayor parte de los propietarios dejan el trabajo y las decisiones al entrenador, que es lo que a mí me interesa.

—Travis Grant sabe trabajar bien —repuso Paddy—. Conoce a sus caballos. Los ama. Si te ganas su confianza, confiará en ti, pero estará al tanto de todos y cada uno de tus movimientos. Constantemente. Todo lo relativo a las cuadras será tan asunto tuyo como de Travis, o de Dee. Tanto si te gusta como si no.



—¿También de su esposa?

—La conociste anoche, en todo su esplendor — comentó Paddy, mirándolo divertido—. Me gusta verla desenvolviéndose en esos ambientes. Tendrías que verla en los establos punzando abscesos o atendiendo a una yegua enferma. No es una mujer de porcelana. Y ella misma ha educado a sus hijos para que estén dispuestos a trabajar duro siempre que sea necesario. Ya verás por ti mismo cómo funcionan las cosas aquí — se interrumpió, riendo—. Y espero que, con el tiempo, me des tu opinión. Y ahora, vamos a echar un vistazo a los libros de la cuadra.

Cuando Brian dejó la oficina de Paddy no podía sentirse más satisfecho con el mundo en general, o con lo que, pensaba mientras bajaba las escaleras, muy pronto iba a convertirse en su mundo. Todo lo que había ansiado lo tenía al alcance de la mano. Y no tenía intención alguna de desaprovecharlo.

Se dirigió hacia las cuadras, donde había aparcado su coche de alquiler.

Paddy le había dicho que echara un vistazo al pequeño camión rojo que estaba allí, ya que quería venderlo antes de marcharse para Irlanda. Brian pensó que, si las cosas funcionaban, lo adquiriría. Solo requería de un elemental medio de transporte. Y tiempo para acostumbrarse a circular por el otro sentido de la carretera...

Estaba rodeando el garaje cuando tropezó con Keeley. Parecía tan fresca y hermosa como por la mañana.

—Hola, señorita Grant. La vi antes en el prado. Qué caballo tan espléndido.

Keeley estaba de un pésimo humor, ya que el fotógrafo se le había insinuado. Aquella sesión fotográfica había sido necesaria. Necesitaba las imágenes, la publicidad, pero en absoluto necesitaba ese tipo de complicaciones.

—Sí que lo es —se dispuso a pasar de largo a su lado, pero Brian le bloqueó el paso.

Keeley alzó una mano, a punto de perder el control.

—Ya estoy bastante disgustada, y no necesito mucho más para montar en cólera —aspiró profundamente. Si la escena que aquella mañana había contemplado en la cocina tenía algún significado, a esas alturas, Brian Donnelly ya formaba parte de Royal Meadows. Y no tenía por costumbre abofetear a los miembros del equipo. Más calmada, le explicó—: Sam tiene nueve años. Lo tengo desde hace cinco. Es un purasangre de cross, irlandés —levantó la botella que llevaba en la mano para beber un trago.

—¿Es eso lo que se mete para el cuerpo? —le preguntó Brian—. ¿Química con burbujas?

—Habla usted como mi madre.

— Quizá por eso le duela la cabeza.

Keeley dejó caer la mano que había levantado para frotarse una sien. Pensó que la mirada de aquellos ojos era demasiado amable.

— Vuélvase.

— ¿Perdón?

Brian no contestó, sino que de inmediato se colocó detrás de ella para empezar a

darle un masaje en el cuello. Tenía los hombros muy tensos.

—Relájese. No voy a abalanzarme sobre usted en un arrebato de pasión, sobre todo cuando en cualquier momento podría aparecer un miembro de su familia.

Mientras hablaba, sus fuertes dedos trabajaban sin cesar aflojando sus nudos de tensión. Detestaba ver a alguien sufriendo de dolor.

—Espire profundamente —le ordenó al ver que se quedaba rígida como una piedra—. Vamos, maverneen, no sea tan testaruda. Venga, una larga espiración, hágalo por mí.

Keeley obedeció, intentando no pensar en la sensación tan maravillosa que le producía el contacto de sus manos sobre su piel.

— Ahora otra vez.

Su voz se había convertido en un murmullo hipnótico. Mientras é seguía curándola con las manos, hablando en susurros, Keeley empezó a cerrar los ojos. Sus músculos se distendían, cedía su tensión, desaparecía el doloroso latido de dolor que había torturado sus sienes. Gimió suavemente de placer. Por su parte, Brian intentó imaginar cómo sería el tacto de aquella piel desnuda si se le ocurría deslizar las manos bajo la tela de su blusa. Quería acariciar, saborear con los labios aquella nuca, justo allí donde sus pulgares estaban presionando...

Pero si se le ocurría hacer eso, todo terminaría incluso antes de haber empezado. Desear a una mujer era natural. Pero tomarla, cuando ello entrañaba tantos riesgos, era sencillamente un suicidio. Así que dejó caer las manos, apartándose. Keeley se tambaleó por un momento hasta que recuperó el equilibrio. Cuando se volvió hacia él, tuvo la sensación de estar flotando.

—Gracias. Se te da muy bien —comentó, tuteándole, y añadió para sí que aquel hombre tenía verdadera magia en las manos.

—Sí, ya me lo han dicho —sonrió, satisfecho—. Tengo la impresión de que necesitas relajarte regularmente — le quitó la botella de la mano—. Lo que tienes que beber es agua. Y llevas demasiada ropa para el calor que hace.

—¿Alguna otra orden?

—Orden no, observación.

—Estoy fascinada.

—No, estás irritada de nuevo, pero te lo diré de todas formas. Tu boca es mucho más atractiva cuando no te la pintas, como hiciste esta mañana.

—¿No pruebas el lápiz de labios?

—No es eso. Tú no lo necesitas.

Desconcertada, casi divertida por aquel comentario, sacudió la cabeza.

— Muchas gracias por el consejo — comenzó a caminar hacia la casa, con la intención de cambiarse de ropa cuanto antes.

— Keeley.

La joven se detuvo, pero en lugar de volverse le lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿ Sí?

—Nada. Solo quería pronunciar tu nombre. Me gusta.

—A mí también. Es práctico, ¿no? Brian se la quedó observando mientras se marchaba, y bebió un largo trago del refresco que le había quitado. «Donnelly, estás jugando con fuego», se advirtió. Dado que estaba absolutamente seguro de que si seguía por ese camino terminaría quemándose algo más que los dedos, pensó que era preferible retirarse antes de que aquel fuego resultara demasiado tentador.

### 3

—Los talones pegados a los costados del caballo, Lynn. Bien. Las manos, Shelley. Willy, hay que prestar más atención —pronunció Keeley mientras echaba un vistazo a los expedientes de sus alumnos de la tarde. Estaban progresando.

Seis caballos montados por seis niños daban tranquilamente vueltas en torno al prado. Dos meses atrás, tres de aquellos niños nunca habían visto un caballo de cerca, y mucho menos habían montado uno. La academia de Royal Meadows había cambiado eso.

—De acuerdo. Al trote. Cabezas levantadas —les ordenó, con las manos en las caderas—. Esas rodillas, Joey... así. Recordad que formáis un equipo. Bien. Mucho mejor.

Se acercó para darle una palmadita a uno de los chicos en el talón. El niño sonrió mientras corregía su postura. «Mucho mejor», pensó Keeley. Un mes antes Willy solía saltar como un resorte cada vez que lo tocaba. Al final, todo se reducía a una cuestión de confianza. Y a aprender disfrutando.

Brian la observaba desde lejos. Llevaba un par de días sin verla. Casi todo ese tiempo lo había pasado en las cuadras, o en las pistas donde corrían los caballos de Grant. Al parecer, Keeley no solía frecuentar aquellos lugares. La había buscado.

Y había supuesto que ella estaría comiendo en algún lugar lujoso, o yendo de compras, o en la peluquería, o haciéndose la manicura... cualquier cosa que solieran hacer las niñas ricas en aquellos días.

Pero allí estaba, enseñando a montar a un puñado de niños. Supuso que se trataría de una especie de hobby, y que estaría iniciando a los afortunados hijos de la membresía del elegante club de campo en el arte de montar al estilo inglés. Pero fuera o no un hobby, aparentemente se le daba muy bien. Llevaba unos informales vaqueros y una camisa de algodón color fresa. Se había recogido la melena en una cola de caballo. Sus botas parecían viejas, gastadas, cómodas.

Estaba disfrutando. Brian no creía haberla visto sonreír así antes. Incapaz de resistirse, se dirigió hacia allí mientras Keeley se detenía frente a una de sus alumnas, charlando con ella mientras acariciaba a su caballo. Para cuando llegó al cercado, vio que los había colocado a todos en fila para que observaran cómo montaba la niña dando vueltas en círculo: se trataba de que aprendieran a dominar sus monturas y a

mantenerlas quietas. En el momento en que Keeley se giró para contemplar a la pequeña y solitaria amazona, descubrió a Brian apoyado en la valla.

Su sonrisa se evaporó al instante, para profundo pesar de Brian. En cualquier caso, se sentó en la cerca para asistir al resto de la lección. A Keeley no le importó tener audiencia: muchas veces había tenido que impartir clases en presencia de los padres de sus alumnos. Dado que no le importaba aquel observador en particular, decidió ignorarlo.

Uno por uno fue seleccionando a todos los alumnos para que practicasen el ejercicio de montar en solitario. Keeley les iba corrigiendo posturas, animando, presionando suavemente cuando era necesario un mayor esfuerzo de concentración. Cuando les ordenó que desmontaran, todo el mundo protestó.

—Cinco minutos más, señorita Keeley. ¿No podemos seguir montando cinco minutos más?

—Ya os he dejado montar esos cinco minutos — le dio una palmadita a Shelley en la rodilla—. La semana que viene intentaremos el medio galope.

—Tiene usted un magnífico grupo de alumnos, señorita Keeley —comentó de pronto Brian, acercándose a ellos mientras ella ni siquiera se dignó a mirarlo.

—Eso pienso yo también.

—Ese chico de allí... —señaló con la cabeza a Willy, un niño de rostro delgado y ojos oscuros—... está enamorado de su caballo. Seguro que sueña que cabalga en él por la noche, subiendo y bajando colinas...

Aquella ocurrencia la hizo sonreír.

—Teddy Bear, que es como se llama su caballo, también le quiere a él. Tiene un corazón de oro.

—Estos niños son muy afortunados de poder recibir lecciones de una instructora tan buena como usted, y con unos caballos tan espléndidos. ¿Tiene aquí las cuadras? No los había visto antes.

—Son míos. Y sí, tengo aquí las cuadras. Disculpeme. La clase solo terminará cuando hayan desensillado y cepillado a sus caballos.

Brian se retiró, resignado. Bueno, tenía algunas cosas que hacer... pero eso no significaba que luego no pudiera regresar a echar un vistazo...

La molestaba su presencia. No había ninguna explicación para ello, se dijo Keeley. Simplemente era así. No le gustaba la manera que tenía de mirarla, o de hablarle. Todos los demás pensaban que Brian Donnelly era un auténtico dandy, reflexionó mientras deslizaba las manos por las patas de un manso para registrar su temperatura. Sus padres lo consideraban el hombre perfecto para reemplazar a su tío Paddy... y su tío Paddy se deshacía en elogios de él. Sarah pensaba que era un tipo sexy; Patrick que era muy majo. Y para Brendon era una persona inteligente y agradable. En definitiva, la ganaba por goleada.

Tal vez se tratara de una reacción química. Algo que hacía que el vello de la piel se le erizara cuando Brian se encontraba cerca de ella. Después de todo, parecía que era absolutamente competente en su trabajo. Pero mientras ambos estuvieran ocupados con su trabajo, raramente coincidirían. Así que eso no tenía por qué preocuparla.

Pero no le gustaba el hecho de que tuviera que evitar las cuadras y los prados. Se estaba privando del placer de pasear por allí a su gusto y de asistir a los ejercicios. Ciertamente no la afectaba la sospecha de que Brian lo supiera. Lo cual, sin embargo, quedaba desmentido por la circunstancia de que en aquel momento estuviera pensando en él. De pronto el caballo se inquietó. Keeley se tensó de inmediato.

—Tienes un buen ojo para los caballos

—pronunció Brian.

No la sorprendió que no lo hubiera oído entrar. Y tampoco que, a pesar de ello, hubiera sabido que se trataba de él y no de ningún otro. El aire parecía distinto cuando Brian se acercaba.

—Es algo natural. No tengo que esforzarme.

—No lo dudo. Teddy Bear...

Saludó al caballo con un murmullo, haciendo que Keeley levantara la mirada de la pata del manso. Tenía la mirada fija en los ojos del animal, y sus manos ya se deslizaban por su cuello y su cabeza. La joven oyó que el manso resoplaba suavemente. De puro placer.

—Tiene mucha paciencia, ¿verdad? —añadió Brian, sin dejar de acariciar al caballo—. Mucha paciencia y mucho cariño por los niños. ¿Cuánto tiempo lleva dándoles clase?

Keeley parpadeó, a punto de ruborizar- se. Había algo hipnótico en aquellas manos, en aquella voz.

—Cerca de dos años.

Brian deslizó entonces las manos por un flanco del animal, y se detuvo de repente. Entrecerró los ojos y se agachó para examinar el costurón de una cicatriz.

—¿Qué es esto? —se volvió con tanta rapidez hacia Keeley que la hizo retroceder—. Este caballo ha sido maltratado. Seriamente maltratado.

—A su anterior propietario se le iba la mano con la fusta. Un día quiso darle una lección a Teddy, enseñarle quién mandaba.

—Maldito miserable —aunque un brillo de rabia relumbraba en sus ojos, añadió con tono suave—: Menos mal que has ido a parar a un lugar mucho mejor, chico. A un buen hogar con una mujer que te mima. Lo rescataste, ¿verdad? —le preguntó a Keeley.

—Yo no diría tanto. Hay diferentes maneras de domar un caballo. Lo que pasa es que yo no...

—Yo no domo caballos: los «hago». Cualquier idiota podría usar un látigo o un palo para domarles el alma y el corazón, y rompérselos de paso. Se necesita tiempo, paciencia y ternura para hacer un campeón, o al menos un amigo.

Keeley esperó un momento, sorprendida de que le estuvieran temblando las rodillas.

—¿Por qué parece estar esperando siempre que te contradiga? — se preguntó en voz alta, y salió del cubículo para dirigirse al siguiente.

La vieja yegua la saludó con un resoplido y le dio un ligero golpe con la cabeza en un hombro. Keeley terminó de darle el cepillado que había empezado una de sus alumnas.

—No soporto ver las consecuencias de un maltrato, tanto en una persona como en un animal —le explicó Brian con tono suave, detrás de ella. Ahora que la primera punzada de furia ya había pasado, no podía menos que avergonzarse de su reacción—. Sobre todo cuando la víctima tiene tan pocas posibilidades de defenderse. Eso me pone enfermo, furioso.

—¿Y esperas que yo me muestre nuevamente en desacuerdo?

—Me he desahogado contigo. Lo siento —le puso una mano en el hombro, y no la retiró pese a percibir su tensión—. En los ojos de ese caballo he visto un corazón enormemente generoso.

—Tardé tres meses en conseguir que confiara en mí lo suficiente para no asustarse cada vez que alzaba una mano. Un día, al verme entrar, me llamó como si se alegrara de verme. Le di unas zanahorias y me puse a llorar como una niña. Así que no me hables a mí de maltratos.

La vergüenza de sí mismo no era algo que Brian sintiera muy a menudo, pero resultaba fácilmente reconocible. Aspiró profundamente, dispuesto a empezar de nuevo.

—¿Cuál es la historia de esta preciosa yegua?

—Su único crimen fue su avanzada edad. Tiene casi veinte años. Estaba descuidada, llena de piojos y erupciones. Supongo que sus dueños se cansaron de tenerla.

En un impulso, Brian extendió una mano para acariciarle el cabello. Era como si se comunicara tanto con sus manos como con su voz.

—¿Cuántos caballos tienes?

—Ocho, contando a Sam, pero todavía no dejo que lo monten mis alumnos.

—¿Y los rescataste a todos?

—Me regalaron a Sam cuando cumplí veinte años. Los otros... bueno, cuando te mueves en este mundo, te enteras de la suerte de muchos caballos. Además, los necesitaba para la escuela.

—Cualquiera habría esperado que compraras purasangres...

—Sí, eso habría sido lo lógico. Perdona, tengo que dar de comer a los caballos y luego he de resolver un papeleo.

—Te ayudaré con lo primero.

—No lo necesito.

—Te ayudaré de todas formas.

Keeley salió del cubículo. Pensó que lo mejor era resolver aquella situación de la

manera más clara y directa posible.

Brian, trabajas para mi familia en un puesto de responsabilidad importante, y creo que debo ser sincera contigo.

— Adelante.

—No me caes bien. Es así y ya está. Probablemente porque no me interesan los hombres gallitos y de aspecto duro con una sonrisa de suficiencia como la tuya.

—¿Qué tipo de hombres te gustan entonces?

—¿Lo ves? Es a eso a lo que me refería.

— Ya. Tú tampoco me caes bien a mí. Quizá porque no me gustan las mujeres presuntuosas que me miran con aristocrática altanería. Pero aquí estamos, y debemos intentar conformarnos con lo que hay.

—Yo no te miro ni a ti, ni a nadie, con altanería.

—Eso depende de tu punto de vista, ¿no?

Keeley giró sobre sus talones y se retiró, concentrándose en pesar el grano.

—¿Por qué no hablamos de cualquier otra cosa? —sugirió Brian—. Como, por ejemplo, de lo que pienso de Royal Meadows. Desde que tenía diez años he trabajado en granjas y pistas, empezando como mozo de cuadra. He pasado veinte años criando, montando, entrenando caballos. Conozco el lado oscuro y el lado radiante de este mundo. Y en veinte años no he visto una finca mejor que esta.

Keeley se detuvo, mirándolo por un momento antes de continuar con su tarea.

—Tus padres son admirables. No solo por lo que tienen, sino sobre todo por lo que han conseguido y siguen haciendo con ello. Me siento honrado de poder trabajar para ellos. Y... —añadió cuando Keeley se volvió nuevamente hacia él—... ellos también son afortunados al poder contar conmigo.

— Al parecer no tienen nada que objetar a eso —rió ella. Sacudiendo la cabeza, pasó de largo a su lado para dar de comer a los caballos. Brian aspiró el perfume de su pelo, de su piel.

—Pero tú sí. Aunque no parece que tengas mucho interés en los trabajos de la granja.

—¿Eso crees?

—Todos los días veo a tus hermanos —comentó Brian disponiéndose a alimentar a Teddy—. Excepto tú, todos los demás miembros de tu familia frecuentan la pista de los caballos de carreras.

Keeley se dijo que podría haberle enumerado las marcas y los nombres de los caballos que habían corrido aquella semana, los que estaban sujetos a medicación, las yeguas preñadas... Pero el orgullo la hizo callar. Porque prefería llamarlo orgullo, mejor que terca obstinación.

— Supongo que tu pequeña escuela te mantendrá muy ocupada —añadió él.

—Oh, claro que mi «pequeña escuela» me mantiene muy ocupada —pronunció entre dientes.

—Eres una buena profesora —pronunció Brian mientras se acercaba al cubículo de Teddy.

—Muchas gracias.

—No te pongas tan estirada. Eres una buena profesora y ya está. Y alguno de esos niños ricos puede que termine convirtiéndose en un gran jinete.

—Uno de esos niños ricos... —murmuró ella.

— Se necesita talento, resistencia y dinero para competir en certámenes. Yo nunca he trabajado en exhibiciones de salto, aunque me gusta verlas. Puede que ahora mismo estés entrenando a un futuro campeón. Para el Royal Internacional o el Gran Prix de Dublín. Para los Juegos Olímpicos quizá.

—Espera, a ver si lo entiendo. Los niños ricos compiten en exhibiciones hípcas y ganan premios, ¿no? Y qué pasa con los que no son tan privilegiados? ¿Se convierten en mozos de cuadra?

—Así es como el mundo funciona, ¿no?

—Así es como puede funcionar. Eres un esnob, Brian.

—¿Qué? —la miró asombrado.

—Que eres un esnob de la peor clase: de aquellos que creen tener una mente abierta. Y ahora que lo sé, me caes todavía peor que antes.

En aquel momento sonó el teléfono de las cuadras; quienquiera que hubiera llamado, no había podido elegir una mejor oportunidad para hacerlo. Keeley lo contestó satisfecha de ver la expresión de absoluto estupor que reflejaba el rostro de Brian.

—Academia de hípica de Royal Meadows. Espere un momento, por favor — con una amable sonrisa, tapó el auricular—. Ya me encargo de terminar yo sola. Te estoy distrayendo de tu trabajo.

—Yo no soy ningún esnob.

—Era previsible que pensaras que no lo eres. ¿No podríamos continuar la discusión en otro momento? Necesito ocuparme de esta llamada.

Fastidiado, Brian hundió la pala en el saco de grano y se marchó.

Aquel incidente le puso de mal humor durante el resto del día.

¿Esnob? ¿Cómo era posible que aquella mujer le hubiera llamado a él esnob? Y después de haber hecho el esfuerzo de ser amable con ella, incluso de haberla elogiado por su trabajo en aquella pequeña y selecta academia de hípica... Realizó personalmente la revisión de la tarde, como tenía por costumbre, y dedicó bastante tiempo al excelente potro que no tardaría en correr en Hialeah. Travis quería que Brian lo llevara a esa carrera, y él había aceptado con agrado. Se dijo que le sentaría maravillosamente bien alejarse más de mil quinientos kilómetros de Keeley.

—No debería pensar estas cosas —musitó mientras acariciaba al potro—, sobre todo teniendo una maravilla como tú entre manos. Nos lo pasaremos bien en Florida, tú y yo, ¿eh?

—Esta noche tenemos partida de póquer —le informó uno de los mozos de cuadra a Brian cuando ya dejaba los establos.



—Estaré presente. Y será un placer vaciaros los bolsillos.

Cuando volviera de Florida, los potros ya habrían sido separados de sus madres. Durante un par de días las separaciones causarían una pequeña conmoción. Y el entrenamiento de los potros de entre uno y dos años empezaría en serio. Brian tenía mucho trabajo por delante, además de que deseaba dedicarle un tiempo especial a Bad Betty.

Aquella misma tarde, a última hora, decidió dar un rodeo y acercarse a las cuadras de Keeley con la intención de ponerla en su sitio, pero a quien encontró fue a su hermana.

—Hola —lo saludó Sarah—. Una tarde maravillosa, ¿verdad? Voy a aprovecharla para montar antes de que anochezca. ¿Quieres venirte?

Era una perspectiva tentadora; Sarah era una excelente compañía, y hacía semanas que Brian no montaba. Pero tenía que trabajar.

— Me encantaría acompañarte: tendrá que ser en otra ocasión. ¿Vas a montar uno de los caballos de Keeley?

—Sí. Siempre está buscando a alguien para que los saque a hacer ejercicio. Los chicos no los hacen correr demasiado, así que permanecen mucho tiempo en las cuadras. Su clase del sábado es un poco más avanzada, pero aun así sigue siendo lo mismo.

—Me lo imagino. No creo que una hora haciendo ejercicios de postura y marcha sea suficiente para los caballos.

—Oh, Keeley los suelta a pastar, y los monta cada vez que puede. Lo cual no es tanto como le gustaría, pero los niños son su prioridad. Y esa hora de postura y marchas significa mucho para ellos.

Rodearon el edificio. Brian esperaba que Keeley siguiera dentro de lo que suponía era la oficina. Quería tener Unas palabras con ella...

—Hoy vi parte de su clase.

—¿h, sí? ¿No son estupendos? ¿Te has fijado en Willy, ese niño de pelo y ojos oscuros? Es el que monta a Teddy.

—Sí. Está encantado con su caballo.

—Ahora sí. Pero antes se asustaba como un conejillo cuando Keeley lo montaba encima —la explicó Sarah mientras se dirigía a la sala de los arreos.

—¿Miedo a los caballos?

—A todo. No sé cómo hay gente que puede hacerle eso a un niño. Nunca lo he comprendido

—¿Hacerle qué?

—Pues maltratarlo —murmuró unas palabras de agradecimiento cuando Brian le descolgó la silla de montar. Creía que Keeley le había hablado de la razón de ser de la escuela.

—No. No ha tenido ocasión de hacerlo. ¿Por qué no me cuentas tú de qué se trata?

—Claro —se acercó a la vieja yegua—.

¡Esta es mi chica! ¿Tienes ganas de correr, eh? —le colocó el cabezal y la sacó de la brida—. No sé si la cosa empezó con los caballos o con los niños: creo que fue al mismo tiempo. Keeley compró primero a Estrella Oriental, un purasangre de cinco años que no había desarrollado todo su potencial. Al menos eso decían los propietarios. Porque en realidad lo habían drogado antes de una carrera: con anfetaminas —la expresión de Sarah se ensombreció—. El corazón y el hígado de Estrella resultaron dañados. Keeley lo compró. Nosotras lo cuidamos, hicimos todo lo posible. No duró un año —sacudió la cabeza y comenzó a ensillar a la yegua—. A partir de entonces aquello fue como una misión para mi hermana. Arregló estas cuadras y abrió una pequeña academia de hípica. El precio de la matrícula es alto, pero los padres de los alumnos que lo pagan se lo pueden permitir. Y sirve para subsidiar a los otros alumnos.

—¿Qué otros alumnos?

—Los que son como Willy —Sarah terminó de atar la cincha y revisó los estribos—. Chicos y chicas con pocos medios, que han sufrido maltratos Keeley los ayuda de muchas formas: los localiza, financia todas sus necesidades realiza su seguimiento continuo trabajando estrechamente con una psicóloga infantil... Es por eso por lo que tiene tan poco tiempo para montar. Nuestra Keeley no deja nada a medias. Podría atender a más chicos, pero quiere mantener un número pequeño de alumnos para dedicarle a cada niño toda su atención. Y está animando a otros propietarios a que patrocinen proyectos similares —Sarah le dio unas palmaditas a la yegua en el cuello—. Me sorprende que no te lo haya comentado. Raramente deja pasar la oportunidad de intentar convencer a alguien para que la apoye. Oye, ¿te gustaría cenar hoy con nosotros? Creo que papá ha preparado un pollo estupendo.

—Gracias, pero tengo otros planes. Que disfrutes del paseo.

Desde luego que tenía otros planes, pensó Brian mientras Sarah se alejaba al trote: humillarse ante Keeley. No sabía cómo resultaría la experiencia, pero ya sabía de antemano que no iba a gustarle.

Llamó a la puerta de la oficina. Como nadie contestaba, abrió la puerta y entró.

Todo estaba limpio y meticulosamente ordenado, como había sido de esperar. El aire conservaba un leve rastro de su perfume. Había un escritorio, con un ordenador, dos aparatos de teléfono y un pequeño fax; archivadores, dos sillas y una pequeña nevera. Cediendo a un impulso de curiosidad, la abrió. No pudo menos que sonreír al ver que estaba repleta de esas botellas de refresco de las que parecía alimentarse.

Pero lo que vio en una de las paredes hizo que su sonrisa se convirtiera en una mueca: cintas azules, medallas, premios de hípica cuidadosamente enmarcados y ordenados. Había fotografías de Keeley participando en certámenes, saltando obstáculos, posando con sus caballos... Y en uno de los marcos había incluso una medalla olímpica.

—Diablos. Creo que tendré que humillarme dos veces ante ella —murmuró.

Era culpa suya. Keeley se dijo que podía descargar la culpa de todo aquello enteramente sobre los hombros de Brian Donnelly. Si no se hubiera puesto tan pesado, si no hubiera estado poniéndose tan pesado justamente cuando Chad la telefoneó a la cuadra, ella no habría aceptado su invitación a cenar. Y no habría pasado cerca de dos horas aburriéndose como una estúpida cuando podía haber estado haciendo algo útil. Como ver secarse la pintura, por ejemplo.

En realidad no tenía nada en contra de Chad. Si una mujer no tenía más que medio cerebro, Chad podría ser el compañero perfecto para ella. En aquel preciso momento le estaba hablando de un cuadro que había adquirido recientemente en una galería. Pero no: una conversación sobre arte podría haber producido el milagro médico que la hubiera librado del coma. De lo que Chad le estaba hablando era de inversiones, y de lo que significaba invertir en obras de arte.

Había cerrado las ventanillas del coche y encendido el aire acondicionado. Keeley se dijo que hacía una noche espléndida, pero que si Chad había cerrado las ventanillas había sido para no despeinar- se. Eso no habría podido soportarlo. Al menos no tenía que esforzarse por participar en la conversación. Chad prefería los monólogos.

—El agente de bolsa me aseguró que en tres años esa obra valdría cinco veces más que lo que he pagado por ella. Normalmente habría dudado en comprarla, ya que el artista es joven y relativamente desconocido, pero la exposición estaba teniendo bastante éxito. Me fijé en que T.D. Giles estaba interesado en un par de obras., y ya sabes lo astuto que es T.D. con esas cosas. ¿Te dije que me encontré con su esposa, Sissy, el otro día? Tiene un aspecto estupendo, y está contentísima con su nuevo estilista.

«Oh, Dios mío», exclamó Keeley en silencio. «Dios mío, sácame de aquí».

Cuando distinguió a lo lejos el portal de columnas de Royal Meadows, tuvo que dominarse para no aplaudir de alegría.

—Me alegro mucho de que hayamos podido encontrar un hueco en nuestras apretadas agendas para vernos. Nuestra vida es demasiado exigente y complicada, ¿verdad? No hay nada más relajante que una cena en intimidad.

—Has sido muy amable al invitarme, Chad — se preguntó si no sería demasiado grosero saltar del coche en marcha, echar a correr hacia la casa y ponerse a bailar de alegría en el porche. «Muy grosero», decidió. De acuerdo, descartaría lo del baile.

—Drake y Pamela, ya sabes, los Larken, van a organizar una pequeña soirée para el sábado. ¿Qué te parecería si te recogiera a las ocho?

Keeley tardó unos segundos en asimilar el hecho de que hubiera utilizado la palabra soirée en una frase.

— De verdad que no puedo, Chad. El sábado tengo muchas clases que dar. Pero gracias de todas formas —y se dispuso a bajar del coche.

—Keeley, no puedes dejar que esa pequeña escuela eclipse tu vida.

Keeley se volvió hacia él, tensa. Un día no muy lejano, cuando alguien se refiriera por enésima vez a su academia de hípica como su «pequeña escuela», le daría una buena lección.

—Ah, ¿no puedo?

—Yo sé que te entretiene. Los hobbies son algo muy satisfactorio.

—Los hobbies —repitió Keeley entre dientes.

—Todo el mundo necesita un escape, supongo. Pero debes reservarte tiempo para ti misma. Precisamente el otro día Renny me comentó que hacía años que no te veía...

—Mi academia no es ningún hobby, ni tampoco un entretenimiento. Es mi trabajo.

—Claro. Por supuesto —le dio una palmadita de condescendencia en la rodilla mientras detenía el coche, y luego se volvió hacia ella—. Pero tendrás que admitir que consume una parte muy considerable de tu tiempo. Por eso hemos tardado seis meses en volver a cenar juntos.

—¿Algo más?

Chad malinterpretó el brillo que vio en sus ojos, porque se inclinó hacia ella con intención de besarla. Keeley se apresuró a detenerlo.

—Ni se te ocurra. Déjame decirte algo, amiguito. Yo hago más en un solo día con mi escuela que tú en una semana removiéndole papeles en esa oficina que te ha regalado tu abuelo entre sesiones de manicura y soirées de esas que tanto frecuentas. Los tipos como tú no me interesan en absoluto: es por eso por lo que han transcurrido seis meses desde nuestra última cita, tan aburrida como esta. Te juro que la próxima vez que cene contigo será en el infierno. Así que llévate tu corbata francesa y tus zapatos italianos y desaparece de mi vista.

Chad se quedó mudo de estupor mientras Keeley salía del coche, y cuando recuperó la voz lo hizo para insultarla:

—Evidentemente el hecho de pasar tanto tiempo en las cuadras te ha hecho perder las buenas maneras.

—Es cierto, Chad —se apoyó en la puerta—. Eres demasiado bueno para mí. Subiré a mi habitación para empapar la almohada de lágrimas.

—Los rumores decían que eras fría. Pero he tenido que descubrirlo por mí mismo. Aquello le dolió, pero procuró disimularlo.

—También decían que tú eras imbécil. Ahora ambos hemos confirmado esos rumores.

Chad encendió el motor del coche, y a Keeley le pareció verle temblar de indignación.

—Y es una corbata inglesa.

Keeley cerró de un portazo y lo miró con los ojos entrecerrados hasta que lo perdió de vista.

—Una corbata inglesa —pronunció en un murmullo. De repente soltó una carcajada, abrazándose—. Lo que me faltaba —suspirando, echó hacia atrás la cabeza y contempló las estrellas—. Menudo imbécil. Lo malo es que él no es el único.

En aquel instante escuchó un leve ruido, y se volvió rápidamente para ver a Brian encendiendo un fino cigarro.

—¿Una discusión de enamorados?

—Bueno, sí... —mintió, nuevamente irritada—. Quiere llevarme a Antigua y yo simplemente tengo el corazón puesto en Mozambique.

Brian expelió lentamente una bocanada de humo, pensando en lo hermosa que estaba Keeley bajo la luz de la luna, con su vestido negro y su melena de fuego derramada sobre la espalda. Escuchar su risa musical había sido como descubrir un tesoro. Pero en aquel momento había vuelto a encolerizarse, y en esa ocasión contra él.

—Creo que me estás mintiendo, Keeley.

—Me gustaría mentirte, y luego cortarte en pedacitos para hacer un paquete con ellos y enviarlos de vuelta a Irlanda.

— Ya me lo figuraba — empezó a acercarse a ella—. Quieres desahogarte con alguien —le sujetó un puño y se lo acercó a su barbilla, como animándola a que lo golpeará—. Adelante.

—Por muy tentadora que me resulte tu invitación, yo no resuelvo las disputas de esa manera —cuando se dispuso a retirarse, Brian la agarró con más fuerza—. Aunque podría hacer una excepción.

—No me gusta pedir disculpas, y no tendría que hacerlo, otra vez, si me dieras una oportunidad para redimirme.

Keeley arqueó una ceja. Intentar liberarse de aquella mano tan fuerte solo serviría para hacerle perder la dignidad.

—¿Te refieres a mi escuela?

—Con esa escuela estás haciendo algo realmente admirable. Me gustaría ayudarte.

— ¿Perdón?

—Que me gustaría echarle una mano con ella siempre que pueda. Dedicarte una parte de mi tiempo.

Sorprendida, Keeley sacudió la cabeza.

—No necesito ninguna ayuda.

— Ya suponía que no. Pero tampoco te vendría mal.

—¿Por qué? —inquirió, mirándola con sospecha.

—Porque no. Tendrás que admitir que entiendo de caballos. Sé trabajar duro. Y creo en lo que estás haciendo.

Aquel último argumento fue definitivo para romper sus resistencias. Fuera de su familia, nadie había comprendido con tanta facilidad lo que quería hacer. Cuando él le soltó la mano, retrocedió un paso.

—¿Me estás ofreciendo tu ayuda porque te sientes culpable?

—Te la estoy ofreciendo porque estoy interesado. Ya me sentí culpable antes, y te pedí disculpas.

—Todavía no te has disculpado —repuso ella, pero sonrió mientras empezaba a caminar hacia la casa, a través del jardín—. No importa. Tal vez necesite contar con un

buen trabajador de cuando en cuando —lo miró de reojo, fijándose en la camiseta blanca y en los viejos vaqueros que llevaba.

Tenía un cuerpo grande y poderoso, manos fuertes y una innata comprensión de los caballos. Su acuerdo de trabajo podría beneficiarla mucho.

—¿Tú montas?

—Pues claro que monto —replicó Brian, y en seguida vio que estaba sonriendo con una maliciosa expresión—. Me estás tomando el pelo otra vez, ¿verdad?

—Bueno, es bastante fácil. No podré pagarte nada.

—Ya tengo un empleo, gracias.

—Los chicos desarrollan un gran número de tareas —le explicó ella—. Forma parte del paquete. No se trata solo de enseñarles a montar. Se trata sobre todo de que recuperen la confianza: en ellos mismos, en su caballo, en mí.

—Creo que podré hacerlo.

—Son niños, así que la diversión es un aspecto fundamental del programa.

— Soy consciente de ello.

Con gesto ausente, Brian cortó un capullo blanco de una enredadera del jardín y lo lanzó hacia arriba para atraparlo al vuelo. Aquel gesto la inquietó, y la hizo recordar que estaban paseando a la luz de la luna, entre las flores. Lo cual no era precisamente una buena idea.

—De acuerdo entonces. Me ayudarás siempre que tengas tiempo para hacerlo.

Cuando se acercaban a la entrada, Brian volvió a tomarle la mano.

— No entremos todavía. Hace una noche muy bonita y es una pena malgastarla durmiendo.

Su tono era cariñoso, con una cadencia de ternura.

—Ambos tenemos que levantarnos temprano.

—Es verdad, pero somos jóvenes, ¿no? Vi tu medalla.

Distraída, se olvidó de retirar la mano.

—¿Mi medalla?

—Tu medalla olímpica. Fui a buscarte a tu oficina.

—Funciona como cebo para que los padres ricos matriculen a sus hijos en mi academia.

— Yo me sentiría orgulloso de ella.

—Y yo también —con su mano libre, Keeley se pasó una mano por el pelo—. Pero no es eso lo que me define.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es? ¿Una corbata inglesa? —inquirió, haciendo referencia a la reprimenda que le había echado a Chad.

Keeley soltó una carcajada, liberando toda la tensión que había estado acumulando.

—Esto sí que es una sorpresa. ¿Sabes? Con el tiempo y con mucho esfuerzo, quizá empieces a caerme bien.

— Yo tengo mucho tiempo — le soltó la mano para comenzar a jugar con las puntas de su cabello. Y, de inmediato, Keeley dio un respingo, apartándose—. Eres un

poco asustadiza —pronunció Brian en un murmullo.

—No, no lo soy —«habitualmente», añadió para sí. «Con la mayoría de la gente».

—El caso es que me gusta tocarte — explicó, y deliberadamente volvió a acariciarle el pelo—. Es como... una forma de comunicarse. Tocando a la gente puedes llegar a saber muchas cosas.

—Yo no... —se interrumpió cuando sintió sus dedos deslizándose por su nuca.

—Sé, por ejemplo, que tú cargas con tus preocupaciones aquí, en la base del cuello. Muchas más preocupaciones que las que expresas con tu rostro. Tienes un rostro asombroso, Keeley. Que puede desconcertar a un hombre.

Keeley se quedó sin aliento. Empezaba a sentir una dolorosa opresión en el pecho.

—Mi rostro no tiene nada que ver con lo que soy.

—Quizá no, pero eso no evita el puro placer que siento al mirarlo.

Si ella no se hubiera puesto a temblar, tal vez Brian se habría contenido. Fue un error. Pero ya había cometido muchos errores antes, y volvería a hacerlo. Había luna llena y flotaba en el aire el aroma de las últimas rosas del verano. ¿Se suponía que un hombre tenía que alejarse de una mujer hermosa que temblaba de esa forma cuando la tocaba? El no, desde luego.

—Esta noche es demasiado preciosa para no aprovecharla —pronunció de nuevo, y se inclinó hacia ella.

Keeley se apartó cuando la boca de Brian estaba a solo unos milímetros de la suya, pero sus dedos seguían acariciándole la nuca, reteniéndola. Bajó la mirada hasta sus labios antes de mirarla fijamente a los ojos.

—Cushla machree —murmuró sonriendo, y como si le hubiera lanzado un hechizo, Keeley cayó cautivada por su encanto.

Le acarició los labios con los suyos. Todo en el interior de Keeley pareció agitarse en respuesta. Brian la atrajo hacia sí, deslizando una mano por su espalda. Keeley sentía la cabeza ligera, la sangre ardiendo, y se aferró a sus hombros para asomarse a aquel delicioso abismo. Brian sabía que tenía que ser tierno y cuidadoso, pero su súbita y completa rendición lo habían excitado hasta un punto insoportable. Resistencia o un frío desdén era lo que había esperado, pero aquello...

— Más — murmuró contra sus labios—. Solo un poco más —y profundizó el beso.

Keeley gimió suavemente, un bajo ronroneo que hizo estragos en el sistema nervioso de Brian: el corazón le dio un vuelco en el pecho, como si fuera a romperse. Ese pensamiento lo hizo apartarse violentamente, mirándola con la expresión con que un hombre habría mirado a un gatito que acabara de convertirse en un peligroso tigre. ¿Había llegado a pensar en algún momento que aquello era un error? ¿Nada más que un simple error? Acababa de entregarle a aquella mujer el poder de destruir a Brian Donnelly.

—Maldita sea.

Keeley parpadeó asombrada, esforzándose por acomodarse a aquel brusco cambio. La expresión de Brian era ceñuda, y sus manos ya no la acariciaban con ternura.

— Suéltame.

—Yo no te he forzado.

—No he dicho que lo hayas hecho.

Keeley todavía sentía en sus labios el cosquilleo de su beso. Los rumores decían que era fría, pensó irónica. Y ella misma se los había creído. Pero el hecho de que hubiera descubierto su falsedad no era tanto motivo de celebración sino de pánico.

—Yo no quiero esto — se refería a su propia vulnerabilidad, a su necesidad.

—Ni yo tampoco —la soltó, para meterse las manos en los bolsillos—. Lo cual simplifica mucho la situación.

—Ambos somos adultos, capaces de responsabilizarnos de nuestros propios actos. Esto ha sido un momentáneo desliz por ambas partes. No volverá a suceder.

—¿Y si sucede?

—No se repetirá, porque cada uno de nosotros tiene sus prioridades y... esto nos traería complicaciones. Lo olvidaremos. Buenas noches.

Echó a andar hacia la casa. No corrió, por muchas ganas que tuviera de hacerlo. Aunque otra parte de su ser, de la que no se sentía nada orgullosa, simplemente deseó que Brian se lo impidiera.

Había esperado que el tiempo que había pasado en Florida, absolutamente concentrado en su trabajo, le ayudara a hacer lo que ella le había dicho que hiciera: que lo olvidara. Pero no había sido capaz, no podía, y finalmente decidió que había sido ridículo que Keeley esperara algo semejante por su parte. Dado que estaba sufriendo, no veía razón alguna por la que debiera desentenderse de ella con tanta facilidad.

Se recordó que sabía cómo comportar- se con las mujeres. Y princesa o no, Keeley era una mujer al fin y al cabo. E iba a descubrir que no podía aplastarlo de un manotazo como si fuera una latosa mosca. Salió de las cuadras, con su bolsa al hombro, hacia su vivienda. Había dormido muy poco durante el viaje de vuelta en coche desde Hialeah. Pudo haber regresado en avión, pero había preferido quedar- se con los caballos y conducir.

Sus caballos habían estado a la altura de sus expectativas: no solo le habían llenado de orgullo, sino que además le habían llenado los bolsillos de dinero. Lo menos que había podido hacer era acompañarlos y encargarse de que llegaran bien. Pero en aquel momento no quería más que darse una ducha caliente, afeitarse y tomar una buena taza de té.

Aunque sinceramente habría cambiado todo eso por otro apasionado encuentro con Keeley. Y ese pensamiento lo irritó. Se prometió a sí mismo que, tan pronto como se arreglara un poco, los dos mantendrían una pequeña conversación. Muy breve, antes de que pudiera volver a ponerle las manos encima. Y cuando lo hiciera...

La erótica imagen que había conjurado en su mente estalló como una burbuja cuando rodeó la casa y vio a la madre de Keeley arrodillada frente a un lecho de flores. No era precisamente muy cómodo tropezar con la madre cuando se había



estado imaginando a la hija desnuda. Pero cuando Adelia levantó la mirada, Brian vio que tenía las mejillas bañadas de lágrimas. Y se quedó estupefacto.

—Ah... señora Grant.

—Brian —se enjugó las lágrimas con el dorso de una mano—. Estaba arrancando unas malas hierbas y saneando estos lechos de flores — apoyó las manos sobre las rodillas—. Lo siento.

—Ah... —ya había dicho eso antes, pensó Brian, nervioso. «Di alguna cosa más», se ordenó. Nunca se sentía tan impotente como cuando veía llorar a una mujer.

—Echo de menos a Paddy. Ayer se marchó —no consiguió ahogar un sollozo—. Pensé que si me pasaba por aquí me sentiría algo mejor, pero... Sabía que tenía que irse, que deseaba irse. Pero....

—Ah... —«diablos», añadió para sí, y se sacó un pañuelo del bolsillo—. Quizá quiera...

—Gracias —aceptó el pañuelo—. Supongo que sabes lo que significa alejarse de una familia.

—Bueno, la mía no está muy unida, por decirlo de alguna forma.

— La familia siempre es la familia — se enjugó las lágrimas, suspirando.

Parecía tan joven, pensó Brian, con su gorra ladeada y su apariencia juvenil. Obrando por impulso, le tomó una mano. Por un instante, Adelia apoyó la cabeza sobre su hombro, suspirando.

—Al traerme aquí, Paddy cambió mi vida por completo. Me asustaba tanto venir..., un nuevo país, gente nueva... Y no había visto a Paddy en años, prácticamente no lo conocía. Pero tan pronto como lo vi, comprendí que estaba a salvo. No sé lo que hubiera hecho sin él.

Hablando de esa forma iba soltando el doloroso nudo que sentía en el corazón.

—No quería desahogarme delante de Travis y de los niños porque ellos también le echan de menos. Y me las estaba arreglando bastante bien hasta que se me ocurrió venir. Aquí fue donde viví la primera vez que vine a Royal Meadows. En una preciosa habitación pintada de verde, con cortinas blancas. Era tan joven...

— Ya, y supongo que ahora es una anciana decrepita —bromeó Brian, y se quedó aliviado al verla reír.

—Bueno, quizá no, pero estaba más verde entonces. Nunca en toda mi vida había visto un lugar como este, y de pronto tenía la oportunidad de hacerlo gracias a Paddy. Si no hubiera sido por él, no creo que Travis se hubiera fijado siquiera en mí, trabajando como trabajaba en las cuerdas.

— Yo creía que eso era una historia inventada.

—No lo es en absoluto —replicó con calor y con una innegable dosis de orgullo—. Aquí me ganaba mi propio sustento. Y era una estupenda moza de cuerdas. Me encargaba de Majesty.

Brian se sentó en el suelo, a su lado.

—¿Usted cuidó a Majesty?

—Sí, y lo vi correr el Derby. Oh, amaba tanto a ese caballo. Ya sabes tú como es

eso.

—Oh, claro.

—Lo perdimos el año pasado. Creo que fue entonces cuando Paddy decidió que le había llegado la hora de regresar a casa. Bueno, ya está bien. Has sido muy amable conmigo, Brian. Gracias.

— Pero si no he hecho nada.

—Me has escuchado —le devolvió su pañuelo.

—Eso es porque ver llorar a la gente me deja mudo.

Keeley apareció por el sendero a tiempo de ver cómo Brian terminaba de enjugarle las lágrimas a su madre.

—Qué pasa? ¿Qué le has hecho? —le preguntó a Brian en un siseo, mientras rodeaba cariñosamente los hombros de su madre.

—Nada. Solo la he golpeado y le he pegado unas cuentas patadas.

—Keeley —riendo de asombro, Adelia se apresuró a tranquilizarla—: Brian no ha hecho más que ofrecirme su hombro para llorar un poco la marcha del tío Paddy.

—Oh, mamá —presionó su mejilla contra la de Adelia—. No te pongas triste.

—No puedo evitarlo. Pero ahora ya estoy mejor — se inclinó hacia Brian y, para su sorpresa, le plantó un beso en la mejilla—. Eres un joven muy tierno, y con una gran paciencia.

Brian se incorporó y la ayudó a levantarse.

—No tengo fama ni de lo uno ni de lo otro, señora Grant.

— Eso es porque no te han conocido lo suficiente. Ah, y ahora que he llorado sobre tu hombro, creo que ya deberías ser capaz de llamarme Dee, ¿no te parece? Bueno, me voy a los establos a trabajar un poco.

—Ella nunca llora —murmuró Keeley mientras la veía alejarse—. A no ser que esté o muy contenta o muy triste. Siento haberte atacado como lo he hecho, pero cuando vi que había estado llorando, la mente se me quedó en blanco.

—A mí las lágrimas me producen el mismo efecto. No tiene importancia.

Keeley asintió, y buscó algo que decir para aliviar la incomodidad de la situación. Había estado tan segura de que mantendría la compostura y el control cuando volviera a verlo...

—He oído que te ha ido bien en Hialeah.

—Sí. Tu Héroe se ha portado muy bien.

—Le gusta correr —se fijó en la bolsa que había dejado en el suelo—. Vaya, ni siquiera habías puesto un pie en tu casa cuando una mujer se pone a llorar en tu hombro y otra te echa una bronca. De verdad que lo siento.

—¿Lo sentirías lo suficiente para prepararme un té mientras me ducho y me cambio de ropa?

—Yo... de acuerdo, pero dispongo de menos de una hora.

— Se tarda mucho menos en preparar una taza de té — satisfecho, Brian empezó a subir las escaleras—. ¿Tienes alguna clase esta tarde?

—Sí —acorralada, Keeley se encogió de hombros y lo siguió al interior de la

vivienda. Se recordó que había sido muy amable con su madre, y se sentía por ello obligada a complacerlo—. Sí, a las tres y media. Pero tengo que hacer algunas cosas antes de que lleguen los estudiantes.

—Bueno, no tardaré mucho. Supongo que sabrás dónde está la cocina —le dijo antes de dirigirse a su dormitorio.

Hasta ese momento, Keeley había decidido mantener con Brian una relación cortésmente distante. Lo de aquella noche no había sido más que un momento de locura, inofensiva por otra parte.

Increíble.

Se obligó a recuperarse y buscó la vieja tetera que solía utilizar Paddy. No, no había nada de qué preocuparse. De hecho, en cierta forma debería estarle agradecida a Brian. El le había demostrado que no era tan indiferente a los hombres como ella misma había creído. Hasta entonces le había molestado un poco que nunca hubiera sentido aquella chispa de la que tanto le habían hablado sus amigas.

Bueno, ciertamente en el momento en que Brian la tocó había sentido no una chispa, sino un verdadero incendio. Y eso era positivo, era saludable. Por fin alguien la había sorprendido en el mejor momento, en el mejor lugar y en el mejor estado de ánimo. Y si había sucedido una vez, también podría suceder otra.

Pero con otro hombre, por supuesto. Cuando decidiera que ya había llegado la hora. Echó una bolsita de té en la tetera y abrió uno de los armarios altos para sacar una taza.

— Ya está — Brian apareció de pronto detrás de ella, acorralándola con su cuerpo contra el mostrador. Y cerró la mano sobre la suya, que todavía sostenía la taza.

Keeley pudo aspirar su aroma a limpio, sentir el calor de su cuerpo. Y la garganta se le quedó seca.

—He decidido que no quiero olvidarlo. Keeley tuvo que concentrarse en controlar su respiración.

—¿Perdón?

—Y también que no voy a dejar que tú lo olvides.

—Pero convinimos en que... —tragó saliva, nerviosa.

—Es verdad —Brian tomó la taza y la dejó a un lado. La cola de caballo que llevaba le había dejado la nuca al descubierto, y fue allí donde la acarició—. Convinimos en que no queríamos esto. Pero yo diría que existe otro acuerdo tácito por el cual, a pesar de ello, nos deseamos.

La tormenta de sensaciones volvió de nuevo, pero en forma de un estallido de placer en la nuca que amenazaba con extenderse por todo su cuerpo.

—No nos conocemos...

—Sé cómo sabes. Te siento, te huelo. ¿Por qué deberías poder elegir tú cuando yo no puedo?

Y se apoderó de su boca. Enterrando los dedos en su pelo, la apretó con fuerza hacia sí. Sin embargo aquella vez Keeley sintió tanta furia como pasión en su abrazo. Y

también, muy en el fondo, un resquicio de miedo. La mezcla era insoportablemente excitante.

—No estoy preparada para esto —intentó liberarse—. ¿Es que no lo comprendes?

—No —pero Brian sí comprendía lo que veía en sus ojos. La había asustado, y eso sí que no tenía derecho alguno a hacerlo. La soltó, apartándose—. Tu madre me dijo que era un hombre paciente. Puedo serlo, bajo determinadas circunstancias. Esperaré, porque serás tú la que venga a mí. Hay algo vivo entre nosotros, así que cuando estés lista, vendrás a mí.

—Hay una línea muy fina que separa la confianza de la prepotencia, Brian. Vigila tus movimientos —le aconsejó Keeley mientras se dirigía hacia la puerta.

—Te he echado de menos. Gracias por el té.

—De nada —repuso suspirando, y se marchó.

## 5

Bad Betty se había ganado a pulso su nombre. No solamente daba problemas, sino que los buscaba. Nada parecía satisfacerla más que morder a los mozos de cuadra, o patear a los jinetes que se dedicaban a ejercitar a los caballos. Por todas esas razones, y muchas más, Brian la adoraba.

Todo el mundo suspiró de alivio cuando Brian decidió cuidarla y atenderla personalmente. La conocía bien: era una rebelde. Y una ganadora. El único problema era enseñarla a empezar a ganar sin que su talante salvaje resultara afectado.

Solía hacerle dar vueltas en tomo suyo, sujeta con una cuerda, mientras ella fingía ignorarlo. Aun así, cuando le hablaba, la yegua alzaba las orejas e incluso lo miraba de reojo. Y las jornadas de trabajo duro se vieron recompensadas cuando un día alargó la cuerda y puso al animal a medio galope.

—Ah, así. Qué maravilla.

Le habría gustado capturar aquel momento, su gracioso trote en círculos, con las verdes colinas y el cielo azul como telón de fondo. Era un instante mágico: un purasangre aprendiendo a recibir órdenes emitidas mediante sutiles señales. Y vio otra cosa más mientras contemplaba su estampa y aquel inequívoco brillo en sus ojos. Vio su propio destino.

—Iremos, tú y yo —pronunció en voz baja—. Iremos juntos. Los dos somos rebeldes. Los dos estamos hechos para ganar, ¿verdad?

Acortó la cuerda y la puso al trote. Poco después todavía la acortó más para ponerla al paso. Los dos sudaban bajo el sol. Una y otra vez se servía de la cuerda para transmitirle sus órdenes.

Cuando pasó por allí, Keeley no pudo menos que quedarse a observarlos. Tenía trabajo que hacer, las tareas pendientes se le acumulaban, pero se dijo que no le haría ningún daño aprovechar aquella magnífica mañana de septiembre para deleitarse con aquella magia. Apoyada en la cerca, disfrutó del espectáculo de ver a Brian ejercitando a la yegua. Pensó que su padre había estado muy acertado al contratarlo. Parecía haber una íntima conexión entre hombre y animal que era más fuerte, más tangible que la cuerda que los unía. Keeley podía sentirla: complicidad, afecto, desafío. Eso no era algo que pudiera ser enseñado. Así de sencillo.

Sabía que cuando no estaba ausente debido a alguna carrera, Brian dedicaba mucho tiempo a los potros que acababan de ser separados de sus madres. Ese no era un trabajo fácil en una finca tan grande como Royal Meadows, pero era el tipo de actividad que denotaba una gran diferencia. Un buen entrenador sabía que cuanto más se hubiera comunicado con su caballo desde que era un potrillo, mejor reaccionaría posteriormente cuando tuviera que ejercitarlo y prepararlo.

—Parece que va bien, ¿eh? —le gritó Brian a Keeley mientras volvía a poner a la yegua a medio galope.

—Desde luego. Has hecho muchos progresos con ella.

—Los dos hemos progresado juntos. Está lista para que empiecen a montarla.

Conociendo la reputación de Betty, Keeley chasqueó la lengua.

—¿La vida de qué jinete quieres exponer montándola?

Gradualmente, Brian fue acortando la cuerda, y Betty se puso al trote.

—¿Te apetecería hacerlo a ti?

—Ya tengo trabajo, gracias —repuso ella, aunque la oferta era tentadora.

—Bueno, mañana por la mañana, Betty soportará por primera vez un peso sobre sus lomos —acortó de nuevo la cuerda y, poniendo a la yegua al paso, se acercó con ella a Keeley. Le gustaba verla allí, apoyada en la cerca, con su brillante melena al sol—. No va a ser muy fácil de contentar. Pero lo conseguirás, ¿verdad, maverneen?

Acarició el cuello de la yegua, y el animal olió la bolsa que llevaba atada a su cinturón para luego apartar la cabeza.

—Quiere decirme que no le importa que lleve manzanas aquí guardadas. No, no le importa nada —ató la cuerda a la cerca y sacó una manzana y un cuchillo. Con gesto indiferente, la cortó en dos—. Quizá le ofrezca este regalo a esta otra dama —añadió refiriéndose a Keeley, pero haciendo como que hablaba con la yegua.

Le ofreció la manzana partida a Keeley, y fue entonces cuando Betty empujó con la cabeza a Brian, que fue a estrellar- se contra la cerca.

—Vaya, ahora exige mi atención. ¿Es que la quieres tú? —y le ofreció la media manzana, que mordisqueó mansamente de su mano—. Me quiere.

— Lo que quiere son tus manzanas — comentó Keeley.

Oh, no es solo eso. Mira — antes de que ella pudiera evitarlo, Brian la atrajo hacia sí para acariciarle provocativamente los labios con los suyos.

Betty resopló furiosa y lo embistió nuevamente con la cabeza.

—¿Lo ves? — sonrió antes de soltar a Keeley—. Se pone celosa.

—La próxima vez bésala a ella y te ahorrarás el topetazo.

— Oh, ha merecido la pena.

—Los caballos son mucho más fáciles de seducir que las mujeres, Donnelly —le quitó la otra media manzana de la mano y le dio un mordisco—. De ti solo me gustan tus manzanas —añadió antes de marcharse.

—Esta mujer es tan rebelde como tú — le dijo Brian a Betty mientras observaba a Keeley alejándose hacia las cuadras—. ¿Será por eso por lo que me atraen tanto las mujeres como ella?

No había tenido intención de dirigirse a las cuadras de los jóvenes potros. Simplemente se había levantado temprano y aquella mañana no le había quedado ninguna tarea pendiente. Y además había sentido una gran curiosidad. Cuando entró en las cuadras, lo primero que oyó fue la voz de Brian.

Fue la exasperación que detectó en su tono lo que la hizo sonreír

—Vamos, Jim, has perdido. Tienes que aceptarlo.

—Me niego.

El joven mozo de ejercicios estaba bastante descontento cuando lo vio Keeley.

—Buenos días. He oído que te ha tocado la pajita más corta, hm.

—Ya, vaya mala suerte que he tenido —miró con expresión quejumbrosa a Betty—. Esta quiere comerme vivo:

—La estás incitando a ello al dejarle saber lo mucho que te intimida —pronunció Brian, disgustado—. Hoy vas a pasar a la historia: eres el primer jinete que va a montar a la próxima ganadora de la Triple Corona.

Como reaccionando a aquella profecía, Betty resopló y se movió inquieta mientras Brian la retenía de la brida. Y los ojos de Jim se abrieron aún más de terror.

—Yo lo haré —Keeley no estaba segura de si quería hacerlo por desafío o por compasión hacia el aterrado chico—. Si este va a ser un momento histórico, debería ser una Grant quien montara a esta campeona de Royal Meadows —sonrió a Jim—. Anda, déjame la chaqueta y el sombrero.

— ¿Estás segura? — inquirió el chico, y miró a Brian con más esperanza que pudor.

— Ella es la jefa. Tú pierdes, Jim.

— Aceptaré la derrota y salvaré el pellejo —replicó el jovenzuelo, y con la mejor de las disposiciones se dispuso a salir del cubículo. Pero como si hubiera percibido su marcha, Betty se volvió y lanzó una coz. Brian se apresuró a apartar a Jim y, de resultas de ello, recibió la coz en las costillas.

Sin pensárselo dos veces, Keeley entró en el cubículo y cerró la mano sobre la de Brian, para ayudarlo a controlar a la yegua de la brida. La fuerza de Betty era tal que ambos fueron a caer al suelo.

—¿Es grave? —le preguntó a Brian.

—No tanto como a ella le hubiera gustado —se apartó el cabello de los ojos, con la frente perlada de sudor.

—Bri, lo siento —se disculpó Jim.

—Deberías haber tenido el suficiente sentido común como para no darle la espalda —le espetó Brian—. La próxima vez te lanzará la coxa a la cabeza. Anda, sal. Betty sabe que te ha vencido. Y tú apártate —le ordenó a Keeley con el mismo tono autoritario, mientras recuperaba las riendas para obligar a Betty a bajar la cabeza—. ¿Es así como quieres que nos llevemos? —le preguntó a la yegua—. ¿Crees acaso que estoy perdiendo el tiempo contigo? Quizá no quieras correr. Esperaremos a que llegue la temporada y te traiga un semental que te monte; luego te soltaremos por los pastos. Así nunca sabrás lo que significa ganar.

En la puerta del cubículo, Keeley se puso la chaqueta acolchada y el sombrero. Y esperó. Brian tenía un aspecto impresionante con la espalda de la camisa empapada de sudor, el cabello revuelto en una maraña castaño dorada, tensos los músculos de los brazos. Poderoso, confiado, lo suficientemente arrogante como para dominar a un animal que pesaba cinco veces más que él. Seguía hablando, pero ya había pasado al gaélico. Lentamente el ritmo de sus palabras se fue suavizando, tomándose más cálido. Al final era casi como una canción hipnótica y dulce.

La yegua se quedó quieta, fijos sus ojos castaños en los verdes de Brian. «La ha seducido», pensó Keeley. Estaba asistiendo a un ejercicio de seducción. Sabía que en aquel momento, Betty podría hacer cualquier cosa por él. ¿Quién no lo haría al ser tocado, acariciado, mirado de aquella forma tan mágica?

—Ven aquí —le pidió a Keeley—. Deja que te huela. Tócala para que pueda sentirte.

—Ya sé cómo se hace —murmuró. Se acercó a la yegua, deslizando las manos por su cuello, por sus flancos. Sintió cómo se estremecían sus músculos bajo sus dedos, pero Betty solo tenía ojos para Brian—. He visto incontables personas trabajar de incontables maneras con incontables caballos —pronunció en voz baja mientras seguía acariciándola. Como

la yegua, su mirada estaba clavada en Brian—. Pero nunca he visto nada como lo que acabas de hacer. Tienes una especie de don.

La mirada de Brian se cruzó con la suya, solo por un instante. Un instante interminable.

—Es ella la que tiene el don. Háblale.

—Betty. Has asustado al pobre Jim, ¿verdad?, pero a mí no me asustas. Eres preciosa —vio que bajaba las orejas y percibió su tensión, pero continuó hablándole—. Tú quieres correr, ¿verdad? Bueno, no puedes hacerlo sola. Podría decirte que esto no va a dolerte, pero no es el dolor lo que te importa. Lo que te importa es tu orgullo —una vez más miró a Brian—. El orgullo —repitió—. Pero no podrás disfrutar del orgullo de ganar sin dar antes este paso.

Cuando Brian la ensilló, todo el mundo parecía estar conteniendo el aliento. Keeley montó, y se quedó muy quieta mientras Betty daba un respingo. Sabía lo que podría suceder si no lograban controlar a la yegua. Un falso movimiento por parte de cualquiera y podría encontrarse debajo de varios cientos de kilos de un animal asustado y encolerizado.

Pero la voz de Brian seguía susurrando, suave y soñadora, y la luz gris de la primera hora de la mañana empezó a volverse dorada. Lentamente, Keeley se fue tranquilizando, afirmando los pies en los estribos.

Aquella nueva sensación hizo que Betty moviera la cabeza, retrocediendo y soltando algunas coces. En ese instante, Keeley se inclinó hacia adelante, sumándose a la voz de Brian.

—Acostúmbrate —le dijo Brian a la yegua—. Has nacido para esto. Bien, cushla —añadió mientras seguía tranquilizándola—. Ahora ya no estás tan asustada, ¿verdad? Ella es una princesa — se refería a Keeley —, pero tú eres una reina, ¿cierto?

—¿Así que yo estoy por debajo en la escala jerárquica? —Keeley no sabía si sentirse insultada o tomárselo a broma.

Poco a poco, Betty se fue tranquilizando todavía más. Brian se sacó una manzana del bolsillo y se la dio, comentando:

—Lo está haciendo muy bien.

—Creo que le gustaría lanzarme contra el techo.

—Oh, sí, pero no se le ocurrirá hacerlo ahora. Tú también lo estás haciendo muy bien —la miró a los ojos—. Las dos lleváis sangre azul en las venas.

—Y también estamos haciendo historia, ¿verdad, Brian?

—Puedes apostar a que sí.

Keeley le dedicó a Betty la mayor parte de la mañana: desmontó, volvió a montarla, la contempló mientras Brian volvía a guiarla de la cuerda.

—¿Quieres dar una vuelta con ella por la pista redonda?

Keeley se dispuso a declinar la oferta, ya que tenía trabajo por hacer. Pero la perspectiva de cabalgar sobre aquel joven y precioso animal le resultaba demasiado placentera, demasiado desafiante.

—Si crees que ya está lista para ello...

—Oh, desde luego que sí —abrió el cubículo y la dejó salir.

La pista redonda estaba rodeada por una alta valla, para dar al alumno intimidad y evitar distracciones mientras se iniciaba en el arte de montar. Mientras Brian llevaba de la brida a Betty, montada por Keeley, los mozos de cuadra dejaron de trabajar para observarlos. Y empezaron a cruzar apuestas.

—Algunos están apostando a que no lo conseguirás esta mañana —le dijo Brian con naturalidad—. Yo me he jugado veinte dólares a que sí.

—Si hubiera sabido que iba a haber apuestas, yo también habría jugado.

—¿A qué habrías apostado?

—Yo siempre apuesto a ganar.

Brian se detuvo en la pista, y le entregó a Keeley las riendas.

—Toda tuya.

—Es una manera de hablar, ¿no? —bromeó antes de poner a Betty al paso.

Brian pensó que juntas hacían una estampa impresionante. Si hubiera querido un caballo para sí, habría elegido aquel. Sin dudarlo. Y si hubiera tenido que elegir a una mujer...



Bueno, eso daba igual. Nunca había deseado ese tipo de responsabilidades. Y ninguna de las dos podría ser suya, en cualquier caso. Por lo que se refería a la yegua, se contentaría con el placer de

convertirla en una campeona. Y en cuanto a la mujer, antes de que pasara mucho tiempo tendría el inmenso placer de hacer el amor con ella. Quizá solo una vez, pero con una sería suficiente...

Fuera cual fuera el riesgo que entrañara, nada se lo impediría. Cada vez que se miraban, se acercaban un poquito más. Y ese día había descubierto que ella también era consciente de ello. Solo era un problema de tiempo y de lugar...

—Lo están haciendo muy bien.

Brian estuvo a punto de esbozar una mueca. Resultaba del todo punto inconveniente que el padre de la mujer con la que estaba soñando despierto hubiera interrumpido una evocación tan atractiva. Sobre todo cuando además era su jefe.

—Desde luego que sí. Betty necesita una mano firme, y su hija la tiene

— Siempre la ha tenido — Travis le dio una palmadita en el hombro—. Hablé con Jim, y él me lo contó todo. Recibiste una coz, ¿no?

—No es nada —imaginaba que las costillas le dolerían durante semanas.

—Tienes que ir al médico —le dijo con un tono de naturalidad que contenía una implícita orden.

—Lo haré. Jim es un buen tipo, Travis; lo que pasa es que aún está un poco verde. Creo que me lo llevaré conmigo a las pistas, durante la temporada de carreras.

—Es una buena idea. Tienes muchas. Me refiero a las buenas ideas — añadió Travis.

—Para eso me pagas —Brian vaciló por un instante, y luego añadió—: Betty no es solo tu mejor candidata para el Derby: es tu futura campeona. Me apuesto contigo todo lo que me pagas en un año a que se llevará la Triple Corona.

—Esas son palabras mayores, Brian.

—No para ella. Batirá todas las marcas. Y cuando llegue el tiempo de cruzar- la, creo que Zeus sería el más adecuado. Aunque ya sé que Brendon y tú os ocupáis solos de los cruces... —se volvió para contemplar a Betty—. A veces es como si la conociera de toda la vida, desde siempre.

—Lo sé. Prepara el calendario de carreras que juzgues más adecuado para ella... una vez que esté lista. Ya hablaremos.

Keeley guió su montura hacia ellos, y la frenó tirándola de las riendas mientras murmuraba una orden.

—Ha decidido tolerarme.

—¿Qué te parece? —le preguntó su padre.

—Es algo fuera de lo normal —respondió Keeley— aunque tiene algunos problemas de comportamiento que deben ser corregidos. Es inteligente. Aprende rápido. Lo cual quiere decir que siempre tendremos que ir un paso por delante de ella. Todavía es pronto para decirlo, pero creo que va a triunfar. Trabajaré duro, y correrá duro, guiada por una buena mano. Si yo todavía siguiera compitiendo, intentaría

quedármela.

—No está hecha para exhibiciones de hípica —terció Brian, sacándose un pedazo de manzana del bolsillo— sino para correr en las grandes pistas

Betty aceptó su recompensa, y como para demostrar que era Brian a quien más apreciaba, le empujó ligeramente un hombro con la cabeza.

—Todavía tiene que demostrar que puede correr con más caballos — señaló Keeley—. Puede que haya que ponerle tapaojos.

—No será necesario, creo yo. Los demás caballos no la distraerán. Serán sus competidores.

—Ya veremos —Keeley desmontó y se dispuso a entregar las riendas a Brian, pero fue su padre quien las recogió.

—Yo la llevaré.

Esa, pensó Brian, absurdamente decepcionado, era la diferencia entre entrenar y poseer un caballo.

—No necesitas enfadarte tanto —le dijo Keeley al ver la expresión ceñuda con que se quedó mirando a la yegua mientras se alejaba—. Lo ha hecho muy bien. Mejor de lo que habíamos esperado.

—¿Mmmm? Oh, desde luego que sí. Estaba pensando en otra cosa.

—¿Te duelen las costillas? —al ver que se limitaba a encogerse de hombros, sacudió la cabeza—. Déjame echar un vistazo.

— Si apenas me alcanzó...

—Oh, por el amor de Dios —impaciente, Keeley hizo lo que habría hecho con cualquiera de sus hermanos: le sacó

la camisa de debajo de los vaqueros.

—Bueno, querida, si hubiera sabido que estabas tan deseosa de desnudarme, habría cooperado con la mejor de las disposiciones, pero en privado.

—Cállate. Dios mío, Brian, y dijiste que no había sido nada...

—No es para tanto.

—La contestación del típico macho... Puede que tengas alguna costilla rota. Necesitas hacerte una radiografía.

—No necesito una maldita... ¡ay! Diablos, deja de tocarme ahí —intentó bajarse la camisa, pero ella volvió a subírsela.

—Anda, no seas niño.

— Hace un momento era un típico macho, y ahora un niño. ¿Qué es lo que quieres?

—Que te comportes con sensatez.

—Es difícil que un hombre se comporte con sensatez cuando una mujer como tú le está desnudando a plena luz.

—Uno de los hombres podrá llevarte a la sala de primeros auxilios.

Nadie me va a llevar a ninguna parte. Sé cuándo tengo una costilla rota y cuándo no. Es una simple contusión, pero me duele más de tanto como me la has tocado —cuando ella, a manera de respuesta, volvió a tocársela con un dedo, Brian gruñó—.

Keeley, me estás torturando.

—Solo estaba intentando... —se interrumpió al levantar la cabeza y encontrarse con sus ojos: en aquel instante no veía ni dolor ni disgusto en ellos, sino ardor y frustración. Aquello resultaba sorprendentemente gratificante—. ¿De verdad?

Era un error, una auténtica locura, pero sin poder contenerse deslizó los dedos a lo largo de su cadera y costillas, arriba y abajo, lentamente. Sintió cómo se estremecían sus músculos.

—¿Por qué no me lo impides?

—Me estás volviendo loco —replicó Brian, con la garganta seca—. Y lo sabes.

—Quizá. Y quizá me guste —nunca antes se había mostrado tan provocativa. Nunca antes había querido hacerlo. Y nunca antes había sentido la emoción de tener a un hombre bajo su control—. Quizá haya pensado en ti, Brian, de la manera en que tú dijiste que lo haría.

—Has escogido un momento muy oportuno para decírmelo, cuando estamos rodeados de gente, tu padre incluido.

— Sí, quizá eso me proporcione seguridad.

Brian no sabía si aquello era un cumplido, pero para Keeley era una verdadera revelación.

—Nunca lo había hecho antes —explicó ella—. Nadie me había atraído lo suficiente. Tú sí, y ni siquiera sé por qué.

Cuando Keeley dejó caer la mano, Brian le tomó la muñeca. Le sorprendió descubrir la aceleración de su pulso, cuando tanto sus ojos como su voz eran tan firmes.

—Pues entonces aprendes muy rápido.

—Me gustaría creerlo. Tú, en todo caso, serías el primero.

— ¿El primero en qué? — al oírla reír, empezó a hervir por dentro. Fugazmente sus dedos se tensaron sobre su muñeca, hasta que la soltó como si le hubiera quemado.

—Eso te ha asustado lo bastante como para que te quedaras callado —observó Keeley—. Me sorprende que algo pueda dejarte sin habla.

—Yo... —pero no podía pensar.

—No balbucees: así arruinarías tu imagen —Keeley no alcanzaba a imaginar por qué su aturdida expresión la divertía e impresionaba tanto, o por qué el asombro que reflejaban sus ojos le resultaba tan enternecedor.

—Digamos que, bajo las presentes circunstancias, ambos tenemos muchas cosas sobre las que reflexionar. Ahora tengo trabajo que hacer. He de prepararme para mi clase de la tarde.

Y se marchó tan tranquila, como si acabara de mantener una conversación del todo intrascendente, dejándolo aturdido, mareado.

Se había enamorado de una aristócrata. De la hija de su jefe. Tendría que estar

loco para ponerle una mano encima después de aquello.

Empezó a desear que Betty le hubiera propinado la coz en la cabeza, y no en las costillas.

Aquel día, Keeley tuvo que quedarse hasta tarde trabajando con la contabilidad, algo que odiaba. Suspirando, se echó hacia atrás en su silla y se frotó los ojos. Al cabo de otro año, quizá dos, la academia generaría beneficios suficientes como para exigir la contratación de un contable. Pero por el momento no tenía más remedio que ahorrar gastos, sobre todo cuando podía invertir los ahorros en financiar a otro estudiante, o en comprar botas de montar a los más desfavorecidos.

Tenía dos alumnos por subsidiar en lista de espera. Con uno o dos más podría justificar abrir otra clase los domingos, lo cual significaba que tendría dieciocho alumnos subsidiados. Dos años

antes había comenzado con tres. Su proyecto funcionaba viento en popa. Volvió a concentrarse en el ordenador. Se le había empezado a nublar otra vez la vista de cansancio cuando se abrió la puerta a

su espalda. Reconociendo en seguida el aroma del té, se volvió para ver a su madre.

—Mamá, ¿qué estás haciendo aquí? Es medianoche.

—Bueno, estaba levantada, vi la luz encendida y me dije: esta chica necesitará un poco de combustible si va a quedarse trabajando de madrugada —Adelia le dejó sobre el escritorio un termo y una bolsa de papel—. Toma: té con galletas.

—Te quiero.

—Más te vale. Querida, se te están cerrando los ojos. ¿Por qué no lo dejas ya y te acuestas?

—Casi he terminado, pero puedo tomarme un descanso... y saborear el combustible —se comió una galleta antes de servirse una taza—. Esto me pasa por haberme entretenido esta mañana.

—Ya me ha contado algo Travis —comentó Adelia, tomando asiento—. Está absolutamente encantado con los progresos que Brian ha hecho con Betty. Bueno, y también con el propio Brian. Pero esa yegua es todo un desafío.

—Hmmm —«al igual que Brian», pensó Keeley—. Tiene su particular manera de hacer las cosas, pero parece que funciona —reflexionando, empezó a tamborilear con los dedos sobre el escritorio. Siempre había sido capaz de hablar de cualquier cosa con su madre, y no tenía

motivo alguno para esconderle nada—. Me siento atraída por él.

—El caso contrario me habría preocupado. Es un hombre muy guapo.

—Muy atraída —puso una mano sobre la de su madre.

—Oh, vaya —la diversión desapareció de la mirada de Adelia.

—Y él también se siente muy atraído

por mí.

— Entiendo.

—No quiero decírselo a papá. Los hombres no ven este tipo de cosas de la forma que lo hacemos nosotras.

—Querida —pronunció su madre, suspirando—. Probablemente las madres tampoco vean este tipo de cosas igual que sus hijas. Eres una persona adulta, una mujer que debe buscar sus propias respuestas. Pero todavía sigues siendo mi pequeña, ¿verdad?

—Nunca he tenido relaciones íntimas con un hombre.

—Lo sé —Adelia esbozó una sonrisa tierna, casi nostálgica—. ¿Crees que no me habría dado cuenta si ese no hubiera sido el caso? Piensas demasiado en ti misma para darle a alguien lo que tú eres a no ser que te importe mucho. Y nadie antes te había importado tanto.

Keeley se dijo que estaban pisando un terreno resbaladizo.

—No sé si Brian me importa de la forma a la que tú te refieres. Pero con él me siento diferente. Le deseo. No he deseado a nadie antes. Es excitante, y también me inquieta un poco.

Adelia se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—Ya hemos hablado de esto antes, tú y yo. Acerca del significado de estas cosas, de las precauciones, las responsabilidades.

— Sé comportarme de manera razonable y responsable.

— Keeley, que todo eso sea importante no significa que otras cosas no lo sean. No es un acto meramente físico, aunque lo sea para algunas personas: hay tanta pasión en ello, tanto sentimiento... Mi experiencia fue maravillosa. Tu padre fue el primer hombre con quien hice el amor — murmuró— y el único.

—Mamá —conmovida, Keeley le tomó las manos—. Es tan bonito lo que dices...

—Solo te pido que antes estés segura, para que puedas atesorar un recuerdo tierno y apasionado, y no simplemente ardiente. El ardor se apaga con el tiempo.

—Estoy segura —sonriendo, se llevó una mano de su madre a la mejilla—. Pero él no. Y, mamá, es extraño, pero si estoy segura es por la manera en que se retrajo cuando yo le dije que sería el primero. ¿Lo ves? Yo también le importo.

Era realmente sorprendente ver cómo dos personas podían convivir trabajando prácticamente en el mismo lugar, y al mismo tiempo evitarse completamente la una a la otra. Pero solo era cuestión de

proponérselo, y eso era lo que Brian se había propuesto hacer durante varios días. Tenía mucho trabajo que le mantuviera ocupado y numerosas oportunidades para

alejarse de la finca. Sin embargo, aquella habilidad para rehuir a Keeley laceraba su orgullo. En realidad, se trataba de pura cobardía.

Y añadido a eso, se había comprometido a ayudarla en la academia y no había hecho nada al respecto. No era un hombre que faltara a su palabra, por mucho que ello le costase. Y, se recordó mientras se dirigía a las cuadras de Keeley, también era un hombre de cierta capacidad de autocontrol. Nada más lejos de sus intenciones que seducir o aprovecharse de la inocencia de ninguna mujer. Lo había decidido.

Fue entonces cuando se detuvo ante los establos y la vio. La boca se le hizo agua. Keeley llevaba unos pantalones de montar pardos y una vaporosa camisa color crema. Se había soltado el cabello, como si se hubiera quitado las horquillas. Y así debía de haber sido, porque en cuanto lo vio se apresuró a recogerse con una cinta elástica.

Brian decidió que el mejor lugar del universo donde deberían estar sus manos en aquel momento era en sus bolsillos.

—¿Ya has acabado las clases?

—¿Por qué? ¿Es que querías recibir una?

—Te dije que te ayudaría con las clases.

—Sí, es verdad. Y también dijiste que sabías montar, ¿no?

— Sí.

—Bien —«perfecto», añadió para sí, y le señaló un gran caballo zaino—. Mule necesita ejercitarse. Si te lo llevas, yo también podré ejercitar un poco a Sam. A ninguno de los dos les ha bastado con el escaso ejercicio que han hecho durante los últimos días. Seguro que tengo alguna silla que te venga bien — abrió la puerta de un cubículo y sacó a Sam, ya ensillado—. Te esperamos en el prado.

Mientras salían, Brian miró a Mule, y Mule a Brian.

—Es una mujer muy mandona, ¿verdad? —luego, encogiéndose de hombros, se dirigió a la sala de arreos a buscar una silla.

Keeley estaba trotando alrededor del prado cuando Brian se reunió con ella.

—¿Por qué te has arreglado tanto hoy? —le preguntó.

— Tocaba sesión fotográfica. Han sacado fotografías de las clases. Mule es un gran corredor, si es que te apetece correr. ¿Qué tal las costillas? —le preguntó mientras cabalgaba a su lado.

—Bien —en realidad le estaban volviendo loco, porque cada vez que sentía una punzada, recordaba sus manos sobre su cuerpo.

— Me han dicho que el entrenamiento de los potros de entre uno y dos años marcha bien. Y que Betty es una alumna estrella, tal y como predijiste.

— Tiene verdadera sed de ganar. Pronto empezaremos a acostumbrarla a los cajones de salida de las carreras.

Keeley se dirigió hacia una suave ladera arbolada.

—Para eso, yo que tú utilizaría a Foxfire — comentó con naturalidad—. Tiene mucha experiencia y le encanta salir el primero del cajón. En cuanto Betty lo vea, no querrá quedarse atrás.

Brian ya se había decidido por Foxfire para ese mismo cometido, pero se encogió de hombros.

—Estoy pensando en ello. Bueno, ¿he aprobado ya el examen, señorita Grant?

Keeley arqueó una ceja y sonrió. Evidentemente se había estado fijando en su forma de montar.

—Bueno, al trote eres bastante competente —y en seguida puso a Sam a medio galope. En cuanto Brian la alcanzó, pasó al galope abierto.

Había echado de menos aquella sensación. No había nada comparable: el vértigo de la velocidad, el poderío del animal bajo ella, el tronar de los cascos, el silbido del viento... Se echó a reír cuando Brian se puso a su altura.

Brian la contemplaba admirado. Su figura se recortaba contra un cielo incendiado de tonos rojos y dorados. Por un momento le pareció que Keeley iba a ascender a aquel cielo, a sumergirse en él. Y no tuvo más opción que seguirla.

Al fin se detuvo y se volvió para mirarlo, con el rostro ruborizado de placer y un brillo en los ojos desconocido para Brian.

—Llevaba yo ventaja —le comentó ella—. Mule corre como un demonio, pero no alcanza a este —se inclinó sobre la silla para darle a Sam unas palmaditas en el cuello—. Desde aquí arriba la vista de la finca es realmente maravillosa, ¿verdad? —añadió mientras contemplaba el paisaje desde lo alto de la colina.

Los edificios de la propiedad se destacaban nítidamente, con sus vallas blancas cercando pastos y prados, la pista ovalada, los caballos que eran conducidos a las cuadras.

—Y desde allá abajo también. Es la mejor finca que he conocido nunca.

—Espera a verla en invierno, con la nieve cubriendo las colinas y un cielo tan azul que daña la vista. Y los potrillos recién nacidos intentando sostenerse sobre sus patas. Cuando era pequeña, no podía esperar a levantarme por la mañana para correr a verlos.

Siguieron cabalgando al paso mientras el cielo se oscurecía por momentos. Keeley no había esperado sentirse tan cómoda en su compañía.

—¿Tenías caballos cuando eras niño?

—No, nunca llegué a poseer ninguno. Pero frecuentaba las carreras, ya que mi padre se dedicaba a las apuestas.

—¿Y tú?

—Me gusta jugar de vez en cuando, pero afortunadamente sé dominarme más que mi padre. En cualquier caso, los caballos presidieron la mayor parte de mi vida. Me acuerdo de las muchas veces que iba a con mi padre a verlos en las pistas. A él le gustaba llegar muy temprano para ver el terreno, hablar con los mozos de cuadra.... sentir el ambiente, como decía él. Perdía más dinero del que ganaba. Yo creo que era eso lo que le atraía — «eso y la petaca de alcohol que siempre llevaba consigo», añadió Brian para sí. Su padre había amado los caballos y el whisky, para desgracia de su mujer—. Una de las primeras veces que lo acompañé, vi a un jinete haciendo ejercicios, un mozalbete, montando un alazán por la

pista. Y pensé: «eso es lo que quiero hacer yo». No podía haber nada mejor a lo que dedicar mi vida. Desde entonces solía escaparme del colegio para visitar los hipódromos y trabajar en lo que fuera.

—Es romántico —cuando Brian se rió de su comentario, Keeley sacudió la cabeza—: Hablo en serio. La gente que no forma parte de este mundo no puede comprenderlo: el trabajo duro, las decepciones, el sudor y la sangre. Los duros ejercicios al alba, las caídas, las contusiones...

—¿Y eso es romántico?

— Tú sabes que sí.

En esa ocasión fue Brian quien se rió, porque sabía que tenía razón. Puso su caballo al trote, cabalgando con ella, y no tardaron en ver las luces de la mansión. No había esperado pasar una hora tan agradable en su compañía, y encontraba extraño que por debajo de su mutua atracción pudiera latir una amistad tan sana y sincera.

Para cuando llegaron a las cuadras, Brian estaba de un humor excelente. A requerimiento de Keeley le habló del entrenamiento de los potros de entre uno y dos años, de los progresos efectuados, de la yegua que estaba enferma... Juntos dieron de beber a los caballos, y mientras Brian los desensillaba y guardaba los arreos, ella se dedicó a quitarles las agujas de heno y a buscar los utensilios para cepillarlos. Durante un rato estuvieron trabajando juntos, cada uno en un cubículo.

—He oído que la semana que viene Brendon y tú os vais a Saratoga —le comentó Keeley.

—Va a correr Zeus. También iremos a Louisville. Quiero familiarizarme con esa ruta antes de que llegue el primer sábado de mayo.

— Quieres que Betty corra el Derby.

—Lo correrá. Y lo ganará —afirmó mientras seguía cepillando a Mule.

—¿Le has hablado a Brendon del Derby?

—No. Espero hacerlo mientras estemos fuera. Oye, ¿por qué ya no compites? Con tu trayectoria, necesitarías de una casa entera solo para guardar tanta medalla.

—No estoy interesada en las medallas.

—¿Por qué no? ¿Es que no te gusta ganar?

— Me encanta ganar — se apoyó suavemente en Sam y lanzó a Brian una lenta que le hizo estremecerse de placer—. Pero ya he saboreado y agotado esa experiencia. Competir puede absorber ti vida por completo. Quería participar en los Juegos Olímpicos y lo conseguí —

terminó de cepillar una pata de Sam y empezó con otra—. Una vez que lo logré, me di cuenta de lo mucho que me había concentrado en un único objetivo. Y entonces todo terminó. Quería ver qué otras cosas podía hacer y qué otras cualidades podía descubrir en mí.

—Con el tipo de escuela que fundaste, deberías tener por lo menos a una persona ayudándote.

—Hasta ahora he podido convencer a Sarah y a Patrick para que me ayuden. Mamá me echa una mano siempre que puede, y papá también. Lo mismo pasa con



Brendon, el tío Paddy cuando estaba, y Burk y los chicos de Erin, de Tres Ases.

—Excepto a ti, yo nunca he visto a nadie trabajando aquí.

—Bueno, eso es muy sencillo, Patrick y Sarah se han ido a la universidad, y Brady, que es otro con quien podía contar, también. Brendon suele viajar ahora mucho más que antes. El tío Paddy está en lijan- da, y mis primos han regresado al instituto a la vuelta de las vacaciones. Tanto mi padre como mi madre suelen venir aquí a primera hora de la mañana. Tanto si se lo

pido como si no. Y ahora que he logrado interesarte en el proyecto, cuento con un mozo de cuadra y chico de ejercicios más. Un buen balance para una academia tan pequeña —agregó, y se dispuso a dar de comer a los animales.

—Podrías contar con algún chico o chica bien dispuesto para que llegara antes y se marchara después... a cambio del pago de las clases, claro.

—Antes de las clases, los chicos y chicas tienen que desayunar, y después tienen que jugar con sus amiguitos y hacer los deberes.

—Eres muy estricta.

Keeley se rió entre dientes mientras mezclaba pedazos de zanahoria con el pienso.

—Eso mismo es lo que dicen mis alumnos.

Cuando Brian y Keeley repartieron juntos la comida, los caballos empezaron a relinchar de impaciencia.

— Si me permites que te lo diga, no parece que salgas mucho últimamente,

—Soy un poco compulsiva, me centro demasiado en mis objetivos. Cuando veo algo, voy directamente a por ello — se detuvo para acariciar cariñosamente a uno de los potros—. Es por eso por lo que mis padres no consintieron que me pasara toda la infancia subida a un caballo. Recibí lecciones de piano, y tan pronto como empecé decidí ser la mejor alumna del recital. Si mi trabajo hubiera sido limpiar la cocina después de comer, entonces esa maldita cocina habría brillado como los chorros del oro.

— Impresionante.

—Tal vez. En cuanto a la academia, estoy absolutamente concentrada en ella. Una vez que se establezca del todo podré delegar un poco más, pero necesito empezar desde el principio, recorrer yo misma todo el proceso. Y no me gusta cometer errores. Es por eso por lo que nunca antes he mantenido relaciones con un hombre.

Aquello sorprendió tanto a Brian que Keeley casi pudo escuchar el ruido de su cerebro trabajando a toda velocidad.

—Bueno, eso es... cuando menos, prudente.

Y retrocedió un paso, como un ajedrecista que se hubiera enrocado.

—Resulta interesante que esto te haya puesto tan nervioso.

—No estoy nervioso. Bueno, ya hemos terminado aquí, por lo que parece — intentó otra táctica y procuró hacerse a un lado.

—Repito: es interesante que esto te haya puesto nervioso, o incómodo, si lo prefieres... ya que, desde que nos conocimos, no has hecho otra cosa que

«tirarme los tejos» Por decirlo de alguna manera

—No creo que ese término sea muy adecuado. Me he comportado de una manera muy natural dada la atracción física que sentía, pero...

—Y ahora que soy yo la que ha reaccionado de manera natural, tú sientes que se te escapan las riendas de las manos y te asustas.

—No estoy asustado —acorralado 'COntra la esquina del cubículo, ignoró el terror que le atenazaba el estómago— Apártate, Keeley.

—No —se le acercó todavía más, mirándolo a los ojos. Siguiendo con la terminología ajedrecística, estaba dispuesta darle jaque.

Con la espalda apoyada en la pared, se había dejado acorralar por una mujer a la que sacaba más de una cabeza de altura y prácticamente doblaba en peso. Aunque estaba pálido, procuró mantener un tono de voz tranquilo y firme.

—El caso es que me he replanteado el asunto.

—¿Ah, sí?

—Sí, y... detente —le ordenó cuando Keeley apoyó las palmas de las manos sobre su pecho.

—Tienes el corazón acelerado —murmuró—. Al igual que el mío. ¿Quieres saber lo que me pasa por la cabeza, y lo que siente mi cuerpo cuando me besas?

—No —balbuceó—. Y no va a suceder otra vez.

—¿Quieres apostar? —se echó a reír, poniéndose de puntillas para mordisquearle delicadamente la barbilla—. ¿Por qué no me hablas de ese replanteamiento tuyo de la situación?

—No voy a aprovecharme de tu... de la situación.

Eso, pensó Keeley, era maravillosamente tierno.

—Por el momento, soy yo la que parece llevar ventaja. Te has puesto a temblar, Brian.

Diablos, era verdad. ¿Pero cómo podía estar temblando si ni siquiera sentía las piernas?

—No quiero ser responsable de eso. No me aprovecharé de tu inexperiencia. No lo haré —pronunció la última palabra con un matiz de desesperación en la voz antes de hacerla delicadamente a un lado.

—Yo soy responsable de mí misma. Y creo que ya te he dejado demostrado que, puesto que ya te he elegido a ti, no tienes la más mínima posibilidad de evitarlo —suspiró, satisfecha—. Y esa Convicción es increíblemente tranquilizadora.

—Para excitar a un hombre no se requiere mucho talento, Keeley. Y en ese terreno parece que los dos colaboramos muy bien.

Si había esperado herir su orgullo con aquel comentario, se había equivocado de medio a medio. Keeley se limitó a sonreír, y con una sonrisa rebosante de secreta sabiduría femenina.

—Si eso fuera cierto, y si fuera todo lo que existe entre nosotros, ahora mismo estaríamos desnudos, haciendo el amor —leyó su reacción en sus ojos y sonrió deleitada—. ¿Ya has pensado en eso, verdad? Bueno, pues seguiremos albergando ese

pensamiento para ponerlo en práctica en otra ocasión.

Brian juró entre dientes y se pasó una mano por el pelo con gesto desesperado.

—Eres un tipo muy particular, Brian —añadió ella—. Cuando no quieres expresar tus sentimientos no dices nada... algo que no ocurre muy a menudo. Me gusta eso de ti, aunque me irritaba en un principio. Incluso me gusta tu exceso de confianza en ti mismo. Admiro tu paciencia y dedicación con los caballos, tu comprensión y tu afecto hacia ellos. Nunca antes me había relacionado con un hombre que compartiera ese mismo interés conmigo.

—Tú nunca antes habías estado relacionada con hombre alguno.

—Exacto. Y esa es precisamente la razón. Además, aprecio la sensibilidad que has demostrado al consolar a mi madre cuando estaba triste, y aprecio también

esa parte de ti mismo que ahora mismo está luchando por dominarse en lugar de tomar lo que nunca antes le había ofrecido a nadie — apoyó una mano sobre su brazo mientras él la miraba con mal disimulada frustración—. Si no te hubiera respetado y apreciado tanto, ahora mismo no estaríamos manteniendo esta conversación, por muy atraída que me sintiera hacia ti.

—El sexo complica las cosas, Keeley.

—Lo sé.

—¿Cómo podrías saberlo si nunca lo has experimentado?

—Buena pregunta. Entonces, ¿quieres hacérmelo experimentar ya? ¿Aquí mismo?

—cuando vio que se la quedaba mirando con la boca abierta, le echó los brazos al cuello, riendo, y le plantó un sonoro beso en la mejilla—. Solo estaba bromeando. En vez de eso, vamos a casa a cenar algo.

—Todavía tengo trabajo.

—Brian, ni tú ni yo hemos comido. Podemos cenar algo sencillo en la cocina... y si lo que te preocupa es otra cosa... no vamos a estar solos en la casa, así que no podré ponerte la mano encima. Por el momento.

Brian se dijo que no podría soportarlo:

era imposible. Lo había abrazado con un gesto tan cariñoso, tan espontáneo... Y su corazón estaba como pendiente de un hilo. Intentando que el movimiento no pareciera forzado, se apartó.

—Vale, podríamos cenar algo juntos.

—Bien.

Keeley le habría tomado de la mano, pero Brian ya se había ocupado de esconderlas en los bolsillos. Le divertían y emocionaban a la vez los esfuerzos que estaba haciendo por contenerse. Lo cual, sin que pudiera evitarlo, espoleaba su espíritu competitivo y su pasión por los desafíos...

—Tengo intención de bajar a Charles Town para asistir a los ejercicios cuando te lleves a Betty y a los demás potros a correr.

— Pronto estará lista para ello — explicó aliviado. Hablar de caballos lo hacía todo más fácil—. Si no te conociera mejor, creo que te sorprendería. Pero tú ya sabes de qué madera está hecha.

—Sí. Un buen pedigrí, una cabeza dura y ansia de ganar —le lanzó una radiante sonrisa cuando ya se acercaban a la puerta de la cocina—. ¿Sabes? Alguna gente me ha descrito a mí de la misma manera. Soy medio irlandesa, Brian. De ahí mi cabeza dura.

—Nada tengo que objetar a eso. Una persona puede convertir el mundo en un lugar mucho más tranquilo para los demás siendo pasiva. Pero tú no te has caracterizado precisamente por eso, ¿verdad?

—¿Lo ves? En algo estamos de acuerdo. Ahora dime: ¿te gustan los espaguetis y las albóndigas?

—Da la casualidad de que es una de mis comidas favoritas.

— Y la mía también. Tengo entendido que eso es lo que hay hoy para cenar — con una mano en el pomo de la puerta, lo sorprendió en el último momento al darle un rápido beso en los labios—. Y dado que vamos a reunirnos con mis padres, será mejor que no me imagines desnuda durante el siguiente par de horas.

Y se adelantó para entrar en la cocina, dejando a Brian mudo de impotencia y absolutamente excitado.

No había nada mejor que una pequeña dosis de culpa para enfriar la sangre de un hombre. Y fue la culpa junto con la comida caliente y una copa de buen vino lo que ayudó a Brian a pasar aquella tarde en la cocina de los Grant.

Adelia y Travis no pudieron darle una bienvenida más cálida. Antes de que tomara conciencia de ello, se encontró sentado ante un buen plato de comida mientras le preguntaban qué tal le había ido el día. Y no precisamente como si esperaran un informe. Brian se sentía confundido. Le gustaba aquella gente, sinceramente. Y también le gustaba Keeley.

Por supuesto que le gustaba. Había sido tan sencillo al principio, cuando solo había existido la atracción... O al menos eso había creído él. Pero ahora era distinto.

Ciertamente podía intentar convencerse de que estaba enamorado de lo que representaba Keeley, más que de la persona en concreto. Su belleza física, su clase, su inaccesibilidad, habían sido una especie de desafío, un riesgo que había querido aceptar. Pero la propia Keeley se había abierto a él, de manera que cada vez que estaban juntos, más facetas le revelaba de su personalidad. Su carácter cariñoso, su humor, su inteligencia, su capacidad de decisión que tanto admiraba... Y ahora

aquella actitud insinuante y seductora en un cuerpo tan inocente como el suyo le estaba volviendo loco. Y que el cielo le ayudara, pero le encantaba.

—Toma un poco más, Brian.

— Gracias — aceptó el gran plato que le ofrecía Adelia—. Es usted una magnífica cocinera, señora Grant.

—Llámame Dee, insisto. Desde que Hannah, nuestra ama de llaves, se jubiló, he vuelto a cocinar. Cuando ella estaba aquí, yo apenas cocinaba. Hannah llevaba muchos años trabajando para Travis, y cuando se jubiló yo no quise contratar a nadie más. Decidí que merecía la pena aprender a cocinar algo más elaborado si no quería que nos

muriéramos de hambre.

—Algo que durante unos meses estuvo a punto de ocurrir —terció Travis con tono divertido.

—Es cierto: el problema es que desde entonces lo he mimado demasiado. Apuesto a que tú sí que te desenvuelves bien en la cocina, Brian.

—Si no tengo más remedio, sí —respondió mientras acariciaba distraídamente a Sheamus, que se había tumbado bajo la mesa.

Brian sorprendió la mirada que le lanzó Keeley mientras tomaba un sorbo de vino, y se estremeció por dentro. Como para defenderse de su escrutinio, se volvió hacia Travis.

—He oído que te gusta jugar una o dos manos de póquer de vez en cuando.

—Es cierto.

—Los chicos están organizando una partida para mañana por la noche.

—Tal vez baje. Yo también tengo entendido que eres un rival difícil de batir a las cartas.

— Si vais a jugar al póquer, deberíais invitar a Burke —señaló Adelia—. Así quizá Keeley, Erin y yo podamos encontrar alguna actividad tan tonta como esa para pasar la tarde.

—Buena idea. ¿Más vino, Brian? — Keeley levantó la botella, arqueando una ceja. El tono seductor de su voz era muy sutil, pero a él no le pasó desapercibido.

—No, gracias. Todavía tengo trabajo por hacer —y se dispuso a levantarse de la mesa.

—Bajo contigo —le dijo Travis—. Quiero echarle un vistazo a esa yegua enferma, la del cólico.

—Muchas gracias por la cena, Dee — pronunció Brian.

—Ya sabes que puedes venir cuando quieras.

—Buenas noches, Keeley.

—Buenas noches, Brian. Y gracias por el paseo a caballo.

Adelia esperó a que los hombres hubieran salido para recriminarle a su hija:

—Keeley, jamás habría esperado esto de ti. Estás atormentando a ese pobre hombre.

—¿Pobre hombre? —exclamó, satisfecha—. No es ningún pobre hombre. Y atormentarlo resulta tan gratificante...

—Bueno, ninguna mujer podría objetar nada a ese comentario. Pero procura no herirlo, cariño.

— ¿Herirlo? — sinceramente asombrada, Keeley se levantó para recoger los platos—. Por supuesto que no. No podría.

—Nunca sabemos lo que somos capaces de hacer — Adelia le dio una cariñosa palmadita en una mejilla—. Todavía tienes mucho que aprender. Y sin embargo jamás comprenderás todo lo que a un hombre se le puede pasar por la cabeza.

—Por lo que se refiere a Brian, tengo una idea muy precisa de ello.

Adelia abrió la boca y la cerró de nuevo. Sabía que algunas cosas no se podían

explicar: era necesario vivirlas.

## 7

Brian había llegado a conocer las carreteras que partían de Maryland hacia West Virginia tan bien como conocía las del condado de Kerry.

Había ocasiones en que las verdes colinas le recordaban a Irlanda. La punzada de nostalgia que sentía en aquellos momentos no podía menos de sorprenderlo, ya que nunca se había considerado un hombre sentimental. Otras veces la tierra era tan distinta, con sus densos bosques y sus farallones de roca, que le resultaba casi exótica. Y entonces experimentaba una sensación de contento que lo asombraba igualmente.

Le gustaba viajar, trasladarse de un sitio a otro, y afortunadamente su empleo en Royal Meadows le proporcionaba esa oportunidad. Al cabo de un par de años ya habría visto una buena parte de los Estados Unidos, aunque solo fueran sus hipódromos.

Intentó decirse que no debía pensar en Irlanda como en un «hogar», ni tampoco en Maryland.

Aun así, en aquel momento experimentó una cálida y hogareña sensación al traspasar el portón de Royal Meadows. Y experimentó asimismo un verdadero placer cuando distinguió a Keeley en el cercado, impartiendo una de sus clases.

Se detuvo a observarla mientras llevaba al grupo de niños a practicar el trote. Era una escena enternecedora, y no a pesar de la torpeza y temores de los críos, sino precisamente por ello: porque era una preciosa ilustración de los primeros pasos de una nueva aventura. Keeley le había dicho que debían aprender jugando. Aprendían el sentido de la responsabilidad, pero ella jamás olvidaba que eran niños, algunos de los cuales habían sido seriamente maltratados.

El hecho de verla con aquellos niños, de ver en lo que se había convertido cuando podía llevar una vida vacía y frívola, no hacía más que acrecentar el respeto y la admiración que sentía por ella. Podía oír los gritos de alegría de los pequeños, y la tranquila y firme voz de Keeley aconsejándolos.

Bajó de la camioneta y se acercó para poder contemplar mejor la escena. Los críos sonreían de oreja a oreja, con ojos grandes como platos, y reían a carcajadas. Por lo que podía ver Brian, pasaban del mayor de los nerviosismos al más loco gozo. Y mientras tanto su profesora los instruía y les daba ánimos, llamando a cada uno por su nombre.

Se había trenzado su larga melena color fuego. Llevaba unos viejos vaqueros, un ligero suéter rosa y un chaleco gris azulado con muchos bolsillos. Y se habría puesto perfume, pensó Brian. Un perfume que siempre lo atraía como llamada de una sirena en el mar.

Sin embargo, debía mantenerse alejado:

de ella. Era necesario. Pero también que tenía tantas posibilidades de hacerlo como uno de los jamelgos de Keeley del ganar la Copa del Semental.

Keeley sabía que Brian estaba allí. Lo percibía. No podía permitirse distraerse con seis niños dependiendo de su entera atención. Pero la excitación que sentía, el rápido latido de su pulso, era una sensación tan maravillosa...

Cuando ordenó al grupo que pusieran sus monturas al trote, después del medio galope, algunos niños protestaron decepcionados. Les hizo cambiar de dirección y luego les ordenó ponerse al paso, para finalmente detenerse. Brian escogió aquel momento para aplaudir.

—Muy bien hecho —comentó—. Si alguien de aquí está buscando trabajo, que se ponga en contacto conmigo.

—Vaya, hoy hemos tenido audiencia. Este es el señor Donnelly, el entrenador de los purasangres de Royal Meadows.

—En efecto, y siempre conservo los ojos bien abiertos a la espera de descubrir a un nuevo jockey.

—Habla muy bonito —susurró una de las niñas, pero Brian tenía los oídos muy finos. Le lanzó una sonrisa y la cría se ruborizó.

—¿Eso piensas?

—El señor Donnelly es de Irlanda — explicó Keeley.

—La madre de la señorita Keeley es de Irlanda. Ella también habla así.

Brian levantó la mirada y vio que Willy le estaba observando.

—Nadie habla más bonito que los que son de Irlanda, chico. Eso es porque a todos nos han besado las hadas.

—Pero si las hadas no existen —protestó una niña detrás de Willy.

—Tal vez no vivan en América, pero hay muchas en el país del que vengo yo. Ah, Willy, te recomendaré la próxima vez que pierdas un diente.

—¿Cómo sabe mi nombre? —inquirió el chico, abriendo mucho los ojos.

—Me lo dijo un hada.

Keeley tuvo que esforzarse por disimular su diversión.

—Bueno, a desmontar. Hay que dar de beber a los caballos.

Se produjo un pequeño revuelo. Después de desmontar, con el caballo de las riendas, Willy no dejaba de observar a Brian. Parecía como si no se atreviera a acercársele, y Brian se quedó profundamente conmovido. Finalmente el niño tomó aire y le dijo:

—Se me va a caer uno. Un diente, quiero decir.

—¿De verdad? —incapaz de resistirse, Brian se acercó a él—. Déjame echarle un vistazo.

Willy abrió la boca y empujó por detrás y con la punta de la lengua uno de los incisivos que estaba a punto de caérsele.

—Es un diente grande. Dentro de un par de días serás capaz de escupir por el hueco.

— Se supone que no se debe escupir — Willy se atrevió a mirar a Brian cuando

éste echó a andar—. Y tampoco correr como un animal salvaje —después de asegurarse de que Keeley no le estaba mirando, se subió una manga de la camisa—. Esto me lo hice corriendo como un animal salvaje durante el recreo, en el colegio. Me resbalé y me hice este rasponazo.

Comprendiendo lo que se esperaba de él, Brian apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Es un rasponazo impresionante — para seguirle la corriente, Brian se sacó la camisa de los pantalones para mostrarle la huella de la cox que había recibido en las costillas—. Mira.

—Guau! Eso debió de dolerle. ¿Lloró?

—No podía. La señorita Keeley me estaba mirando. Aquí llega —añadió en un susurro de complicidad mientras volvía a meterse la camisa.

—Willy, tienes que dar de beber a Teddy.

—Sí, señorita. ¿Sabe? Anoche soñé con Teddy.

—Ya me lo contarás cuando lo estés cepillando, ¿vale?

—Muy bien. Adiós, señor.

—Es una criatura maravillosa — murmuró Brian mientras el niño se alejaba para dar de beber a su caballo.

—Sí que lo es. ¿De qué estabais hablando?

—De dientes y de rasponazos —respondió, bromista—. Tengo que bajar a las cuadras, pero si quieres puedo echarte una mano con los críos.

—Gracias, pero no hace falta.

—Lláname si cambias de idea —necesitaba retirarse; tanto Keeley como él tenían trabajo que hacer. Pero le seducía tanto quedarse allí y aspirar su perfume...

—. Los vi galopar. Lo hacen muy bien.

—Lo harán mejor dentro de unas semanas — sabía que debía devolver los caballos a las cuadras y empezar con la sesión de cepillado, pero...¿Qué podía importar que se retrasara algunos minutos?—. Tengo entendido que anoche ganaste un montón de dinero en la partida de póquer.

—Bueno, saqué unos cincuenta. Tu primo Burke es un profesional. Calculo que él sacaría el doble.

—¿Y mi padre?

—Creo que fue a él a quien le saqué los cincuenta —sonrió—. Ya le dije que se le daban mejor los caballos que el juego.

—¿Y qué te respondió él?

—Algo que no podría repetir en público.

— Ya me parecía a mí — rió Keeley —. Tengo que meter los caballos. Mis padres no tardarán en volver.

—Keeley —le tocó suavemente un brazo cuando ya se disponía a retirarse—. Ese pequeño, Willy... tiene un diente que se le caerá dentro de un par de días. Sería bonito que alguien se acordara de ponerle una moneda debajo de la almohada.

Keeley se derritió de emoción.



—Ahora mismo está en manos de una gente muy buena, en una familia de acogida. No se olvidarán de ese detalle.

— Muy bien.

—Brian —en esa ocasión fue ella quien le puso la mano en el brazo. A pesar de las curiosas miradas de sus alumnos, se puso de puntillas para plantarle un beso en la mejilla—. Tengo una especial debilidad por los hombres que creen en las hadas —murmuró antes de reunirse nuevamente con los niños.

«Una debilidad muy especial», reflexionó Keeley, «por un hombre con una maliciosa sonrisa y un corazón de oro». Abrió las puertas que separaban su dormitorio de la terraza y salió a disfrutar de la brisa nocturna. Hacía fresco, y el cielo estaba tan despejado que las estrellas brillaban como antorchas. Hasta ella llegó el perfume de las flores, de los primeros crisantemos, el penetrante aroma de las rosas. La luna en cuarto creciente tenía un color oro pálido. ¿Podría alguien dormir en una noche tan perfecta como aquella?

Fijó la mirada en la vivienda de Brian: había luz en las ventanas. Se le aceleró el corazón. Se dijo que si las luces hubieran estado apagadas, habría vuelto a su dormitorio para intentar dormir. Pero allí estaban, contrastando con la oscuridad que las rodeaba, como haciéndole señas... Cerró los ojos, estremecida. Se había preparado para dar aquel paso, para imprimir aquel cambio en su vida, en su cuerpo. No era un simple impulso, ni una temeridad. Era una mujer adulta, y la decisión era suya.

Brian cerró su libro de anotaciones y se presionó con dos dedos los ojos cansados. Como Paddy, no confiaba demasiado en el ordenador, pero tenía ganas de utilizarlo. Tres veces por semana dedicaba una hora a intentar elaborar los calendarios con sus gráficos correspondientes. Lanzó al aparato una mirada cargada de sospecha: decían que los ordenadores ahorraban tiempo y ganaban eficacia. Pues bien, esa noche estaba demasiado cansado para pasarse una hora entera intentando ahorrar tiempo y ganar eficacia.

Hacía una semana que no disfrutaba de una buena noche de sueño. Lo cual, tenía que admitirlo, nada tenía que ver con el trabajo. Y todo con la hija de su jefe. Era una suerte que tuviera que hacer ese viaje a Saratoga, pensó mientras se levantaba de su escritorio. Poner un poco de distancia de por medio era justamente lo que necesitaba. Procuraría ignorar la incómoda sensación que lo acompañaba, o la punzada de preocupación que le atenazaba el pecho.

Intentó decirse que él no era del tipo de hombres que se preocuparan demasiado por una mujer. Disfrutaba con ellas, era feliz haciéndolas disfrutar, y después cada uno seguía su propio camino. Separarse era siempre el plan final.

Nueva York significaría una buena distancia: sería suficiente. En cuanto a esa noche, tomaría un poco de whisky con el té para aplacar los nervios. Luego se dormiría, aunque tuviera que golpearse en la cabeza para lograrlo. Y no volvería a dedicarle a Keeley ni un solo pensamiento más.

Juró entre dientes al oír que llamaban a la puerta, y temió en seguida que la yegua que tenía bronquitis hubiera empeorado.

— Adelante, está abierto — gritó mientras se ponía ya las botas—. ¿Se trata de Lucy?

—No —Keeley abrió la puerta y lo miró, arqueando una ceja—. Pero si estás esperando a Lucy, puedo irme.

Brian soltó de repente las botas, que cayeron al suelo.

—Lucy es una yegua —pronunció, apenas repuesto de su sorpresa—. No suele llamar a mi puerta.

— Ah, la de la bronquitis. Creía que estaba mejor.

—Y lo está. Bastante mejor — se fijó en que se había soltado la melena, y se preguntó por qué lo habría hecho; le dolían las manos del ansia de enterrar los dedos en ella.

—Qué bien —dio un paso adelante y cerró la puerta.

Al oír el sonido metálico de la cerradura, Brian comprendió que estaba perdido.

—Keeley, hoy he tenido un día muy pesado y me disponía a...

— A tomar algo caliente antes de acostarte —terminó ella. Había visto la tetera y la botella de whisky sobre el mostrador de la cocina—. A mí tampoco me importaría tomar una taza.

Brian se dijo que se había puesto un perfume diferente, seguramente solo para atormentarlo. Estaba convencido de ello. Era como un irresistible cebo para su libido.

—Ahora mismo no estoy precisamente para recibir visitas.

— No creo que se me pueda definir de esa forma —Keeley calentó la tetera, introdujo en ella unas bolsitas de té y vertió el agua caliente—. Sobre todo después de que nos convirtamos en amantes. Brian contuvo el aliento.

—No somos amantes.

—Ya, pero eso va a cambiar —cerró la tapa de la tetera y se volvió hacia él.

—Creo que deberías irte a casa. Esta no es manera de hacer las cosas.

Pero Keeley ya se acercaba a él, con una sonrisa seductora en los labios.

— Si prefieres insinuarte tú, adelante.

—Eso es exactamente lo que no voy a hacer — aunque la noche era fresca y tenía las ventanas abiertas, estaba empapado en sudor—. Si hubiera sabido que las cosas iban a tomar este rumbo, nunca las habría iniciado...

«Su boca», pensó Keeley. Realmente tenía que apoderarse de aquella boca.

— Ahora que ambos sabemos ya cómo son las cosas, tengo intención de terminarlas. Lo he decidido yo.

—Tú no sabes nada de nada, y ese es el problema —replicó Brian. La sangre corría por sus venas como un torrente de fuego.

—¿Te da miedo la inocencia?

—Por supuesto.

—Eso no te impide desearme. Tócame, Brian — le tomó una mano y se la acercó a su pecho—. Quiero sentir tus manos sobre mí.

—Esto es un error.

—No lo creo. Tócame.

Brian le acarició el seno. Era pequeño, delicado, y durante aquel milagroso instante, suyo.

—No importa que sea un error —pronunció, cediendo.

—No dejaré que lo sea —Keeley echó hacia atrás la cabeza mientras él empezaba a acariciarla con las dos manos.

—No importa. Seré cuidadoso contigo.

Brian nunca había visto unos ojos tan azules y brillantes como los de Keeley cuando levantó los brazos y enterró los dedos en su pelo.

—No demasiado cuidadoso, espero.

Cuando él la levantó en vilo, Keeley emitió un tembloroso suspiro.

—Oh, estaba esperando que hicieras esto —estremecida, le besó en el cuello—. Sinceramente que lo esperaba.

—Solo tienes que decirme lo que te guste.

Keeley echó la cabeza hacia atrás para mirarlo mientras la llevaba al dormitorio.

—Enséñame tú lo que me gusta.

Con la luz de la luna derramándose a través de las ventanas abiertas, la depositó sobre la cama. Recordó que la luna también los había iluminado la primera noche que la besó, al igual que en aquel mismo momento. Nunca olvidaría aquella escena, ni la expresión de Keeley. Muy pocos regalos había recibido en su vida, que hubiera atesorado en su memoria y en su corazón. Keeley era un regalo que veneraría durante el resto de su vida.

Empezó a acariciarle los labios con los suyos y Keeley los abrió, dispuesta, ansiando que la tocara, que la probara, que la tomara. Pero Brian se condujo con exquisito cuidado y lentitud, haciéndola experimentar múltiples y deliciosas sensaciones.

La acarició con las yemas de los dedos, deteniéndose en cierto lugar secreto que la hizo contener el aliento de puro gozo. Su boca se deslizaba lánguidamente a lo largo de su piel, excitándola de manera insoportable, hasta que volvió a besarla en los labios con una avidez que la incendió por dentro.

Brian le murmuraba palabras cariñosas en su antigua lengua, como sembrándole el alma de besos. No hubo tensiones ni dudas cuando se entregó a él. En el momento en que la despojó de la camisa, sintió la caricia de la brisa mezclada con la de sus dedos. Se sentía maravillosamente bien. La piel de Keeley era como seda blanca, y su cabello rojo fuego. Cada temblor de su cuerpo era como un regalo, cada suspiro un tesoro. Nunca en toda su vida había sido testigo de algo tan maravilloso como el descubrimiento que ella estaba haciendo de sí misma.

No se mostró en absoluto tímida cuando él la desvistió, sino que disfrutó de cada instante, de cada novedosa sensación. Sus manos curiosas viajaban por el cuerpo de Brian, desnudándolo a su vez. Poco después el aroma de Keeley incendió sus sentidos

mientras empezaba a moverse bajo él a modo de invitación.

Poco después, Keeley ya no pudo pensar en nada mientras escuchaba sus propios gemidos, incapaz de contenerse: había perdido completamente el control sobre sí misma. Todo en su interior se mezclaba y tensaba de una manera insoportable, desesperante. Clavó las uñas en su espalda, le mordió en un hombro... hasta que sintió una mano de Brian cerrándose sobre su sexo. Emitió un grito de pura sorpresa antes de que una ardiente ola la barrierá por completo, atravesando todo su ser. Y se incorporó en la cama, mirando sin ver, manoteando en el aire.

En aquel instante, Brian volvió a apoderarse de sus labios, con mayor avidez, negándole la oportunidad de recuperar el aliento o la cordura.

—Entrégate a mí —le susurró, mirándola a los ojos—. Déjame entrar.

Y, sin dejar de mirarlo a su vez, Keeley abrió las piernas y lo dejó entrar. El placer creció entonces a cada instante, arrasando su pensamiento. Lo único que alcanzó a ver fueron sus ojos, oscurecidos por la pasión y clavados en ella. Conmovida, Keeley levantó una mano para acariciarle una mejilla y murmuró su nombre.

Comprendió entonces Brian que estaba perdido. El amor y la pasión, los sueños y el deseo atravesaron su corazón. Indefenso, enterró la cara en su pelo y se dejó llevar.

Con los ojos cerrados, Keeley se dedicó a disfrutar de aquella nueva sensación: la de una mujer saciada de amor. Experimentando una deliciosa languidez, con la mente maravillosamente aturdida, no tenía necesidad alguna de preguntarse si no le habría regalado a Brian aquel mismo placer. Porque lo había visto en su rostro, y todavía podía percibirlo mientras yacía a su lado.

Sonriéndose, deslizó un dedo todo a lo largo de su espalda.

—¿Qué tal las costillas?

—¿Qué?

—Tus costillas. Todavía tienes la contusión.

—No puedo sentir nada —repuso, aturdido—. ¿Qué perfume te has puesto? Es terriblemente seductor.

—Es solo uno de mis muchos secretos.

Brian levantó la cabeza, disponiéndose a sonreírle, pero entonces volvió a sentirlo. Era su amor por ella, el mismo hecho de verla. Bajando la cabeza, la besó apasionadamente.

—Creo que me estás volviendo loco — le confesó en un impulso que a él mismo le asustó. Luego se hizo a un lado, acabando con la magia de aquel momento. Repentinamente consciente de que por las ventanas abiertas entraba una brisa fresca, la arropó con cuidado antes de preguntarle—: ¿Estás bien?

—Fabulosamente bien —riendo, Keeley se sentó en la cama sin mostrar el menor pudor cuando el edredón se deslizó hasta su cintura. Luego tomó su rostro entre sus manos y le devolvió el beso con la misma pasión — ¿Y tú?

—Sí, pero lo mío era de esperar, ya que tenía un poco más de práctica.

—No lo dudo. Pero no vamos a hablar de tus conquistas precisamente ahora, ¿verdad? Lamentaría tener que pegarte cuando me siento tan estupendamente bien.

—Voy a cerrar las ventanas. Tienes frío.

—¿Sabes? Eres muy cariñoso, Donnelly — comentó Keeley, contemplándolo a placer mientras se levantaba—. Debe de ser por los caballos. Los cuidas, te preocupas de ellos, atiendes todas sus necesidades.., y los entrenas, claro está. Creo que, si te descuidas un poco, empezarás a hacer lo mismo con las personas.

—No —sin saber por qué, Brian encontró aquella ocurrencia levemente insultante—. Las personas pueden cuidar de sí mismas. Además, a mí ni siquiera me gusta mucho la gente —pronunció mientras cerraba las ventanas—. Excepto la compañía presente, ya que ahora mismo estás sentada desnuda en mi cama y sería grosero mantener lo contrario.

—Creo que no te has expresado bien. No es que no te guste mucho la gente, sino que hay mucha gente que no te gusta. ¿Tienes una bata?

—No —Brian no sabía qué le había irritado más: si lo acertado de su comentario o el hecho de que ella lo conociera tan bien.

—Lo suponía —vio una de sus camisas de trabajo colgada de una silla y, sin pensárselo dos veces ni pedirle permiso, se la puso—. ¿Te apetece un té?

Brian pensó que, cuando menos, parecía... interesante con aquella camisa. Lo suficiente como para que la sangre volviera a hervirle en las venas.

—¿Cuál es el plan?

—En mi agenda figura tomar una taza de té, charlar un poco y luego que vuelvas a seducirme y me hagas el amor antes de que yo regrese a casa.

—Oh, no está mal, pero podría mejorarse un poco.

—¿Cómo?

—Podemos prescindir del té y de la conversación.

Keeley se humedeció los labios con la lengua.

—Entonces... ¿me seducirías directamente? ¿Es eso?

—Ese es mi plan —afirmó Brian.

—Puedo mostrarme flexible.

—Me gustaría comprobar eso por mí mismo —sonrió.

Ni siquiera llegaron a probar el té. Cuando Keeley se marchó, Brian la contempló desde la puerta hasta que la perdió de vista. «Estúpido enamoradizo», pensó. «No puedes conservarla a tu lado. En toda tu vida no has podido conservar nada que no pudieras meter en tu mochila y cargártelo al hombro».

Que se hubiera enamorado se trataba simplemente de una mala jugada del destino: ni más ni menos. Tendría que superarlo, por supuesto. Renunciar a ella y a ese extraño sentimiento que se le había infiltrado en el corazón. No había llegado tan lejos como para pensar que aquella forma de locura fuera a durar demasiado...

Así que lo mejor sería disfrutarla mientras durase, y largarse cuando Keeley desapareciera en la oscuridad.

Cuando se metió en la cama, su perfume seguía impregnando la almohada. Y por primera vez en aquella semana, durmió profundamente y bien.

8

Lo echaba de menos. Era realmente extraño sorprenderse pensando en Brian día y noche, e imaginando todas las cosas que quería decirle o enseñarle para cuando regresara de Saratoga.

Y no era la única.

Durante su siguiente lección, Willy le preguntó si el señor Donnelly volvería pronto para que pudiera mostrarle su diente caído. Evidentemente había causado una impresión muy buena en el niño.

No se trataba de que tuviera demasiado tiempo libre para dedicarlo a pensar en Brian. Ya había encontrado suficientes alumnos como para añadir una nueva clase, y en aquellos momentos estaba realizando los trámites burocráticos para subvencionar a tres niños más. Había mantenido encuentros con la psicóloga, la trabajadora social, con los padres y con los propios críos. El papeleo era muy pesado, pero al final merecía la pena.

Hojeó divertida el reportaje sobre la escuela que había aparecido recientemente en la *Washingtonian Magazine*, gracias al cual había conseguido matricular a los nuevos alumnos no subvencionados. Las fotografías eran magníficas y en el texto se rentabilizaba al máximo su historial, resaltando su medalla olímpica y su posición social. En aquel instante sonó el teléfono, y lo miró suspirando antes de contestar: desde que se publicó aquel artículo, lo cierto era que no había dejado de sonar. Dentro de muy poco tiempo no tendría más remedio que contratar un ayudante.

—Buenos días, academia de Royal Meadows —la saludó su prima Maureen, bromista.

Quince minutos después, Keeley colgaba el auricular, sacudiendo la cabeza. Al parecer aquella tarde iba a salir a cenar y a ver las carreras. Recordaba haberse negado unas cinco o seis veces, pero nadie conseguía resistirse a Mo durante mucho tiempo: simplemente pasaba por encima del obstáculo de turno.

Miró los montones de papeles que cubrían su escritorio y suspiró de nuevo cuando el teléfono volvió a sonar. «Hazlo todo por orden, termina una cosa antes de empezar con la siguiente», se recordó, al borde de la desesperación. En aquel preciso momento entró su padre. En seguida se detuvo en el umbral, levantando una mano.

—Espera, no me lo digas. Te conozco de algo. Tu cara me resulta familiar... — la miró entrecerrando los ojos—. Estoy seguro de que te he visto antes en alguna parte. Creo que cenamos juntos hace uno o dos años —bromeó.

—No ha pasado más de una semana — se levantó para besarlo—. Pero yo también te he echado de menos. He estado y estoy muy ocupada.

—Eso he oído —abrió la revista que estaba encima de la mesa y encontró su reportaje—. Una chica preciosa — señaló su fotografía—. Apuesto a que sus padres estarán orgullosos de ella.

—Eso espero —cuando el teléfono volvió a sonar por enésima vez, levantó las dos manos—. Deja que el contestador recoja el mensaje. Este trasto no ha dejado de sonar desde el domingo: son los padres de miles de niños que llaman para pedir información sobre las clases — se volvió hacia la pequeña nevera de la oficina y sacó dos botellas pequeñas de soda—. Ah, y gracias.

—¿Por qué? —inquirió Travis mientras aceptaba la bebida.

—Por tu interés.

—De nada. Cambiando de tema, parece ser que esta noche voy a salir a cenar con dos hermosas mujeres.

—¿También a ti te atrapó Mo? Y a mamá?

—Hace semanas que no tenemos un encuentro interfamiliar — rió Travis —.

¿Es que ya no me quieres?

—Mo siempre acaba por salirse con la suya —Keeley bajó la mirada a las puntas de sus botas—. Entonces... ¿has recibido alguna noticia de Brendon?

—Ayer tarde, sí. Esta noche deberían estar de vuelta.

— Qué bien — se dijo que Brian habría podido llamarla al menos una vez, o enviarle un telegrama, o alguna maldita señal de humo...

—Imagino que Brian estará deseoso de volver.

—¿Tú crees? —Keeley levantó rápidamente la cabeza.

—Betty está haciendo progresos... al igual que varios potros más. Lo está haciendo especialmente bien en la pista oval de prácticas. Está a punto para que Brian le dedique todo su tiempo.

—Estuve presente en una de las sesiones de ejercicios. Parece que está muy fuerte.

—Royal Meadows siempre ha obrado maravillas —había tal matiz de tristeza en la voz de Travis que Keeley lo miró extrañada:

—¿Qué te pasa?

—Nada —se encogió de hombros—. Supongo que me estoy haciendo viejo.

—No seas ridículo.

—Ayer te llevaba sobre los hombros — murmuró—. La casa siempre estaba llena de ruido, de niños bajando y subiendo las escaleras a la carrera, de portazos, de ruidos de juguetes. No sé cuántas veces llegué a tropezar con esos malditos cochecitos de Brady —volviéndose, se pasó una mano por el pelo—. Echo de menos todo aquello. Os echo de menos a todos.

—Papá —Keeley se levantó rápidamente para abrazarlo por la espalda.

—Pero se supone que las cosas son así, y es así como están bien. Tres de vosotros fuisteis a la universidad, y Brendon no deja de viajar por motivos de trabajo. Y tú te estás construyendo una vida propia. Pero aun así echo de menos aquello...

—Te prometo dar un portazo a la primera oportunidad que se me presente —

bromeó ella.

—Eso podría servir.

—Eres un sentimental. Y me gustas por eso.

—Qué suerte tengo. Bueno, en todo caso no había venido para esto, sino para darte un consejo profesional. Creo que necesitas ayuda con tu negocio.

—Precisamente lo he estado pensando. De verdad —añadió al ver que Travis le lanzaba una mirada escéptica—. Tan pronto como arregle un poco las cosas, me ocuparé de ello.

—Creo recordar que hace unos seis meses dijiste lo mismo.

—Porque todavía no era la ocasión adecuada. Lo tengo todo bajo control — pero incluso mientras lo decía, el teléfono sonó otra vez.

— Keeley, conseguir un poco de ayuda no significará que dejes de estar al mando de tu negocio, ni que la escuela deje de ser tuya.

—Lo sé, pero... no será lo mismo.

—Yo soy la prueba viviente de que, con el tiempo, nada sigue siendo lo mismo. Ahora la granja es mayor de lo que era cuando la heredé, y menor de lo que será cuando te la legue a ti y a tus hermanos. Pero he dejado mi huella en ella. Nada podrá cambiar eso.

—Supongo que no quiero que se me escape.

— Ya has dejado demostrado que puedes hacerlo.

—Tienes razón. Pero no será fácil encontrar a la persona adecuada. Tendría que ser alguien a quien se le dieran bien los niños y los caballos, capaz al mismo tiempo de realizar tareas administrativas y de mancharse las manos de estiércol. Y capaz también de ser diplomático con los padres de los alumnos, lo cual suele ser la parte más difícil.

—Creo que yo podría darte alguna idea. Tu madre, por ejemplo.

—¿Mamá? —riendo, Keeley volvió a sentarse —. Mamá no querría este tipo de complicaciones, eso suponiendo que tuviera tiempo para ello.

—,Por qué no se lo comentas un día, de pasada? — le sugirió Travis, sonriendo malicioso—. Te prometo que no diré una palabra sobre ello.

Para cuando terminó la clase de aquel día y los niños terminaron de alimentar y cepillar al último caballo, Keeley regresó a la casa absolutamente agotada. No quería nada más que tomar un buen baño y pasar una noche tranquila. Lamentablemente sabía que si se le ocurría eludir sus planes para la velada, su prima Mo la cazaría como a un perro. Y sería mejor soportar pasar una noche fuera que aguantar semanas de acoso y tortura...

Atravesó la cocina y salió al pasillo. Su padre tenía razón, reflexionó. ¿Cómo podía cualquier miembro de su familia acostumbrarse a tanta tranquilidad? Nadie gritaba por las escaleras ni ponía la música tan alta hasta el punto de destrozar los oídos de los demás. Se detuvo al pie de las escaleras y miró hacia la derecha, donde



estaba la habitación que Brady y Patrick compartían. Todavía recordaba que en una ocasión, Brady había pegado una cinta adhesiva desde el techo hasta el suelo, dividiendo en dos el dormitorio. De esa manera había señalado el «territorio de Brady». Y el restante lo había bautizado como «tierra de nadie».

Cuando pasó por delante de la habitación de Sarah, vio a su madre sentada sobre la cama, acariciando un suéter rojo.

—¿Mamá?

—Oh —Adelia levantó la mirada. Tenía lágrimas en los ojos, pero sacudió la cabeza, sonriendo—. Me has asustado. Hay tanto silencio en esta casa...

Keeley entró. El dormitorio estaba pintado de azul brillante, y las cortinas eran de un horrible color verde que no podía contrastar más. El estilo de Sarah.

— ¿Es que papá y tú compartís el mismo cerebro? —le preguntó Keeley con tono ligero, y se sentó en la cama—. Esta mañana estaba triste por los mismos motivos que tú.

—Supongo que después de tantos años juntos, sentimos las mismas vibraciones, o lo que sea eso. Sarah llamó hace un ratito. Necesitaba desesperadamente su suéter rojo, y no entendía cómo podía habérselo olvidado. Parecía tan feliz, tan ocupada, tan mayor...

—Todos estarán de vuelta para el Día de Acción de Gracias, y después en Navidad.

—Lo sé. Aun así, si pudiera hacerlo, le entregaría este suéter personalmente en vez de enviárselo. Dios mío, mira qué hora es. Tendría que estar vestida y lista para salir a cenar. Y tú también.

— Ya — Keeley apretó los labios mientras su madre acariciaba por última vez el suéter antes de levantarse — Hoy me he pasado todo el día corriendo. Últimamente no hago otra cosa.

—Eso es lo que le sucede a la gente que triunfa, como tú.

—Supongo que sí. Y esta nueva clase me va a mantener todavía más ocupada.

— Ya sabes que tanto tu padre como yo podemos echarle una mano siempre que lo necesites —Adelia salió de la habitación de Sarah y entró en la suya.

— Sí, y os lo agradezco. Pero creo que tendré que pensar en algo más serio y permanente, por mucho que me disguste. Quiero decir que contratar a una persona extraña me resultará difícil. Pero —Keeley dejó la frase en el aire y se sorprendió cuando su madre, que siempre tenía algo que decir, permaneció en silencio—. ¿No estarías interesada en un trabajo a media jornada en mi escuela?

—¿Me estás ofreciendo un empleo?

— Suena horriblemente extraño dicho de esa manera, pero sí. Y no quiero que te sientas obligada.

Adelia la miró alborozada.

—¿Cómo es posible que hayas tardado tanto en pedírmelo? Empezaré mañana mismo.

—¿De verdad? ¿Realmente quieres hacerlo?

—Me muero de ganas. He tenido que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no bajar cada día a las cuerdas hasta conseguir que te acostumbraras y descubrieras un día que ya estaba trabajando allí... ¡Es excitante! — le dio un cariñoso abrazo—. Apenas puedo esperar para contárselo a tu padre.

—Si hubiera sabido que estabas disponible, Dee, y con ganas de conseguir un empleo, yo mismo te habría contratado —comentó Burke Logan, repantigándose en su silla y haciéndole un guiño a la prima de su esposa.

—Ya sabes que nos gusta siempre reservar lo mejor para Royal Meadows — Adelia le devolvió el guiño sentada al otro lado de la mesa del elegante comedor del hipódromo.

—Oh, no sé yo —Burke rodeó con un brazo los hombros de su esposa—. En Tres Ases podemos presumir de contar con la mejor contable del mundo.

—En ese caso, quiero un aumento de sueldo —Erin levantó su copa de vino y le lanzó a su marido una mirada desafiante—. Bien jugoso. ¿Trevor? —se dirigió de repente a su hijo—. ¿Piensas comerte esa chuleta o usarla solamente como decoración?

—Estoy leyendo la lista de caballos que compiten hoy, mamá.

—Es hijo de su padre, no hay duda — musitó Erin mientras le arrebatava el periódico—. Cómete la cena.

El chico, de unos doce años, suspiró profundamente.

—Creo que Topeka va el tercero, Lonesome el quinto y Hennessy el sexto. Papá dice que Topeka es el mejor candidato al premio.

—Cómete eso de una vez, Trev. ¿Dónde está Jena?

—Estará luchando con su pelo —explicó Mo con su típico aire condescendiente de hija mayor—. Como es habitual, tan pronto como cumplió catorce años decidió que su pelo era la pesadilla de su existencia. Como lo tiene largo, denso y liso, dice que le da muchos problemas. Pero esto —añadió mientras se enrollaba en un dedo uno de los miles de rizos rojizos de su melena—, esto sí que da problemas. Si es que vas a preocuparte por algo tan estúpido como tu pelo, algo que a mí ni se me ocurre. En cualquier caso, los chicos tienen que venir a ver el potro al que tengo echado el ojo. Es increíble. Y si papá me dejara entrenarlo... — se interrumpió, mirando de reojo a su padre.

—El año que viene estarás en la universidad —le recordó Burke.

—No si puedo evitarlo —pronunció Mo entre dientes.

Reconociendo aquella expresión de rebeldía, Erin optó por cambiar de tema.

—Keeley, Burke me ha dicho que tu nuevo entrenador es una maravilla con los caballos. Y también jugando a las cartas.

— Yo también he oído que es un bombón —añadió Mo.

—¿Dónde has oído eso? —le preguntó Keeley en vez de morderse la lengua.

—Oh, rumores que corren en el mundillo —respondió su prima—. Creo que Shelley Mason es una de tus alumnas, ¿no? Pues su hermana Lorna está en mi clase de Historia, y el otro día fue a buscar a Shelley a tu finca y pudo admirar a ese irlandés. Y es por eso por lo que pienso pasarme por allí lo antes posible, para conocerlo personalmente...

—Trevor, dale a tu hermana esa chuleta de cerdo para que pueda metérsela en la boca y callarse de una vez.

—Papá, solo quiero verlo. Dime, Keeley... ¿tan guapo es? Me fío más de tu opinión que de la de Lorna Mason.

—Es demasiado mayor para ti —repuso Keeley más bruscamente de lo que hubiera deseado, y Mo alzó los ojos al cielo.

—Vaya. Oye, que yo no quiero casarme y tener hijos con él.

La carcajada que soltó Travis impidió que Keeley le espetara algo realmente grosero.

—Menos mal. Ahora que he encontrado a alguien para sustituir a Paddy, no tengo intención alguna de perderlo y mucho menos de cedérselo a Tres Ases.

—De acuerdo —pronunció Mo—. Solo le echaré un vistazo.

Disgustada, y avergonzada por su propia reacción, Keeley se dispuso a levantarse de la mesa.

—Creo que voy a bajar a las cuadras del hipódromo a ver a Lonesome. Se pone siempre muy nervioso antes de una carrera.

—Bien —Mo se levantó también—. Bajaré contigo —mientras atravesaban juntas el comedor, le comentó—: Te vas a divertir mucho cuando tu madre empiece a trabajar en tu escuela. ¿Sabes? No hay nada como una empresa familiar. Eso es lo que quiero yo. Quiero decir que... bueno, yo no tengo por qué ir a la universidad para convertirme en entrenadora. Si ya sé lo que quiero hacer, y todos los días aprendo algo nuevo, ¿para qué puede servirme la universidad?

—¿Para desarrollarte el cerebro, quizá? —sugirió Keeley.

Ignorando su ironía, Mo salió apresuradamente del edificio.

—Conozco los caballos, Keeley. Tú sabes lo que es eso. Bueno, al menos dispongo de tiempo suficiente para fastidiar a mis padres y obligarlos a que cambien de idea.

—Nadie lo hace mejor que tú.

Riendo, Mo agarró del brazo a su prima

—Me alegro tanto de volver a verte...

Entraron en las cuadras del hipódromo, donde se estaban preparando los caballos para la próxima carrera. En los cubículos los mozos los estaban cepillando, y preparadores y jockeys se movían entre ellos revisando sus monturas y ocupándose de mil detalles. De repente, Keeley descubrió entre ellos a su hermano Brendon.

—¡Brendon! ¡Ya has vuelto!

—Ahora mismo —respondió, saludando cariñosamente a su prima Mo—. Hace un

par de horas llamé a mamá por el móvil y me dijo que esta noche estaríais en el hipódromo. Así que se nos ocurrió pasarnos por aquí de camino a casa.

—¿Se os ocurrió?

— Sí. Bri está echando un vistazo a Lonesome, levantándole el ánimo, ya sabes. Ese caballo tiene un humor tan caprichoso...

—Precisamente yo había bajado con la intención de ver a Lonesome —le informó Keeley, satisfecha de poder conservar un tranquilo tono de voz a pesar del acelerado latido de su corazón.

—Pues es todo tuyo... y de Bri. Bueno, tengo tiempo para cenar un poco. Me subo —y se alejó hacia la casa.

—Ahora podrás presentarme a ese portento... —le comentó Mo a Keeley.

—Lo haría si pudieras comportarte como si tuvieras un cerebro en la cabeza, en vez de glándulas.

—Esto no tiene que ver con las glándulas: es simple curiosidad. Hay cosas mucho más importantes que los chicos. Yo no pienso relacionarme en serio con ninguno hasta que cumpla los treinta años, como muy pronto.

Keeley no sabía si sentirse consternada o divertida por aquella ocurrencia. Luego oyó la voz de Brian... y se olvidó de todo lo demás. Estaba en el cubículo con Lonesome. El caballo estaba deprimido, como tenía por costumbre antes de una carrera.

—Te exigen demasiado, de eso no hay duda —le estaba diciendo Brian mientras revisaba las vendas de sus patas—. Es una cruz terrible de soportar, pero día a día has demostrado un gran coraje y fortaleza. Quizá si ganas esta carrera pueda interceder por ti: ya sabes, zanahorias extra y esas cosas, algo más de melaza por la tarde...

—Eso es soborno —murmuró Keeley.

Brian se volvió rápidamente hacia ella. Un brillo de ternura relumbraba en sus ojos.

— Es persuasión — la corrigió antes de abrir el cubículo para dejarla pasar, con la intención de darle un beso de bienvenida—. Perdona —dijo al ver a Mo—. No te había visto.

—Es normal, con lo bajita que soy: esa es mi cruz particular. Yo soy Mo Logan —le tendió la mano—. La prima de Keeley, de Tres Ases.

—Encantado de conocerla. ¿Algún caballo suyo corre esta noche, señorita Logan?

—Creo que podemos tutearnos. Llámame Mo, por favor. Sí que tengo uno, el sexto. Y el dinero que he apostado por él me dice que va a ganar.

—Lo tendré en cuenta cuando me pase por la ventanilla de apuestas.

—Quiero echar un vistazo a Hennessy antes de la carrera. Sube al comedor cuando tengas tiempo, Brian, para cenar algo o tomar una copa. Toda la familia está reunida.

—Gracias —repuso Brian. Cuando la chica se hubo marchado, le comentó a Keeley—. Es muy bonita;

— También quería echarte un vistazo a ti, no solo a su caballo. Había oído que eras un bombón.

—¿Ah, sí? —exclamó, divertido—. ¿Se lo dijiste tú?

—Yo no, desde luego. Te respeto demasiado para referirme a ti de una manera tan sexista.

—El respeto es una gran cosa —la atrajo hacia sí y la besó en la boca—, pero ahora mismo estoy ardiendo de pasión. ¿Sientes tú pasión por mí, Keeley? —murmuró contra sus labios.

—Aparentemente sí. Oh, Brian, deseo... —lo abrazó, de modo de ambos quedaron apoyados contra el caballo—. Te deseo a ti. Ahora. Donde sea. ¿No podríamos...? Han pasado muchos días...

—Cuatro —murmuró Brian, ansiando desgarrarle el vestido y hacerle el amor allí mismo, ciego de necesidad.

Se había convencido a sí mismo de que se mostraría sensato con ella, y también de que mantendría sus deseos e instintos bajo control. Pero sus mejores intenciones se habían evaporado solamente con verla. Al igual que le ocurrió la primera vez que la vio, como si algo hubiera estallado de repente en su sangre y en su corazón.

—Keeley —le cubrió el rostro de besos—. Te he necesitado tanto... Ven conmigo, vayamos al camión.

—Sí — en aquel momento lo habría seguido a cualquier parte—. Rápido. Démonos prisa —lo tomó de la mano e intentó abrir la puerta del cubículo. Tan nerviosa estaba que habría caído al suelo si él no le hubiera sujetado—. Voy a tener que aprender a andar con tacones por este maldito establo —musitó—. Me tiemblan las piernas.

Con una risa nerviosa, se volvió hacia él. Las piernas habían dejado de temblarle, pero seguía sin sentir las. Lo único que sentía en aquel momento era el acelerado latido de su corazón. Brian la estaba mirando fijamente, embelesado.

—Eres tan hermosa...

Nunca antes había creído que unas palabras como aquellas pudieran importarle tanto. Pero antes de que pudiera hablar, antes de que pudiera pensar en una respuesta, oyó un repentino grito y un ruido de pasos apresurados.

—Keeley, date prisa, ven conmigo — ajena a la íntima escena que acababa de interrumpir, Mo la agarró de una mano—. Te necesito. El muy maldito...

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Si cree que va a salirse con la suya, tendrá que pensárselo dos veces —arrastrando consigo a Keeley, Mo recorrió los establos hasta detenerse frente a uno de los pesebres.

Keeley pudo oír unas voces discutiendo. Primero vio a un hombre. Lo reconoció. Era Peter Tarmack, que tenía por costumbre adquirir caballos a última hora para ponerlos a competir en las carreras. La cara del jockey, de nombre Larry, también le resultaba familiar. Como Tarmack, ya no estaba en sus mejores años y solía beber demasiado antes de las carreras. Aun así, se recurría a sus servicios cuando algún jockey se lesionaba o caía enfermo a última hora.

—Te lo repito, Tarmack no pienso montarlo. Y no conseguirás que nadie más lo haga. No está en condiciones de correr.

—No digas tonterías. Lo montarás y ya está. Para eso se te ha pagado.

—No me pagan para montar caballos enfermos, o en malas condiciones. Te devolveré el dinero.

— ¡Pero si te lo has bebido todo!

Dándose cuenta de que Mo estaba temblando, Keeley le apretó la mano para tranquilizarla.

— ¿Hay algún problema, Larry?

—Señorita Keeley —el jockey se quitó la gorra y se volvió hacia ella, con el rostro acalorado—. Estaba intentando decirle al señor Tarmack que este caballo no está en condiciones de correr esta noche.

—Tú no tienes por qué decirme nada. Y tampoco necesito que un todopoderoso Grant meta las narices en mis asuntos.

Pero antes de que Keeley pudiera responder, Brian apareció de repente y agarró a Tarmack de las solapas, levantándolo en el aire.

—Esa no es manera de dirigirse a una dama — su tono de voz era tan tranquilo como la calma que precedía a la tormenta. Y la tormenta, con todo su poder destructor, parecía estar encerrada en sus ojos—. Entiendo que querrás disculparte con ella mientras todavía conservas los dientes para pronunciar las palabras.

—Brian, yo puedo encargarme de esto.

—Por supuesto —replicó sin dejar de mirar a Tarmack a los ojos—. Pero antes este tipo se disculpará contigo.

—Le pido disculpas —murmuró Tarmack con voz ahogada, y Brian lo soltó—. Simplemente estaba discutiendo con un jockey acabado... al que he pagado con antelación.

—Te devolveré el dinero —replicó el jockey, y se volvió hacia Keeley—. Señorita, no pienso montar a este caballo. Está medio cojo por una lesión de rodilla, y cualquiera puede ver que se encuentra mal. No está en condiciones de correr.

— Señor Tarmack, si se le ocurre obligar a este jockey a correr, lo denunciaré yo misma. Este caballo está herido y resulta evidente que ha sido seriamente maltratado.

—No me eche a mí la culpa. Yo he tenido un par de semanas.

—¿Y en un par de semanas no vertido sus condiciones? ¿Lo ha entrenando a pesar del estado en encontraba?

—Escuche, quizá la gente que tiene dinero pueda hacerse la sentimental, pero yo no puedo permitirme ese lujo. Me gano la vida con los caballos de carreras. Si no pueden correr, me arruino.

—¿Cuánto? —inquirió Keeley mientras acariciaba al potro. En su corazón, ya se habría apropiado de él—. ¿Cuánto le costó?

—Ah... diez de los grandes.

Brian se limitó a clavarle el dedo índice en el pecho.

—Estás de broma, ¿no?

—Bueno, quizá fueran cinco. Tendría que revisar mis libros de cuentas

—Mañana recibirá un cheque por cinco mil: esta misma noche me llevo al caballo.

Brian, ¿te importaría examinarlo, por favor?

—Ahora mismo.

Keeley se alejó unos pasos con Tarmack, para hablar en privado con él.

—Sea inteligente y acepte el dinero. Porque tanto si lo hace como si no, estoy decidida a llevarme a ese caballo.

—La rodilla necesita tratamiento —declaró Brian después de echar un vistazo al animal. Le hervía la sangre de rabia después de ver las señales del maltrato que había recibido—. Necesita mucha atención.

—La tendrá. Ya puede irse —le ordenó a Tarmack—. Alguien se encargará de pagarle por la mañana.

— No consentiré que se lleve mi caballo con una simple promesa de que me pagará mañana. Y no me importa quién sea usted: yo no me fío.

Brian se irguió de nuevo, furioso, pero Keeley lo detuvo alzando una mano.

—Mo, ¿te importaría acompañar al señor Tarmack al comedor? Allí podrías pedirle a mi padre que le extendiera un cheque por cinco mil dólares. Ya haré cuentas con él después.

—Me encantaría —agarró a Keeley por un hombro y la besó en la mejilla—. Sabía que lo conseguirías. Venga conmigo, Tarmack. Recibirá su dinero.

—Lo lamento, señorita Keeley —se disculpó Larry, retorciendo su gorra entre las manos—. No sabía lo mal que estaba este caballo hasta que lo vi hace un momento. No podía montarlo tal y como se encontraba.

—Has hecho muy bien. No te preocupes.

—Es cierto que él me pagó por adelantado...

— ¿Cuánto te queda?

—Unos veinte.

—Ven a verme mañana. Nos encargaremos de eso.

—Muchas gracias, señorita Keeley. Supongo que sabe que este caballo no vale los cinco mil que ha pagado por él, ¿verdad?

Keeley contempló al potro. Tenía un pelaje manchado, la cara demasiado cuadrada con una sucia estrella blanca en la frente. Y su mirada era insoportablemente triste.

—Claro que los vale, Larry. Ya verás cómo sí.

—No tienes por qué ayudarme con esto.

Brian no dijo nada, limitándose a seguir trasquilando las patas del caballo.

—De verdad, Brian —insistió mientras preparaba el ungüento para la rodilla lesionada—. Has tenido un día muy duro. Puedo arreglármelas sola.

—Claro que puedes. Puedes arreglártelas sola con imbéciles como Tarmack, jockeys veteranos y con cualquier imprevisto que se te presente. Nadie ha dicho lo contrario.

Dado que aquella declaración no había sido pronunciada con un tono muy amable, Keeley se volvió para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

—No me pasa absolutamente nada. ¿Es que tienes que hacerlo todo tú sola, hasta el último detalle? ¿Eres incapaz de aceptar una pequeña ayuda cuando te la ofrecen y callarte la boca?

Keeley se calló. Durante diez segundos al menos mantuvo la boca bien cerrada.

—Simplemente supuse que estarías cansado después del viaje.

—Cuando esté cansado, ya te lo diré yo.

—Parece que este potro no es el único en tener problemas con su sistema nervioso.

—Bueno, yo te tengo a ti en mi sistema nervioso, princesa, y no es muy agradable.

Dolor fue lo primero que sintió Keeley, pero el orgullo no tardó en acudir a su defensa.

—Me encantaría purgarte, al igual que pienso purgar mañana a este caballo.

—Si creyera que eso podría funcionar —musitó Brian—, me purgaría yo solito. Pero con el caballo tendrás que esperar hasta mediodía, porque no sabes cuándo ha comido por última vez.

—Sé tratar las afecciones de estómago, gracias —y empezó a aplicar cuidadosamente el ungüento en la rodilla herida del potro.

—Espera, que te vas a manchar la ropa... —y agarró el frasco que ella estaba sosteniendo.

—La ropa es mía, y hago con ella lo que quiero.

—Pues deberías tener más cuidado. Es absurdo curar a un caballo vestida con esa ropa. Un vestido de seda, por el amor de Dios.

—Tengo un armario lleno.

—Es igual —replicó Brian, tirando del frasco hacia sí.

Era bastante cómico que estuvieran discutiendo y forcejeando con un caballo de por medio, y se habría echado a reír si de pronto no hubiera advertido que Keeley tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué estás haciendo?

Soltó el frasco tan repentinamente que Keeley fue a dar con su trasero en el suelo.

—¿No lo ves? Aplicar ungüento a la rodilla de un caballo. Y ahora vete y déjame en paz.

—No hay ninguna razón para que te pongas así. Ninguna en absoluto —replicó



aterrado al ver que estaba a punto de llorar—. Este no es sitio para llorar.

—Estoy enfadada. Este es mi establo. Puedo llorar cuando y donde quiera.

—De acuerdo, de acuerdo —desesperadamente, hundió una mano en el bolsillo para buscar su pañuelo—. Anda, suénate la nariz.

—Vete al infierno.

—Keeley, lo siento. Sécate los ojos ahora, a grha, y dejemos a este jovencito que pase cómodamente la noche.

—No utilices ese tono condescendiente conmigo. No soy una niña, y tampoco un caballo herido.

—¿Qué tono preferirías? —le preguntó, pasándose las manos por el pelo.

—Uno sincero —se levantó—. Pero me temo que el tono despreciativo que has usado desde que estamos aquí encaja en esa categoría. En tu opinión, soy una niña mimada, testaruda y demasiado orgullosa para aceptar ayuda.

—Eso está bastante cerca de la verdad —afirmó Brian, levantándose a su vez—. Pero es una mezcla interesante con la que me he encariñado mucho.

— No soy una niña mimada.

—Quizá la palabra signifique algo distinto para los yanquis. Para mí lo es quien pueda pedirle de buenas a primeras a su padre que le firme un cheque de cinco mil dólares por un caballo enfermo.

— Se lo devolveré por la mañana.

—No lo dudo.

—¿Debería haberlo dejado allí y dejar que ese idiota de Tarmack encontrara un jockey que aceptara montarlo?

—No, hiciste lo correcto. Pero el hecho es el mismo: que puedes disponer de tanto dinero con solo chasquear los dedos.

Aquello le irritaba. Le habría gustado que no fuera así, y decía muy poco a su favor que la despreocupada actitud de Keeley hacia el dinero hubiera lastimado de aquella forma su orgullo. Pero no podía evitarlo: era como si en aquel momento, en las cuadras del hipódromo, la distancia que los separaba se hubiera multiplicado por mil.

— Eres una mujer generosa, Keeley.

— Porque pudo permitírmelo.

—Eso es cierto —repuso Brian mientras acariciaba el cuello del caballo—. Tendrás que perdonarme. Los irlandeses de mi clase siempre se han mostrado algo resentidos con la aristocracia. Lo llevamos en la sangre.

— Querrás decir en la cabeza, Brian.

De pronto sus dedos descubrieron un pequeño nudo en la piel del potro.

—Aquí tiene un absceso —pronunció, como si quisiera cambiar de tema de conversación.

—Dime una cosa: ¿cuántos hombres de tu clase se dejan llevar a la cama por mujeres de la mía? —le preguntó Keeley. Estaban frente a frente, separados por la grupa del caballo.

—Lo habría evitado de haber podido

—replicó, saliendo del cubículo.

—¿A eso se reduce todo, Brian? —le preguntó mientras lo seguía—. ¿A una pura cuestión de sexo?

Brian abrió el grifo del agua caliente para llenar un cubo, empapando de paso un trapo de franela.

—No —contestó sin volverse—. Me importas. Lo cual dificulta aún más las cosas.

—Más bien debería facilitarlas.

—Pues no.

—No te comprendo. ¿Te habrías sentido más satisfecho si hubiéramos hecho el amor sin ningún compromiso de por medio, sin comprensión alguna de nuestros sentimientos?

—Infinitamente —levantó el cubo lleno—. Pero ya es demasiado tarde para eso, ¿verdad?

Desconcertada, volvió a entrar en el Cubículo detrás de él.

—Estás furioso conmigo porque te importo. El agua está demasiado caliente —comentó mientras la probaba.

—Qué va. Y no estoy furioso contigo en absoluto —murmurando unas palabras cariñosas al potro, aplicó el trapo empapado sobre el absceso—. Tal vez lo esté un poquito conmigo mismo, pero es mucho más satisfactorio desahogarme contigo.

—Eso, al menos, puedo comprenderlo. Brian, ¿por qué estamos discutiendo? —puso una mano sobre la suya, la misma que había apoyado sobre el cuello del caballo—. Esta noche hemos hecho una buena acción. El método que hayamos utilizado para quedarnos con el potro no es tan importante como lo que suceda con él a partir de ahora.

—Tienes razón, por supuesto —contempló el contraste de sus manos: la suya, grande y endurecida por el trabajo, y la de ella pequeña y elegante.

—Y el motivo de que sintamos esta mutua atracción no es tan importante como lo que hagamos con ella.

Acerca de aquello último, Brian no estaba tan seguro, así que prefirió no decir nada.

La mañana amaneció fresca y neblinosa. Como había dormido muy mal, la mente de Keeley parecía negarse a funcionar. Su habitual carga matutina de adrenalina la abandonó, de modo que empezó sus habituales tareas, tan aturdida como debilitada. Nunca se había enfrentado con un problema que no pudiera resolver, un obstáculo que no supiera salvar. Pero aquel hombre bien podía resultar una excepción.

Le hacía daño, algo para lo que no se había preparado. ¿Cómo podían haber compartido unos momentos tan íntimos y no comprenderse en absoluto? Ella le importaba, y por alguna razón eso se convertía en un problema: ¿Qué tipo de lógica era aquella?

Que una persona quisiera a otra era lo fundamental. Keeley había descubierto la enorme capacidad de afecto que poseía Brian: algo tan atractivo y encantador como su cuerpo duro y hermoso, o como su preciosa mata de pelo castaño de mechas

doradas. Su rostro perfecto y sus ojos verdes la habían atraído desde un principio, pero había sido su corazón, su paciencia, lado tierno que él se negaba reconocer los que habían conquistado su interés y respeto. Más que constituir un problema, para ella todo aquello había significado, y seguía significando, su solución.

¿Cómo podía mirarla ahora a la cara, después de todo lo que habían compartido, y ver en ella solamente a la niña mimada de un hogar privilegiado? ¿Cómo podía, después de pensar eso, albergar algún tipo de sentimiento por ella?

Era desconcertante, irritante y casi enfurecedor. O al menos lo habría sido del todo si no se hubiera sentido tan cansada. Su falta de energía se hizo todavía más evidente cuando Mo entró en las cuadras.

—Hola. Se me ocurrió pasarme por aquí de camino al maldito instituto —se asomó al cubículo donde Keeley estaba examinando la rodilla lesionada del caballo—. ¿Qué tal va la nueva adquisición?

—Ya se siente mejor —a modo de prueba, le levantó la pata y le flexionó la rodilla, arrancándole un bufido de dolor—. Aunque todavía le duele.

—Pobrecito, pobrecito... —Mo le dio unas palmaditas en el lomo—. Ayer te comportaste como una auténtica heroína, Keel: enseguida supiste hacerte cargo de la situación. Estaba segura de que lo harías.

—No fue para tanto.

—Claro que sí. Y este te está muy agradecido por ello, ¿verdad, chico? Oh, y también a ese bombón irlandés. Por un momento creí que iba a pegar a ese idiota de Tarmack directamente en la cara. Me habría gustado que lo hubiese hecho. En cualquier caso, los dos hicisteis un buen equipo.

—Ya.

—Bueno, ¿y qué hay acerca de esas ardientes miradas?

—¿Qué ardientes miradas?

—Vamos, no te hagas la tonta. Ese tipo te mira como si fueras el último bombón de la tienda y fuera a morirse Sin probar antes el chocolate.

—Esa es una comparación ridícula, y te estás imaginando cosas.

—A punto estuvo de hacerle morder 1 polvo a Tarmack porque se mostró respetuoso contigo. Fue todo tan romántico...

—No hay nada romántico en una pelea. Y aunque ciertamente habría podido manejar sola la situación, le estoy agradecida a Brian por su ayuda.

Maldijo en silencio: ni siquiera le había dado las gracias. Frunciendo el ceño, salió del cubículo en busca de una horca.

—Ya: habrías podido manejar sola la situación. Tú todo puedes manejarlo sola. Pero que te rescaten de esa manera puede llegar a ser muy excitante, ya sabes...

—No, no lo sé —le espetó Keeley— Vete al instituto, Mo. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Ya me voy, ya me voy... Vaya, esta mañana debes de haber consumido muy poca cafeína. Me pasaré más tarde para ver cómo va el potro. Hasta luego.

—Hasta luego —y se dedicó a cambiar la paja de los pesebres. Se dijo que no

había nada malo en poder manejar sola las situaciones. Ni nada malo en querer hacerlo. Y había apreciado en su justo valor la ayuda de Brian.

Y no necesitaba cafeína.

—Me gusta la cafeína —rezongó, una vez sola—. Me gusta, pero eso es completamente distinto de necesitarla. No tiene nada que ver. Podría dejarla en el omento en que quisiera, y apenas la echaría de menos.

Irritada, bebió un trago de la botella de agua que había dejado sobre un estante de acuerdo, quizá la echaría algo de menos, reconoció. Pero solo porque le gustaba el sabor. No era ninguna adición ni...

No sabía por qué tenía que haber pensado en Brian precisamente en aquel instante. Estaba segura de que si él la hubiese sorprendido contemplando horrorizada botella de agua, se habría echado a reír a carcajadas. Pero resultaba discutible cuál habría sido su reacción si hubiera descubierto que no estaba realmente viendo la botella, sino su rostro...

No, aquello tampoco era ninguna necesidad, se apresuró a decirse. Ella no necesitaba a Brian Donnelly. Era atracción, un tipo peculiar de afecto... Brian un hombre que la interesaba, y al que admiraba de muchas maneras. Pero no se trataba de que lo necesitara...

—Oh, Dios mío...

Se dijo que simplemente estaba exagerando la importancia de algo que no era más que una simple aventura. No quería estar enamorada de él. Empezó a remover enérgicamente el heno con la horca, enfebrecida. No había escogido enamorarse de él. Eso era incluso más importante. Cuando las manos empezaron a temblarle, trabajó todavía con mayor energía.

Para cuando su madre se reunió con ella, Keeley ya había recuperado el suficiente control como para pedirle que trabajara en la oficina mientras ella se dedicaba a ejercitar a Sam. Keeley Grant nunca había rehuido un problema en toda su vida, y no iba a empezar a hacerlo ahora. Ensilló su caballo y salió para despejarse un poco la cabeza antes de bregar con el problema que tenía entre manos.

La puerta de salida portátil ya estaba instalada en la pista oval. Soplaban una fresca brisa otoñal. Brian estaba trabajando con cinco caballos, dos potros de entre uno y dos años y tres experimentados corredores. Para los jóvenes potros, aquella era la última fase de su entrenamiento antes de su primera carrera en hipódromo. Necesitaba observar su estilo, descubrir sus preferencias, sus manías, su potencia y su resistencia.

—Quiero a Tempest al lado de la valla —pronunció, con un cigarro en la boca—. Luego Brooder y Betty. Caramel y Giant al exterior.

Escuchó el sonido de unos cascos y perdió el hilo de lo que estaba pensando al ver a Keeley cabalgando hacia la pista.

—No forcéis a los potros —ordenó a mozos de ejercicios—. Ni los castigéis

tampoco. Mis caballos no necesitan que los azoten para correr.

A pesar de su concentración, fue consciente del momento en que Keeley desmontó a su lado. Sacó su cronómetro y lo hizo girar una y otra vez en la mano mientras esperaba a que los chicos situaran los caballos.

—Has colocado a un potro junto a la valla —comentó Keeley mientras ataba las riendas a la cerca.

—Es Tempest. Es de pequeña envergadura, pero tiene mucho ánimo. No sueles cabalgar por aquí por las mañanas.

—No, pero quería ver los progresos que están haciendo los potros. Y mi nueva ayudante se está encargando del papeleo en la oficina.

La miró. Se había soltado la melena, que se derramaba libre y alegremente sobre sus hombros, pero tenía una expresión seria y fría.

—¿Has contratado a una ayudante? ¿Cuándo ha sido eso?

—Ayer. Es mi madre. Contrariamente a lo que algunos piensan, no insisto en hacerlo todo yo sola, al menos cuando me ofrecen ayuda.

—Sigues molesta por lo que te dije, ¿no?

—Eso parece.

—Bueno, pues tendrás que regañarme después. Ahora mismo estoy ocupado. ¡Jim, sujétalo con fuerza ahora! —gritó Brian cuando Tempest intentó empujar levemente la puerta—. Así, bien —murmuró cuando todos los caballos estuvieron colocados, y cerrada la puerta trasera. En el instante en que se abrieron las puertas delanteras, puso en marcha el cronómetro.

Los caballos partieron al galope, como una exhalación. Brian se preguntó si habría algo más emocionante que aquel momento, aquel primer estallido velocidad, aquella borrosa masa de cuerpos poderosos barriendo la pista.

—Desde el principio Betty quiere imponerse —murmuró—. Quiere que los demás muerdan el polvo.

Completamente cautivada, Keeley se apoyó sobre la cerca mientras los caballos completaban la primera vuelta. El tronar de sus cascos resonaba en sus venas.

—Betty corre de maravilla. Tenías razón. Tempest está un poquito nervioso.

—Pero cuanto más dure la carrera, disfrutará. Ahí está Betty. No se despega de la valla —sin pensarlo, apoyó mano sobre la de Keeley, en la cerca.

—Mírala, mírala. Es una campeona. No necesita a nadie. Sabe hacerlo ella sola.

Sintiendo su mano firme y cálida sobre la suya, Keeley vio cómo Betty se adelantaba claramente a los demás, y se sintió invadida por una mezcla de orgullo y placer. Finalmente, Brian soltó un grito y detuvo su cronómetro.

—Ha hecho un tiempo excelente, realmente bueno. Y todavía lo hará mejor. Encontraré la carrera adecuada para ella, le haré saborear la victoria.

Después de darle a Keeley una palmadita en el hombro con gesto ausente, saltó la cerca y se acercó a los caballos. Acarició a Tempest mientras intercambiaba unas

palabras con su jinete y por último fue a ver a Betty. La yegua se pavoneaba, orgullosa, hasta que bajó la cabeza para lamerle la mano.

«Eres fuerte», pensó Keeley, contemplando la escena. «Ella te necesita. Y yo también, maldita sea, yo también». Una vez que los mozos se llevaron a los caballos, Brian saltó de nuevo la cerca para recoger su bloc de notas.

—Creía que tu padre bajaría a ver la primera carrera de Betty en pista.

—Le habría encantado, pero debe de estar ocupado con algo.

—Bueno —Brian continuó tomando notas—, esta mañana voy a seguir probando potros, así que podrá ver todos los quiera. ¿Qué tal va el de Tarmack?

—Está mejor. La hinchazón de la rodilla está cediendo. Quiero esperar a que termine mi clase de hoy para lavarlo.

—Tal vez tengas que esperar un poco más. Tienes que dejar pasar veinticuatro horas entre su última comida y el lavado. Yo puedo hacerlo, si vas a estar ocupada...

Keeley estuvo a punto de negarse de manera automática, pero se contuvo a tiempo.

—De hecho, tenía la esperanza de que encontrases un momento libre para echar un vistazo después.

—Podré hacerlo —solo cuando levantó la mirada de su bloc descubrió lo muy seria que estaba—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás preocupada por algo? ¿Algo anda mal?

—No —suspiró profundamente, y curó relajarse—. No, todo está bien se prometió a sí misma que se aseguraría de ello; de una u otra manera—.

Me siento mejor cuando las cosas están bajo control, eso es todo.

Era verdad. Keeley se sentía mejor cuando lograba definir una situación y trazarse un objetivo. Y aquel no era tan complicado, después de todo. Quería a Brian. Estaba casi convencida de que se había enamorado de él. Pero estar absolutamente segura le llevaría algo más de tiempo, quizá una reflexión más profunda.

Al fin y al cabo, aquel terreno era nuevo para ella y necesitaba llevar mucho cuidado. Pero sus sentimientos por Brian eran profundos, y no tan sencillos como una simple atracción. Si era amor, entonces necesitaba hacer que él se enamorara de ella. Estaba deseosa de trabajar para el objetivo adecuado, siempre y cuando resultara finalmente accesible.

Cansada después de un largo día de trabajo, dio a sus caballos la última comida de la tarde. Afortunadamente el hecho de haber contratado a su madre había aligerado una enorme carga de sus hombros. Se preguntó si sería simple testarudez motivo por el cual solía rechazar la ayuda que le ofrecían. No creía que fuera eso. Pero

sí era algo parecido a la terquedad. Quería que la gente a la que amaba y que la amaba se sintiera orgullosa de ella. Y eso se parecía peligrosamente a la necesidad que sentía de ser perfecta en todo.

No obstante, prefería calificar aquello sentido de la responsabilidad. Tal y como estaba haciendo en aquel momento reflexionó. Si estaba enamorada de él, era responsable de sus propios sentimientos. Y tendría que lograr que él sintiera lo mismo que ella. Y si fracasaba... No pensaría en esa posibilidad. Pensar en el fracaso significaría alejarse un poco más del éxito.

En las cuadras, colgó el saco de heno potro que había pertenecido a Tarmack.

—Estás mucho mejor, ¿eh? —examinó cuidadosamente la hinchazón de su rodilla. Cuando oyó el sonido de unos pasos acercándose hacia allí, se sonrió.

—¿Le estás dando de comer? —Brian entró en el cubículo—. No he podido venir antes.

—No importa. He podido lavarlo sin problemas. Y parece que ha funcionado

—se incorporó, sonriendo—. Por la manera en que está comiendo, ahora se encuentra mucho mejor.

—Desde luego —confirmó después de revisarle la rodilla.

— Son criaturas muy delicadas, ¿verdad? —comentó Keeley mientras acariciaba al potro—. Y eso a pesar de las apariencias: de su tamaño, de su fuerza, de su velocidad. Bajo todo ese poder, se oculta la delicadeza. Puedes dejarte engañar por el aspecto de un caballo, y juzgarlo sin llegar a descubrir lo que lleva dentro.

—Es cierto.

—Pero yo no soy una criatura delicada, Brian. Soy fuerte.

— Ya sé que lo eres, Keeley. Y al mismo tiempo tu piel es tan suave como los pétalos de una rosa —le acarició delicadamente una mejilla con el dedo pulgar—. Mis manos son grandes y ásperas, así que necesito tener cuidado. Lo que no quiere decir que piense que eres débil.

—Bien.

Brian se volvió entonces hacia el caballo.

—¿Ya lo has bautizado?

—En cierta forma, sí. Cuando era niña teníamos un perro. Estaba abandonado y mi madre lo encontró. Le dimos de comer, nos ganamos su confianza... Se llamaba Finnegan.

—A la vez que fuerte, eres muy sentimental, Keeley.

—Sí, y lo soy. Y también tengo mi lado romántico.

—¿Ah, sí? —murmuró, un tanto sorprendido cuando ella se volvió hacia él y apoyó las manos sobre su pecho.

— Creo que todavía no te he dado las gracias por haber acudido en mi rescate anoche.

—No recuerdo haber rescatado a nadie.

— Es una manera de hablar. Saliste en mi defensa frente a Tarmack. Yo estaba muy preocupada por el potro, así que no pensé en ello en aquel momento. Pero lo hice

después, y quería darte las gracias.

—De nada.

—Aún no he terminado de agradecértelo —le mordisqueó ligeramente el labio inferior, y pudo oír cómo contenía el aliento.

—Si es eso lo que tienes en mente, podrías terminar de agradecérmelo en mi dormitorio.

— ¿Y por qué no hacerlo ahora, aquí mismo?

Keeley ya le había desabrochado la camisa antes de que Brian se diera cuenta de que se encontraban en un pesebre vacío, lleno de heno fresco y nuevo.

—¿Aquí? —se echó a reír, sujetándole ambas manos—. No creo que...

—Sí, aquí —lo acorraló contra la pared—. Yo sí que lo creo.

—No seas ridícula. Cualquiera podría venir y..

— Vive peligrosamente — replicó Keeley, cerrando la puerta del pesebre a su espalda.

—No he hecho otra cosa desde que te conocí.

—¿Por qué detenerse ahora? —inquirió con voz ronca—. Sedúceme, Brian. Te desafío a que lo hagas.

—Siempre me ha costado mucho no aceptar un desafío — se inclinó hacia ella para soltarle la melena—. Me nublas los sentidos, Keeley. Te metes en mí como si fueras un perfume... —la tomó de la nuca y la atrajo hacia sí, besándola en los labios.

—Te deseo, Brian. Me despierto por las noches deseándote. Bésame otra vez.

—No quiero ser cuidadoso esta vez — cambió de posición acorralándola contra la pared, quemándola con la mirada.

—Pues no lo seas. No soy tan frágil como tus caballos, Brian. No te engañes.

Le desgarró violentamente la camisa, haciendo saltar los botones. Vio cómo abría los ojos con expresión asombrada antes de apoderarse de sus labios. Luego empezó a deslizar sus callosas manos por su fina piel, arrancándole gemidos de placer. Cuando las rodillas de Keeley cedieron como si fueran de mantequilla, la tumbó sobre el montón de heno.

Para acariciarla se sirvió de las manos, la boca, la lengua, los dientes, presa de una salvaje furia, ansiando poseerla por entero. Los ahogados gritos de Keeley no tardaron en inquietar a los caballos. Brian le había hecho descubrir su propia ternura, le había mostrado la hermosura del acto amoroso realizado con paciencia y delicadeza. Ahora le enseñaría la sombría gloria de aquel mismo acto, entre implacables demandas y violentas caricias.

Pero aun así, Keeley le dio. A pesar del tumultuoso remolino que bullía en su interior, la sintió dar, aceptar, ofrecer. Como si el sonido de su nombre pronunciado



por sus labios cantara en sus venas.

Keeley gritó, arqueándose contra él mientras su mundo se quebraba en mil pedazos. No había nada a lo que aferrarse, ningún lazo que la atara a la cordura mientras Brian seguía arrebatándole el aliento, robándole el aire de los pulmones entre salvajes jadeos.

—Soy yo quien te tiene —la agarró de las caderas, levantándoselas—. Soy yo quien está en ti.

Keeley oyó un grito, alto, agudo, indefenso. Pero no era indefensión lo que sentía. Sentía poder, un orgulloso poder que se filtraba en su sangre como una droga. Embriagada del mismo, se incorporó con la mirada clavada en sus ojos mientras enterraba los dedos en su pelo vez más.

Se apoderó de sus labios, devorándoselos mientras Brian se movía dentro de ella, cada vez más rápido mientras se aferraba a él, siguiendo su ritmo hasta que creyó que el cuerpo iba a explotarle por dentro, lo sintió caer.

—Soy yo —pronunció en un sollozo— quien te tiene a ti.

## 10

Keeley no podía sentirse más satisfecha: se había enamorado del hombre adecuado. Tenían intereses comunes, disfrutaban de su mutua compañía y cada uno respetaba la opinión del otro. Evidentemente no se trataba de que Brian no tuviera defectos. Tenía tendencia a mostrarse gruñón y su autoconfianza se convertía a menudo en arrogancia; pero eran aquellas cualidades las que lo hacían ser quien era.

El problema, tal como lo veía ella, era otro. Keeley había sido educada para creer en la permanencia, en la familia, en la promesa que se hacía una pareja de amarse para toda la vida. No tenía más remedio que casarse con Brian y compartir su vida con él. E iba a procurar que él tampoco tuviera otra opción. En cierta forma, era como entrenar a un caballo. Se requerían repeticiones continuas, recompensas y refuerzos, paciencia y afecto. Y, sobre todo, una mano firme.

Pensó que lo más razonable sería que se comprometieran para Navidad, y se casaran para el verano del año siguiente. De seguro que sería más sensato que se establecieran juntos cerca de Royal Meadows, el lugar donde ambos trabajaban. Nada podría ser más sencillo.

Lo único que tenía que hacer era conseguir que Brian llegara a las mismas conclusiones que ella. Siendo el tipo de hombre que era, Keeley imaginaba que desearía llevar la iniciativa. Aquello era un tanto irritante, pero lo amaba lo suficiente como para esperar a que él se le declarara. No sería una declaración al estilo romántico, reflexionó mientras llevaba a Finnegan de la brida, hacia el prado. Pero conociendo a Brian sabía que habría pasión, desafío y, desde luego, carácter. Lo estaba deseando.

Se detuvo para examinar la rodilla del potro. Le flexionó con cuidado la pata y, cuando Finnegan no mostró signo alguno de molestia o dolor, le acarició cariñosamente el cuello.

— Ajá — dijo cuando el animal la empujó suavemente con la cabeza—, ya te sientes fenomenal, ¿eh? Creo que ya estás listo para hacer algo de ejercicio.

Lo que necesitaba era tiempo, cuidado y atenciones. Quizá no fuera una belleza de caballo, y desde luego no era un campeón, pero tenía un carácter muy tierno y un espíritu luchador. Eso era más que suficiente.

Cuando Keeley lo montó, Finnegan sacudió la cabeza, y luego a su señal empezó a avanzar por el prado con majestuoso paso. Al principio lo guió con cautela, pendiente de cualquier gesto que indicara que se resentía de la lesión en la rodilla, pero al cabo de unos momentos se relajó lo suficiente como para disfrutar del paisaje. El otoño había teñido los árboles de múltiples tonos dorados, rojizos y anaranjados, que contrastaban con el cielo intensamente azul. Los potrillos corrían por los verdes prados, jugando a adelantar a su propia sombra, mientras las yeguas preñadas descansaban plácidamente.

Aquel paisaje, pensó Keeley, le había pertenecido durante toda su vida. Las mismas imágenes volvían año tras año, de estación en estación. Y era eso lo que llegaría a sus hijos cuando llegara el momento. Más que un lugar como cualquier otro, aquello era un don, un regalo divino que había sido atesorado y transmitido por sus padres.

Cuando vio a Brian apoyado en la cerca, con la mirada fija en los caballos que galopaban a lo lejos, se le hizo un nudo en la garganta. Sintió un cosquilleo en la piel. Mientras se esforzaba por recuperar el aliento, el corazón empezó a latirle acelerado. Y el potro que estaba montando dio un respingo, percibiendo su inquietud.

No, aquello era un error. No era en absoluto aceptable. ¿De dónde procedía

aquel nudo de terror que se le había formado en el estómago? Ya había aceptado que lo amaba, ¿no? Y le había resultado fácil: un simple proceso de observación y estudio de los síntomas. Ya había tomado una decisión y definido los objetivos. ¿Entonces cómo era posible que la hubiera asaltado aquella dolorosa sensación, aquella punzada de pánico que la instaba a salir huyendo de allí cuanto antes?

Mientras se llevaba una mano temblorosa al corazón, descubrió que había estado equivocada. Solo en aquel instante se había dado cuenta de lo que significaba haberse enamorado de Brian. Qué estúpida había sido al dejarse engañar por su aspecto más amable. Aquel era el momento. El momento de la realidad. Se sentía como si hubiera sido lanzada al espacio para estrellarse finalmente contra el suelo..., y

romperse los huesos, el corazón y la cabeza. El amor era un golpe terrible para la integridad de una persona. Era sorprendente que hubiera sobrevivido a su impacto.

Pero ella era una Grant, se recordó mientras se erguía sobre la silla. No solamente sobreviviría a aquello, sino que además le sacaría partido. Cuando acabara con Brian Donnelly, tendría la impresión de que le había pasado una apisonadora por encima.

Brian se volvió en el momento en que la oyó acercarse. La vaga irritación que había sentido ante su interrupción se evaporó al ver a Finnegan.

—Vaya, parece que estás perfectamente, ¿eh, amigo? —se agachó en seguida para examinarle la rodilla lesionada— Bien. ¿Cuánto tiempo hace que lo has sacado?

—Unos quince minutos, y al paso —respondió Keeley.

— Probablemente pueda trotar un poco. Tiene la rodilla como nueva, sin rastro de hinchazón — se incorporó, levantando la mirada hacia ella—. Y tú? ¿Te encuentras bien? Estás un poquito pálida.

—¿Ah, sí? —sonrió mientras disfrutaba de la sensación de albergar un misterioso secreto en lo más profundo de su pecho—. Estoy bien. Pero tú... tú estás maravilloso. Sin afeitar, y por ello increíblemente sexy.

Brian retrocedió un paso, algo incómodo cuando ella extendió una mano para acariciarle la mejilla. En seguida pensó que debía de haber por lo menos una docena de hombres cerca de allí. Y todos con ojos en la cara.

—Me llamaron a los establos muy temprano esta mañana, y por eso no tuve tiempo de afeitarme.

Keeley decidió tomarse aquella evasiva respuesta como un desafío:

—Me gusta. Te da un aspecto ligeramente malvado. Si tienes tiempo más tarde, me gustaría que me ayudases.

—¿A qué?

—A montar conmigo.

—Creo que podría hacerlo.

—Bien. ¿Qué te parece a eso de las cinco? — se inclinó nuevamente hacia él, en esa ocasión le agarró de la camisa para acercarlo hacia sí—. Ah, y no te afeites.

Aquella mujer desconcertaba a Brian, y lo peor de todo era que le encantaba. Lanzarle aquellas ardientes miradas y hacerle aquellas caricias tan íntimas delante de todo el mundo, para hacerle pasar el resto del día en un estado de continua excitación...

¿Cómo podía haber previsto desde el primer día que acabaría relacionándose con Keeley de una manera tan intensa y profunda? Enamorarse significaba sufrir un duro golpe, pero ya había encajado ese tipo de golpes antes: uno resultaba herido pero seguía adelante. Un poco de atracción estaba bien, y algo de flirteo no hacía daño a nadie. Y lo cierto era que había disfrutado con el riesgo. Pero también lo era que se había pasado de rosca.

En aquel momento se sentía atrapado por ella, a la vez que se había encariñado con su familia. Travis no solo era un jefe justo y honesto, sino que se estaba convirtiendo en un verdadero amigo.

Y allí estaba él, buscando maneras de hacer el amor con la hija de su amigo y con la mayor frecuencia posible. Y todavía peor que eso, admitió mientras se dirigía a los establos, era el hecho de que se sorprendiera a sí mismo, de cuando en cuando, soñando despierto con Keeley. Aquellas pequeñas fantasías se deslizaban en su cerebro siempre que estaba ocupado haciendo cualquier cosa. Se sorprendía imaginándose cómo sería su relación con Keeley si las cosas hubieran sido distintas., si hubieran pertenecido al mismo nivel social, para hablar claro.

Por primera vez se sentía tentado de establecerse en un lugar fijo con una persona. Algo que, por supuesto, no había figurado en ninguno de sus planes. Y aunque así hubiera sido, estaba convencido de que jamás funcionaría. Ella era una aristócrata y él era un pobre plebeyo. Punto final.

Keeley había llevado siempre una vida protegida, mientras que él se había rebelado contra su ambiente escapándose de la escuela para trabajar en las cuadras desde que era niño. Nada lo había detenido. Ni los argumentos, ni las amenazas ni los castigos.

Tan pronto como fue capaz de hacerlo, abandonó su casa para viajar de cuadra en cuadra, de finca en finca, de hipódromo en hipódromo. Y nunca había mirado hacia atrás. Sus hermanos y hermanas se casaron, tuvieron hijos, disfrutaron de trabajos estables. Ellos poseían cosas, pensaba Brian en aquel momento, mientras que él no poseía nada que no pudiera guardar en su mochila.

Contempló el hermoso edificio en el que se alojaba, y admiró el contraste de la piedra amarilla contra el cielo azul de la tarde. Flores de variados colores crecían al pie de sus muros. Delante estaba aparcado el camión que le había comprado a Paddy. Brian se detuvo ante la casa y, tal y como Keeley había hecho cada mañana, se volvió para contemplar el paisaje. Aquel era un lugar que podría retener muy fácilmente a un hombre, si no llevaba cuidado. Su gran extensión podría llevarlo a pensar que no tenía confines, y tentarlo a quedarse por siempre en él.

Lo más prudente era recordarse que aquella no era su tierra, al igual que aquellos caballos no eran suyos. Ni Keeley su mujer.

Pero cuando se dirigía hacia el prado, la fantasía volvió a asaltarle. A la luz del crepúsculo distinguió a Keeley ensillando el gran potro de color beige que ella solía llamar Honey. Se había recogido descuidadamente la melena en lo alto de la cabeza, en un moño terriblemente sexy. Llevaba vaqueros y un suéter verde.

Brian se dio cuenta de que parecía... accesible. Como el tipo de mujer que un hombre desearía a su lado después de un largo día de trabajo. Había muchas cosas que hablar o bromas que compartir con aquella mujer, durante la cena, en la intimidad de la cama... Un hombre podía despertarse por la mañana con una mujer como Keeley y no

sentirse atrapado. Recuperándose, sacudió la cabeza. Estaba pensando tonterías.

—Vaya —Brian se acercó a la cerca y se apoyó en ella—. Ya veo que me has ensillado el caballo.

— Hoy me ha cundido mucho el tiempo —Keeley ajustó la cincha y retrocedió un paso. Ya conocía la medida exacta del estribo de Brian, así como su cabezal y su brida favoritos—. No me había dado cuenta de todo el tiempo libre que tengo ahora gracias a la ayuda de mi madre.

—¿Y qué pretendes hacer con él?

—Disfrutarlo —abrió la puerta de la cerca para sacar los dos caballos, Honey y el que pensaba ejercitar ella—. He estado tan obsesionada con mi trabajo durante los dos últimos años, que ni siquiera me he detenido a apreciar bien los resultados — le tendió las riendas de Honey —. Y me gustan.

— Entonces quizá puedas utilizar parte de ese tiempo libre para pasarte por el hipódromo — le sugirió mientras montaba a la vez que ella—. Yo también estoy ansioso de saborear los resultados. Betty se estrena mañana.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—En Charles Town, a las dos en punto.

—Le pediré a mi madre que me sustituya en la clase de la tarde. No faltaré.

Cabalaron al paso, rodeando el prado y dirigiéndose hacia una de las laderas arboladas. Mientras ascendían, una bandada de gansos del Canadá atravesó el cielo de la tarde, emitiendo su característico grito.

—Dos veces al día —comentó Brian, contemplando su vuelo— parten de viaje, graznando sin cesar. Al amanecer y a la caída de la tarde.

— Siempre me ha gustado oírlos — Keeley mantuvo fija la vista en el cielo hasta que desaparecieron—. Mi tío Paddy ha llamado hoy.

—¿Y qué tal le va?

—Más que bien. Se ha comprado un par de yeguas jóvenes. Ha decidido probar a cruzarlas.

— Ya sabía yo que terminaría dedicándose a eso.

—¿Has pensado alguna vez en montar tu propia finca, tus propias cuadras? —le preguntó ella.

—No, eso no es para mí. Soy feliz criando y preparando los caballos de los demás. Una vez que te estableces por tu cuenta ya se trata de un negocio, ¿no? Y yo no tengo deseos de convertirme en un hombre de negocios.

—Hay gente que funda una empresa propia por puro placer — señaló Keeley —. Y ni siquiera el sentido del negocio enturbia ese sentimiento.

—Son casos muy raros —Brian miró a su alrededor, contemplando la finca y pensando que aquel sí que era un lugar fundado sobre un sentimiento—. Tu padre es uno de ellos, y conocí otro caso en Cork. Pero se puede perder el contacto con ese sentimiento. Antes de que te des cuenta de ello, todo se convierte en datos y números, y en sed de beneficios. Y eso me recuerda a los barrotes de una prisión.

«Interesante», pensó Keeley.

—¿Sentar la cabeza y establecerte de manera permanente es una prisión para ti?

—Sí: la necesidad de hacerlo lo es. Es una trampa. Y mi padre se dejó atrapar en ella.

—¿De verdad? —inquirió ella. Rara vez Brian solía hablar de su familia— - ¿A qué se dedica?

—Es cajero de banco. Día tras día sentado en un espacio minúsculo, contando el dinero de los demás. ¡Menuda vida!

—Y esa no es vida para ti.

—Afortunadamente. Oye, estos dos quieren correr un poco — anunció, y puso a Honey al galope.

Keeley siseó de frustración, pero lo siguió. Se prometió que en algún momento retomarían aquella conversación. Todavía no sabía lo suficiente del hombre con quien pretendía casarse.

Cablgaron durante una hora antes de volver a las cuadras. Brian medio esperaba que ella le propusiera cenar nuevamente en su casa, pero mientras dejaban los establos, Keeley le sugirió algo diferente:

—¿Por qué no me invitas a una copa en tu casa?

—¿Una copa? No tengo mucha variedad, pero adelante.

Antes de que Brian pudiera esconderse la mano en un bolsillo, ella se la tomó, entrelazando los dedos.

— De vez en cuando dispones de tiempo libre Me pregunto si conoces el verbo «salir juntos». Ya sabes, ir a ver películas, salir a pasear en coche, cenar...

—Tengo alguna experiencia al respecto —cuando se acercaban a su vivienda, miró la camioneta que le había comprado a Paddy —. Puedo darte una vuelta en el camión, si quieres, pero antes tendría que descargarlo.

—Donnelly, esa no es precisamente una invitación muy romántica...

— Las camionetas de segunda mano no suelen ser particularmente románticas, y me he olvidado de dónde he dejado aparcado mi carroza de cristal...

— Si eso es una indirecta para llamarme otra vez «princesa»... —se interrumpió, apretando los dientes. «Paciencia», añadió en silencio. No iba a estropear las cosas con una discusión —. No importa — abrió la puerta de la vivienda de Brian—. Cenaremos juntos, ¿vale?

Brian aspiró el aroma tan pronto entró en la casa: era picante, y le despertó inmediatamente el apetito.

—¿Qué es eso?

—Qué es qué? Ah, ¿eso? —sonrió Keeley—. Es chili, una de mis especialidades. Lo puse a fuego lento antes de mi última clase.

—¿Has preparado ya la cena?

—Mmm —divertida, y muy satisfecha de su sorpresa, entró directamente en la cocina—. Pensé que no te importaría, y supuse que para esta hora los dos estaríamos muy hambrientos —levantó la tapa

de la olla que estaba calentando—. Oh, y he traído una botella de Merlot, aunque la cerveza no va mal con el chili, si la prefieres.

— Estoy intentando acordarme de la última vez que alguien cocinó para mí... aparte de tu madre y algún que otro pariente mío.

Keeley se volvió para deslizar los brazos en tomo a su cintura.

—¿Ninguna de tus mujeres cocinó para ti?

—En contadas ocasiones y hace mucho tiempo quizá, pero no en el pasado reciente —como estaban solos, la acercó hacia sí—. Y desde luego no recuerdo nada que olera tan bien como esto.

—¿Te refieres a las mujeres o a la comida?

—Ambas cosas —la besó en los labios—. Lo cual me recuerda que estoy a punto de morirme de hambre.

—¿Qué quieres primero? —le preguntó Keeley, mordisqueándole el labio infeflor—. ¿A mí o a la comida?

—A ti primero. Y después también.

—Qué bien, porque yo también te quiero a ti primero. ¿Por qué no nos adecentamos un poco? Podríamos ducharnos —riendo, lo arrastró fuera de la cocina.

Keeley había llevado consigo una muda de ropa, con lo que dio a Brian la oportunidad de contemplarla mientras se ponía unos vaqueros limpios. Tenía aún la melena húmeda de la ducha que habían compartido, y la piel sonrosada. Algo raspada también en algunos lugares, debido a que él no se había afeitado.

Pero el salvaje acto amoroso que habían hecho bajo el chorro de agua caliente, en el cuarto de baño lleno de vapor, no había sido en absoluto tan íntimo, ni tan personal, como la visión de su suéter limpio cuidadosamente doblado al pie de su cama. Keeley se lo puso y sorprendió a Brian observándola.

—¿Qué pasa?

Brian sacudió la cabeza. No tenía forma alguna de explicarle aquella mezclada sensación de pánico y gozo que le había asaltado mientras la miraba vestirse.

— Te he raspado la piel — extendió una mano para acariciarle el cuello con las yemas de los dedos—. Debí haberme afeitado. Eres tan suave... —murmuró—. No sé cómo he podido olvidarme...

Cuando la sintió temblar, la miró a los ojos, y por un instante volvió a ver en ellos un crudo y renovado deseo.

—Te vas a resfriar. Ponte el suéter. Tengo una pomada.

Aquel brillo de deseo se esfumó con la misma rapidez con que había aparecido. Era frustrante, pensó Keeley mientras él rebuscaba en un cajón, que Brian solo perdiera el control en el momento de hacer el amor.

Brian sacó un tubo de pomada y, dado que todavía no se había puesto el suéter,

empezó a aplicársela en la piel. Keeley reconoció el aroma.

—Esto es para caballos.

—¿Y?

Keeley se echó a reír.

—¿No me convierte esto en tu yegua?

—No, eres demasiado joven y delicada. En todo caso, no pasas de potrilla.

—¿Vas a entrenarme, Donnelly?

—Oh, es usted demasiado complicada

para mí, señorita Grant —al ver que estaba sonriendo, le preguntó—: ¿Qué es lo que te divierte tanto?

—Podrías intentarlo, ¿no?

—Ya te he dejado mis marcas —musitó mientras extendía la pomada sobre su piel magullada—. Por eso me estoy ocupando de curártelas.

—Me gusta que se ocupe de mí un hombre de corazón tierno como tú.

—No me importa nada deslizar mis manos por una piel como la tuya — con la mirada clavada en sus ojos, le untó un poco de pomada en un seno, con el pulgar—. Sobre todo teniendo en cuenta que no pareces tener ningún escrúpulo en permanecer medio desnuda ante mí, dejándote tocar.

—¿Debería ruborizarme y ponerme nerviosa?

—No eres de ese tipo de mujeres, y por eso me gustas —satisfecho, tapó el tubo y empezó a ponerle el suéter—. Pero no puedo consentir que una maravilla como tú agarre un resfriado. Ya está — añadió mientras le sacaba la melena fuera del cuello.

— Venga — rió Keeley —, vamos a probar ese vino mientras termino de preparar la cena.

Brian no sabía gran cosa sobre vinos, pero el primer sorbo le confirmó que era un caldo excepcional, poco adecuado para acompañar una comida tan sencilla como el chili. Keeley parecía sentirse tan a gusto en la cocina de Brian como en la de su casa, encontrando cosas en cajones que él ni siquiera había llegado a abrir. Cuando ella estaba aliñando la ensalada, Brian hizo a un lado su copa.

— Vuelvo en un minuto.

—Un minuto es lo más que te concedo —le gritó cuando ya se alejaba—. Voy a poner el pan a calentar.

Dado que su respuesta fue el ruido de la puerta al cerrarse, Keeley se encogió de hombros y encendió las velas que había colocado en la pequeña mesa de la cocina. Decidió que había creado un ambiente muy acogedor, con un toque de romanticismo. Era el tipo de cena sencilla que dos personas podían compartir juntas al término de un día de trabajo. Y tenía intención de que se repitiera más veces, hasta que Brian se familiarizara con lo que iba a constituir su futuro.

Satisfecha, levantó su copa a modo de brindis.



— Por los buenos e intensos comienzos —murmuró antes de tomar un sorbo.

Al oír que la puerta se abría de nuevo, sacó el pan del horno.

—Vamos, que me estoy muriendo de hambre...

Cuando se volvió para colocar la cesta de pan sobre la mesa, vio a Brian con un ramillete de crisantemos y margaritas.

—Lo exigía la ocasión —explicó.

Keeley se quedó mirando fijamente los capullos en flor antes de levantar la vista, asombrada.

—Me has traído flores.

—Bueno, tú me has preparado la cena, con vino y velas y todo eso. Además, yo solo he cortado las flores. Son tuyas.

—No —negó emocionada—. No eran hasta que tú me las has dado.

—Nunca entenderé por qué las mujeres os ponéis tan sentimentales con estas cosas —se las entregó.

—Gracias —Keeley cerró los ojos y enterró la cara en las flores. Quería recordar su exacta fragancia, su exacta textura. Luego, levantando la cabeza, apretó la mejilla contra la suya, pero Brian la abrazó tan tensa y repentinamente que ella se inquietó—. ¿Brian? ¿Qué te sucede?

Aquel gesto, el simple gesto de apretar su mejilla contra la suya, estuvo a punto de destruirlo.

—Nada. Solo que me gusta sentir tu cuerpo contra el mío cuando te abrazo.

—Pues me vas a romper si me abrazas más fuerte.

—Perdona —la besó en la frente, ganando un tiempo precioso para recuperarse—. Me olvidé de mi propia fuerza cuando me estoy muriendo de hambre.

—Entonces siéntate y empecemos.

—Yo... —tenía que decirle algo, y buscó desesperadamente un tópico para no ponerse a balbucear o soltarle algo que los avergonzara a los dos.

—Quería decírtelo antes: he encontrado el historial de Finnegan.

«Ya está: terreno inofensivo», se dijo mientras se sentaba a la mesa y empezaba a repartir la ensalada.

—Estaba registrado con el nombre de Flight of Fancy.

—Ya lo sabía —Keeley dejó las flores en un florero y las colocó sobre la mesa antes de reunirse con Brian—. Pero creo que Finnegan le sienta mejor.

—Es tuyo, así que ahora puedes llamarlo como quieras. Sus marcas en su primer año de carrera fueron variables, desiguales. Tiene un buen pedigrí, pero no llegó a alcanzar todo su potencial, y sus propietarios lo vendieron a la edad de tres años.

—Iba a comprobarlo yo misma, y tú me has ahorrado ese trabajo —partió el pan en dos y le ofreció un pedazo—. Tiene una buena estampa, y responde bien a pesar del maltrato que ha sufrido.

—El caso es que mejoró considerablemente sus marcas durante el tercer año. Y

me atrevo a decir que lo habría hecho todavía mejor si yo lo hubiera preparado. Creo que utilizarlo en la escuela sería desaprovecharlo. Ese caballo nació para el hipódromo, y es allí donde pertenece.

— ¿Crees que debería correr? — inquirió, sorprendida.

— Creo que deberías considerar la posibilidad. Es un purasangre, Keeley, nacido para correr. Lo necesita. Lo que pasa es que ha sido infrautilizado y maltratado.

Keeley reflexionó por un momento, tomando un sorbo de vino.

—No dudo de tu juicio, Brian; no es eso. Pero tú yo sabemos que un caballo puede perder el ánimo de resultas de un grave maltrato. Puede perder su corazón y su espíritu. Y yo no querría presionarlo.

—Desde luego. Tú decides.

—¿Trabajarías con él?

— Podría — sirvió el chili en los platos—. Y tú también. Tú también sabes preparar caballos.

—Sé algunas cosas, pero no es mi especialidad. Si me planteo que Finnegan vuelva a correr, quiero que cuente con el mejor entrenador.

—O sea yo

— ¿Eso significa que aceptas? — sonrió Keeley.

— Si tu padre consiente que entrene a ese caballo de tu parte, estaría encantado de hacerlo. Empezaremos con cosas sencillas, a ver qué tal responde. Lo vi en sus ojos esta mañana, cuando te acercaste a la pista montada en él. Estaba allí. El anhelo.

— Yo no lo vi — le tocó una mano—. Pero me alegro de que lo vieras tú.

—Verlo forma parte de mi trabajo.

—Es un don que tienes —lo corrigió—. Tu familia debe de sentirse orgullosa de ti

—comentó con naturalidad, sin pensarlo, y empezó a comer. Pero cuando él se echó a refr, se lo quedó mirando fijamente, desconcertada—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Dudo mucho que eso fuera posible.

—¿Por qué?

—La gente no puede encontrar motivo de orgullo en lo que no comprende. No todas las familias, Keeley, son tan cariñosas y comprensivas como la tuya.

—Lo siento —pronunció, sincera. Quería dejar el tema, pero no pudo evitarlo—: Si no se sienten orgullosos de ti, entonces es que son estúpidos —cuando Brian la miró con fijeza, a punto de llevarse el tenedor a la boca, se encogió de hombros—. Lo siento, pero lo son.

Observándola, Brian siguió comiendo. Keeley apretaba la mandíbula, ruborizada: resultaba evidente que estaba hirviendo de furia.

—Cariño, eres muy amable al decir eso, pero...

—No, ha sido una grosería, pero lo he dicho completamente en serio —tomó la botella de vino para rellenar las dos copas—. Tienes un gran talento, y te has ganado una gran reputación, porque si no, no estarías aquí, en Royal Meadows. ¿Y eso no es

para sentirse orgulloso? —exclamó, acalorada—. Tu padre, principalmente, debería comprenderlo así.

—¿Por qué?

Keeley se lo quedó mirando con la boca abierta.

—Fue él quien te introdujo en el mundo de los caballos, ¿no?

—En el hipódromo, sí. No eran los caballos lo que le gustaba a mi padre — Brian estaba tan fascinado por su reacción que se había puesto a hablar de su familia sin darse cuenta de ello: algo que nunca hacía—. Los admiraba, desde luego. Pero era la pasión del juego lo que lo atraía como un imán, y lo que lo sigue atrayendo. Eso y la oportunidad de jugarse dinero a escondidas de mi madre. Ya te lo dije, Keeley, es un cajero de banco.

—¿Y qué tiene eso que ver? «Todo», pensó Brian, pero procuró explicárselo con la mayor claridad:

—Mi madre y él se casaron jóvenes, ya con mi hermana mayor en camino.

—Eso pudo haber sido difícil, pero aun así...

—No, ellos estaban contentos. Se querían, a su manera. Fundaron un hogar, criaron a sus hijos... Mi padre aportaba su salario como cajero. Aunque jugaba, nunca pasamos hambre y más tarde o más temprano se pagaban las facturas. Vivíamos dignamente. Pero siempre me pareció que los dos acababan agotados y amargados cada día, del esfuerzo de intentar llegar a final de mes.

Keeley recordó entonces una frase de su madre: «un niño puede morir de hambre ante un plato lleno». Comprendía que sin amor, sin afecto, sin risas, el alma de una persona podía secarse.

—Mi hermano y mis hermanas también se hicieron funcionarios — añadió Brian—, y tuvieron hijos, vidas estables. Yo era un enigma para ellos, y un enigma, cuando no puedes resolverlo, se vuelve molesto.

—Y huiste —murmuró ella.

Brian no estaba muy seguro de que le gustara la palabra, pero asintió.

—En cierto sentido sí, y lo más rápidamente posible. ¿Pero qué sentido tiene mirar hacia el pasado?

Pero estaba mirando hacia el pasado, se dijo Keeley. Brian estaba mirando hacia atrás, porque aún seguía huyendo.

Keeley concluyó que sencillamente algunos hombres tardaban más que otros en darse cuenta de que eran ellos mismos los que querían ir hacia donde los estaban llevando. Y no podía quejarse de nada cuando estaba siendo tan feliz. Había adquirido la costumbre de ir al hipódromo una vez a la semana, un placer del que se había privado

durante los años que dedicó a asegurar el futuro de su academia.

Todavía había docenas de detalles que debía fiscalizar personalmente, pero la academia de hípica marchaba ya viento en popa, impartiendo siete clases a la semana. Seguía asombrándose de los progresos de Betty, que se revelaba como una futura campeona, pero todavía la fascinaba más ver cómo Finnegan revivía bajo la paciente y firme mano de Brian.

Aquella mañana, bien abrigada, Keeley observaba desde la valla cómo Brian impartía instrucciones a Larry para la carrera de aquel día, montando a Finnegan.

—Se pone nervioso en la puerta, pero sale limpiamente. Tendrás que acelerarlo o perderá aliento. A la segunda vuelta dé- jale saber que quieres más de él, y te lo dará. No le gusta correr delante, echa de menos la compañía.

—Intentaré hacerlo bien, señor Donnelly. Le agradezco que me dé esta oportunidad.

—Es la señorita Grant quien te la ha dado. Pero si mañana te huele el aliento a whisky antes de la gran carrera, no tendrás una segunda.

—Descuide. Correremos por ustedes, aunque no sea más que para enseñarle a ese miserable de Tarmack cómo hay que tratar a un purasangre.

Brian volvió entonces a la cerca, donde lo estaba esperando Keeley.

—No sé si has elegido al mejor jockey, pero está sobrio y quiere ganar, así que es una buena apuesta.

—Esta vez no se trata de ganar, Brian.

— Siempre se trata de ganar.

—Has hecho un trabajo maravilloso con Finnegan.

—Eso no lo sabremos hasta mañana, en Pimlico.

—Te equivocas. Ese caballo ya ha recuperado su orgullo. Y eso te lo debe a ti.

—Por el amor de Dios, Keeley, yo solo le he recordado que podía correr.

«Te equivocas», pensó Keeley. «Tú le has devuelto su orgullo». Pero Brian ya estaba nuevamente concentrado en Finnegan, y sacó su cronómetro.

—Veamos lo bien que se acuerda de correr esta mañana.

La niebla barría la pista oval. Retazos de escarcha brillaban entre la hierba mientras el sol intentaba abrirse paso débilmente entre las nubes. Al sonido de una campana, se abrieron las puertas de salida. Y los caballos partieron como centellas.

—Eso es —murmuró Brian—. Mantenlo centrado. Así, así.

—Son hermosos. Todos ellos.

—Mantén el ritmo —pronunció cuando dieron la primera vuelta, cronometrando mentalmente sus tiempos—. ¿Lo ves? Adapta su ritmo al que va en cabeza. Para él es un juego de niños. Ahora se está preparando... ya, eso es. Es fuerte. Nunca será una belleza, pero es fuerte. Mira, ya se está adelantando —le puso a Keeley una mano en el hombro—. Tiene más corazón que cerebro, y es su corazón el que corre.

Brian detuvo su cronómetro cuando Finnegan entró en la meta, medio cuerpo por detrás del líder.

—Bien hecho. Sí, bien hecho. Yo diría que mañana lo hará muy bien por usted,

señorita Grant.

— No importa.

Más asombrado que ofendido, Brian se volvió para mirarla.

— Con esos comentarios, ¿pretendes que tengamos suerte mañana?

—Para mí es suficiente con verlo correr. Y mejor todavía, verte a ti viéndolo correr —emocionada, le puso una mano sobre el pecho—. Te has enamorado de él.

— Amo a todos los caballos que preparo

—Sí, ya lo he visto, y te comprendo porque lo mismo me sucede a mí. Pero tú estás enamorado en particular de este animal.

Avergonzado porque era verdad, Brian saltó la valla y se alejó para acariciar a Finnegan.

—Vaya. Mi hija y mi propio entrenador preparando a un caballo rival.

Keeley se volvió rápidamente hacia su padre.

—¿Lo has visto correr?

—Los últimos segundos. Ha adelantado mucho y en muy poco tiempo —Travis la besó en la frente—. Me siento orgulloso de ti.

Keeley cerró los ojos. La facilidad y sinceridad con que había pronunciado

aquella frase le hicieron recordar, con rabia y dolor, la reacción de Brian cuando le preguntó si su padre se habría sentido orgulloso de él.

—Cuando vi a ese caballo, reaccioné de inmediato gracias a la educación que mamá y tú me disteis — besó a su padre en la mejilla—. Así que el mérito es tuyo. Brian tenía razón. Finnegan necesitaba correr. Yo quería salvarlo, pero él comprendió que no bastaba con eso. Había que devolverle su vocación.

—Y lo habéis conseguido juntos.

—Es cierto —Keeley se echó a reír al darse cuenta de que tenía razón, pese a que nunca antes había pensado en ello—. Absolutamente cierto.

Había cancelado las clases para ese día. Era, se dijo Keeley, una jornada de fiesta. Un homenaje a la compasión, a la comprensión y al trabajo duro. No solo se trataba del retorno de Finnegan a las pistas, sino que también era la primera carrera importante de Betty. Sus padres estarían allí, al igual que Brendon.

Llegó al hipódromo al amanecer, para disfrutar del placer de asistir a los ejercicios de la mañana. El ambiente hervía de impaciencia y expectación.

—Cualquiera diría que esto es el Derby

—comentó Brendon—. Estás nerviosísima.

— Nunca antes había poseído un caballo de carreras. Y estoy segura de que este será el primero y el último. Voy a gozar de cada momento, pero... Esta no es mi pasión.

No es como la tuya, o la de papá.

—Tú ya canalizaste tu pasión hacia la academia de hípica. Nunca creí que dejarías de competir, Keel.

—Yo tampoco. Y tampoco imaginé que encontraría algo que me llenara tanto.

Se detuvieron para dejar pasar a los caballos que regresaban de los ejercicios de la mañana, conducidos por sus jockeys.

—Este es tu ambiente. Yo solo me conformo con verlo —le confesó ella.

—Entonces qué estás haciendo aquí, tan temprano?

—Cumplir con una maravillosa tradición familiar: hacer de mozo de cuadra de Finnegan.

Aquello era algo nuevo para Brian, y no se mostró precisamente muy encantado cuando al rato Keeley le comunicó sus intenciones.

—Los propietarios no trabajan como mozos de cuadra. Se sientan en las gradas o suben al restaurante. Se quitan de en medio, vamos.

Pero Keeley continuó cepillando cuidadosamente a Finnegan.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en Royal Meadows?

—Desde mediados de agosto — la miró frunciendo el ceño.

—Bueno, pues entonces deberías haberte dado cuenta de que los Grant nunca se quitan de en medio.

—Que me dé cuenta de ello no significa que lo apruebe. Cepillar un caballo o entrenarlo para tu escuela es muy distinto que preparar un purasangre antes de una carrera.

—Ya lo sé. ¿No te parece que soy perfectamente consciente de lo que estoy haciendo? —replicó Keeley, suspirando.

—Hay que vendarle las patas.

En silencio, Keeley señaló las vendas que colgaban de un bolsillo de sus vaqueros.

Brian siguió observándola. Necesitaba ver a Betty, que correría en la segunda carrera.

—Y necesita que le hablen.

—También sé cómo hablarle, ¿sabes? Brian juró entre dientes, furioso y avergonzado a la vez.

—Prefiere que le canten.

—¿Perdón?

—He dicho que prefiere que le canten.

—Oh —exclamó Keeley—. ¿Alguna canción en particular? Espera, déjame adivinar... ¿Finnegan 's Wake? — se echó a reír al ver la expresión furiosa de Brian.

—Pues sí. Le gusta oír su propio nombre.

—Conozco la música —intentó reprimir otra carcajada—, pero dudo que recuerde toda la letra.

—Hazlo lo mejor que puedas —musitó Brian antes de alejarse. Todavía chasqueó los labios disgustado cuando escuchó a Keeley tararear la canción. Al llegar al cubículo

de Betty y descubrir allí a Travis, sacudió la cabeza—. Debería haberlo sabido. Los Grant se multiplican cuando tropiezas con uno.

Travis le dio a Betty una última palmadita en el lomo.

—¿Era Keeley la que estaba cantando? — preguntó,

— Sí. Se ha empeñado en preparar personalmente a Finnegan para la carrera.

—No me extraña, con lo cabezota que es.

—Nunca me había visto en la necesidad de espantar a tanto propietario. No los necesitamos, ¿verdad, querida? — le preguntó a Betty, que pareció aprobar su comentario sacudiendo la cabeza.

—Esa maldita yegua está loca por ti.

—Puede que le pertenezca a usted, señorita, pero es mi verdadero amor —bromeó Brian—. Eres preciosa —comentó, pasando del inglés al gaélico mientras seguía murmurándole cariñosas palabras—. Le gusta sentirse estimulada antes de una carrera. La sacaré a dar un paseo por el

hipódromo antes del gran momento. Le encanta desfilar.

Keeley terminó de preparar a Finnegan y, cansada, decidió tomarse un pequeño descanso antes de que empezara su carrera. Salió al exterior y parpadeó varias veces, cegada por el sol. Tan pronto como pudo enfocar la vista vio a Brian sentado cerca de la puerta de las cuadras, sobre un cubo volcado.

Experimentó una inmediata sensación de alarma. Brian tenía la cabeza apoyada entre las manos, y estaba absolutamente inmóvil.

—Qué te pasa? ¿Sucede algo malo?

—se arrodilló a su lado—. ¿Es Betty? — inquirió sin aliento—. Yo creía que estaba corriendo.

—Y lo estaba. Ya ha corrido. Ha ganado.

—Dios mío, Brian, creía que había pasado algo malo.

Brian dejó caer las manos y ella pudo ver la expresión sombría de sus ojos, llenos de emoción.

—Ha sacado dos cuerpos y medio al segundo —explicó—. Ha ganado por dos cuerpos y medio, y te juro que creo que no se ha esforzado al tope. Nada podía alcanzarla. Nada. Nunca en toda mi vida pude imaginar que tendría alguna vez un caballo como ese en mis manos. Es un milagro.

Keeley apoyó las manos en las rodillas, sentándose sobre los talones. «Pasión», pensó. Antes había hablado con Brendon de ello, pero en aquel instante lo estaba viendo con sus propios ojos.

— Tú la «hiciste» — antes de que él pudiera decir algo, sacudió la cabeza—. Eso es lo que me dijiste una vez. «Yo no domo caballos. Los hago».

—No puedo pensar bien en este momento. La carrera ha sido muy fuerte. Betty necesita tiempo para madurar, para enfrentarse a las competiciones importantes de verdad — se pasó las dos manos por el pelo.

—¿Por qué no estás allí, haciendo compañía a la ganadora?

—Eso es para tus padres. Betty es su caballo, no el mío.

— Creo que todavía tienes mucho que aprender —Keeley se incorporó, sacudiéndose el polvo de las rodillas de los pantalones—. Bueno, Finnegan actuará dentro de muy poco. ¿Por qué no me acompañas y le echamos un vistazo?

Brian suspiró, levantándose.

— Creo que sacará una buena posición

—le dijo a Keeley mientras la seguía a las cuerdas—. No estaría mal apostar por él.

—Yo tengo esa intención, desde luego —sacó unos papeles de la chaqueta que había dejado a un lado, al tiempo que él revisaba las vendas de las patas de Finnegan.

—Las vendas están muy bien apretadas.

—Me alegro de que lo apruebes. Mira

—le tendió los papeles.

—¿Qué es esto?

—Los documentos que certifican tu participación al cincuenta por ciento en la posesión de Flight of Fancy, también conocido como Finnegan.

—¿De qué estás hablando?

—Poseemos ese caballo entre los dos.

—No seas ridícula —replicó, nervioso. Le sudaban las palmas de las manos—. No puedo aceptarlo.

Keeley había esperado que se negara de primeras, pero no había imaginado que se pusiera tan pálido y agresivo.

—¿Por qué? Tú lo has entrenado.

— He trabajado solo un par de semanas con él, durante mi tiempo libre. Y ahora guárdate eso y déjate de tonterías.

Cuando Brian se dispuso a retirarse, Keeley le bloqueó el paso.

— En primer lugar, Finnegan no correría hoy de no haber sido por ti. Y en segundo, estás tan encariñado con él como yo. Probablemente más. Si es por el dinero...

—No es el dinero.

—¿Entonces qué es?

—Yo no poseo caballos. No quiero convertirme en propietario.

—Es una pena, porque lo medio propietario, si quieres.

—Te he dicho que no lo acepto.

—Ya lo discutiremos más tarde.

—No hay nada que discutir.

Keeley salió del cubículo, sonriendo dulcemente.

—¿Sabes, Brian? Que hagas maravillas con los caballos no significa que puedas imponerte tan fácilmente sobre mi voluntad. Voy a apostar por «nuestro» caballo. Y a ganar.

—No es nuestro... —se interrumpió, jurando entre dientes, cuando ella ya se



retiraba—. Y no apuestes a ganar —musitó—. No es nada personal —le dijo a Finnegan, que parecía mirarlo con una conmovedora expresión de tristeza—. Lo que pasa es que yo no puedo poseer cosas. Te profeso un gran afecto y respeto, pero... ¿qué sucederá cuando tenga que irme dentro de un año o dos?

Brian lamentaba estar tan nervioso, pero no podía evitarlo. Solo era un caballo más, una carrera como cualquier otra. Estaba encariñado con Finnegan, por supuesto, y quería que triunfara aquel día. Pero no se hacía ilusiones de que fuera un campeón.

Lo cual no evitaba que sintiera un penoso nudo de nervios en el estómago.

—La pista está seca y es muy rápida — le comentó a Larry, el jockey—: eso le conviene a Finnegan. Blue Devil es el número seis, el favorito de las apuestas. Tiene sus razones.

—Conozco a Blue Devil —asintió Larry, mascando chicle—. Le gusta ir en cabeza y lleva un ritmo muy rápido.

—Supongo que eso es lo que hará hoy. Necesito que sientas lo que Finnegan lleva dentro. No quiero que lo fuerces, pero no lo retengas pasada la primera vuelta.

—Descuide, señor Donnelly. Aquí viene la señorita Grant a saludarnos. Es un caballo estupendo, señorita. Ha hecho un buen trabajo con él.

— Sí — afirmó Keeley, que acababa de llegar apresurada de la ventanilla de apuestas—. Sí, «hemos» hecho un buen trabajo —añadió mientras acariciaba a Finnegan. Cuando resonó en los altavoces la llamada para que salieran los caballos, se hizo a un lado—. Buena suerte.

—Háblale —instruyó Brian a Larry por última vez—. No te olvides de hablarle durante toda la carrera.

—Toma —le dijo Keeley a Brian cuando se quedaron solos.

—¿Qué es esto?

—He apostado cincuenta de tu parte.

—Maldita sea...

—Ya me lo devolverás de los beneficios. Será mejor que vayamos a la barrera. No quiero perderme la salida. ¿Has visto a mi familia?

—No. Deben de andar por ahí: los Grant estáis por todas partes —la tomó de la mano mientras se abrían paso entre la multitud—. No sé por qué no te has subido al restaurante, desde donde habrías podido ver la carrera como Dios manda.

—Qué esnob eres...

—No se trata de... Quiero que rompas esos papeles. No tengo el menor interés por tu caballo.

—«Nuestro» caballo, querrás decir. ¿Quién es el número tres? He perdido mi folleto.

—Prime Target, ocho a cinco: le gusta atacar desde detrás. Keeley, yo...

—De acuerdo. Allá vamos —le lanzó una radiante sonrisa—. Nuestra primera carrera.

Sonó la campana. Los caballos salieron disparados atronando el suelo con sus cascos. Sin aliento, Keeley se aferraba a la mano de Brian. Nubes de polvo cubrían la pista. A la segunda vuelta, el pelotón empezó a desintegrarse.

— Se está manteniendo en cuarta posición —gritó Keeley—. Lo está consiguiendo.

El purasangre que iba en cabeza se adelantó medio cuerpo a los demás. Finnegan seguía acortando distancias, colocándose en tercera posición. En medio del ensordecedor griterío de la multitud, el corazón de Keeley parecía acompasar- se al ritmo de los cascos de los caballos.

—Está ganando terreno —exclamó, riendo de gozo—. Lo va ganando cada segundo. ¿Lo has visto?

Brian no se distraía ni un momento de la carrera, sonriendo de oreja a oreja.

—No lo había valorado lo suficiente. No me había dado cuenta de las agallas que tiene...

Finnegan se destacó entonces como una bala, poniéndose casi a la altura del líder. Y segundos antes de llegar a la línea de meta, lo rebasó por media cabeza.

— Ha ganado — Keeley se volvió hacia Brian, ebria de gozo—. ¡Dios mío, Brian, ha ganado!

—Dos milagros en un solo día —dejó escapar una carcajada, y luego otra, más larga, mientras la levantaba en vilo y se ponía a girar con ella en brazos.

—Nunca lo habría esperado —lo abrazó, besándolo—. Nunca habría esperado que ganara.

—Pero apostaste por él.

—Por amor, no por un cálculo de posibilidades. Nunca creí que ganaría.

—Pues lo ha hecho —la bajó al suelo—. Y eso es lo que cuenta.

—Vamos a celebrarlo.

Mientras que la victoria de Betty había conmovido a Brian por lo que parecía ser la fuerza natural del destino, la de Finnegan lo había dejado embriagado de asombrado deleite. Agarró del brazo a Keeley y se abrió paso con ella entre la multitud.

—Te compraré una botella de champán.

—Mejor dos —le corrigió—. Una por cada caballo. Tenemos que ir al círculo del ganador.

—No, eso tú. Yo no voy nunca al círculo del ganador.

Parecía tan terco como una mula, pero era un hombre, reflexionó Keeley. Y ella sabía pulsar el botón adecuado.

—No tienes que ir por mí, ni siquiera por ti mismo. Tienes que ir por él —le tendió la mano.

A Brian le entraron ganas de soltar una maldición, pero pensó que eso sería malgastar el aliento.

—Iré, como entrenador suyo. Pero es tu caballo. Yo poseo nada de él.

—La mitad —lo corrigió, echando a correr de la mano de Brian—. Ya no decidiremos qué mitad nos corresponde a cada uno.

—Por supuesto que me estoy ocupando de él —Keeley se agachó para quitarle a Finnegan la venda de la pata.

— Deberías estar celebrándolo.

—Esto forma parte de la fiesta. Finnegan y yo nos estamos felicitando mutuamente. Pero podrías hacerme un favor — sacó un billete del bolsillo—. Recoge mis ganancias.

Brian sacudió la cabeza.

—En este momento estoy demasiado enfadado contigo por haber apostado por mí —se inclinó para besarla—. Pero no voy a quedarme con la mitad de Finnegan.

—¿Has oído eso? —Keeley apoyó un brazo en el cuello del caballo—. No te quiere.

—No le digas esas cosas.

— Eres tú quien está hiriendo sus sentimientos.

Observado por aquellos dos pares de ojos, Brian maldijo entre dientes.

—Ya hablaremos de esto en privado, en cualquier otra ocasión.

—Finnegan te necesita. Los dos te necesitamos.

—Eso no es justo —replicó, conmovido.

—Es la verdad.

Parecía encontrarse tan incómodo, pensó Keeley, suspirando. Quería lanzarse a sus brazos, darle una buena lección. Pero aquel no era el momento más adecuado.

— Ya hablaremos — se prometió que muy pronto hablarían en serio de un gran número de asuntos—. Por el momento, disfrutemos.

Brian vaciló mientras ella seguía desenredando las vendas del caballo.

—Formamos un buen equipo —comentó Keeley cuando terminó con aquella tarea y agarró un cepillo—. Juntos podríamos hacer muchas cosas.

—Hemos tenido un buen comienzo. ¿Te apetecería que dentro de un rato saliéramos a cenar juntos?

—¿Por fin me estás pidiendo una cita?

—Me parece lo más apropiado, dadas las circunstancias — sonriendo, señaló el billete de la apuesta—. Al parecer, he conseguido un sobresueldo.

—Entonces acepto encantada.

—Tengo que echar un vistazo a Betty, y asegurarme de organizar su traslado a la finca.

—Si te encuentras con algún familiar mío, diles dónde estoy.

—Lo haré. Ha tenido su momento de gloria, ¿verdad? —murmuró él, señalando al

caballo.

Keeley hizo a un lado el cepillo y se acercó a Brian cuando ya se disponía a salir.

—Tú también, Donnelly.

—Sí. No sé cuándo disfrutaremos de otro.

Keeley le echó los brazos al cuello, apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Habrá más —«para nosotros», añadió en silencio—. Fabricaremos más — le prometió antes de besarle en los labios.

Brian pudo haberse perdido en ella. Resultaba tan fácil cuando lo abrazaba de aquella manera, cautivándolo con su magia...

—Tienes que seguir ocupándote de Finnegan —apretó la mejilla contra la suya, cerrando los ojos—. Volveré a buscarte.

—Te esperaré.

Pero no se movió; permaneció abrazado a ella durante unos segundos más hasta que al fin se apartó, tomándole las dos manos y llevándoselas a los labios.

—No te olvides de darle manzanas. Le encantan.

—Ya lo sé — Keeley tenía la sensación de que el corazón le temblaba—. Brian....

—Volveré —le dijo y desapareció antes de que pudiera pronunciar las palabras que parecían querer brotar de sus labios.

— Algo ha cambiado — susurró Keeley para sí—. Puedo sentirlo — se apretó el pecho con las manos, todavía cálidas por el contacto de las de Brian—. Oh, ha sido un día maravilloso... Y todavía no ha terminado — se volvió hacia Finnegan, que la observaba pacientemente—. Me ama. No puede decírmelo, pero me ama. Lo sé. Antes de que este día termine, vamos a tener que cruzar otra meta. Tengo que ponerme guapa. Cenaremos a la luz de las velas y...

Se interrumpió al oír que la puerta del pesebre se abría otra vez. Creyendo que era Brian, se volvió rápidamente, pero se le congeló la sonrisa en los labios al ver a Tarmack.

—Crees que me has humillado, ¿eh?

—Aquí no es usted bien recibido.

—Me arrebataste el caballo. Y pensaste que podías salirte con la tuya porque eres una Grant.

—Le pagué el precio que me pidió — replicó fríamente Keeley, detectando el olor a whisky en su aliento. Y Finnegan también debía de haberlo percibido, porque empezó a moverse inquieto—. Si tiene alguna queja, acuda a la Comisión de Carreras.

—¿También les ha pagado tu padre? Keeley alzó rápidamente la vista; el hielo de su mirada se convirtió en puro fuego.

— Tenga cuidado con lo que dice de mi padre.

—Yo digo lo que me da la gana —se adelantó hacia ella, con los ojos brillantes—. Sois todos unos tramposos, mira que quitarme mi caballo... —le clavó el dedo índice en un hombro—. Me dijiste que no estaba en condiciones de correr.

—Y no lo estaba —Keeley no le tenía miedo. «Hay mucha gente alrededor», pensó

rápidamente. Solo tenía que dar un grito. Pero una Grant no gritaría a la menor oportunidad: se valía y se bastaba a sí misma para controlar a un estúpido y penoso borracho

—Sí que lo estaba, al menos para ti. Porque corrió y ganó. La bolsa de apuestas me corresponde por derecho propio.

Para Tarmack, todo era cuestión de dinero. Tal y como Brian le había dicho, todo se reducía a datos y números: el sentimiento no aparecía por ningún lado. Se volvió para seguir cepillando al potro.

—Ahora le sugiero que se marche, si no quiere que formule una denuncia contra usted.

—No me des la espalda, pequeña víbora.

Fue más sorpresa que dolor lo que sintió Keeley cuando Tarmack la agarró del brazo obligándola a volverse hacia él. Al dar un tirón para liberarse, se le desgarró la manga de la camisa. A su lado, Finnegan relinchaba nervioso.

—Mírame cuando te hablo. Te crees mejor que yo, ¿eh? —la acorraló contra un costado del caballo—. Crees que eres especial porque tu papá nada en dinero.

—Creo —repuso Keeley con engañosa calma— que será mejor que me quite las manos de encima —se llevó una mano al bolsillo y cerró los dedos en torno a una lima metálica que llevaba consigo.

Todo sucedió muy rápido. Al mismo tiempo que Keeley sacaba del bolsillo su improvisada arma, Finnegan alzó la cabeza y mordió a Tarmack en el hombro. Por segunda vez el borracho la empujó contra el costado del caballo, y se dispuso a propinarle al animal un puñetazo en la cabeza; pero al interponerse Keeley, fue ella la que recibió el golpe en la sien. Cuando la joven se tambaleaba, nublada la vista, Brian apareció de repente como un dios vengador.

Instintivamente, Keeley sujetó a Finnegan de la brida, para tranquilizarlo y también para sostenerse.

—No pasa nada, no pasa nada... —pero al oír el inequívoco sonido de varios puñetazos, gritó—: ¡Brian, no!

Tenía el rostro muy pálido, inexpresivo. Había empujado a Tarmack contra la pared, agarrándolo de la garganta, con el otro brazo distanciado para asestarle un nuevo golpe. La boca y la nariz de Tarmack estaban sangrando. Keeley agarró a Brian del brazo: fue como tocar un pedazo de acero candente.

—Ya está. Déjalo.

Sin mirarla siquiera, Brian la apartó antes de hundir el puño en el estómago de Tarmack.

—¡Déjalo ya! —sollozando, volvió a agarrarle del brazo—. No me ha hecho daño. Suéltalo, Brian. No estoy herida...

Muy lentamente, Brian volvió la cabeza.

—Te ha puesto sus sucias manos encima —pronunció, mirándola con frialdad—. Apártate.

— No — Keeley podía escuchar los gritos de la multitud que ya se estaba

congregando a su espalda. Y podía oler la sangre—. Ya basta. Déjalo en paz.

—No basta —y la apartó bruscamente y con tanta facilidad como si fuera un mosquito.

Keeley, que antes no había sentido miedo ante Tarmack, lo estaba sintiendo ahora con Brian.

—¿Qué pasa aquí?

A punto estuvo de sollozar de alivio al oír la voz de su padre. La multitud se abrió para dejarle paso. Travis la miró, fijándose en la manga desgarrada de su camisa, y le puso una mano en el hombro

— Retírate, Keeley.

—Papá, dije a Brian que lo deje en paz. No quiere escucharme.

—Le ha puesto las manos encima — pronunció Brian a modo de explicación.

—¿Te ha tocado? —le preguntó Travis a su hija.

—Papá, por el amor de Dios... —susurró, bajando la voz—. Lo va a matar...

—Suéltalo, Brian —intervino Adelia, apareciendo de repente y haciéndose cargo de la situación con una sola mirada—. Ya tiene su merecido. Y estás asustando a Keeley.

—Tiene la camisa rota —replicó—. Sáquenla de aquí.

—Lo haré, lo haré. Pero deja en paz ya a este tipo. No merece la pena.

Quizá fuera el tono de voz de Adelia, o su acento irlandés lo que se impuso silenciosamente a la rabia de Brian. Al soltarlo, Tarmack cayó al suelo como un muñeco desmadojado.

—La ha acosado en el pesebre. La ha acosado, poniéndole las manos encima.

Adelia asintió, y miró rápidamente a su marido. Hacía una eternidad, Travis había tenido que enfrentarse con un borracho

que había intentado acosarla. Comprendía la cruda violencia que brillaba en los ojos de Brian.

—Pero ya está bien. No le pasa nada.

—Aún no he terminado —repuso con tono tranquilo. A Adelia solo le dio tiempo a pestañear mientras Brian volvía a descargar su puño contra Tarmack, que se dobló en dos del golpe.

— ¡Para ya! —Keeley se interpuso entre ambos apoyando las manos en el pecho de Brian—. Basta. Está destrozado. Es un borracho y un estúpido, pero ya es suficiente, Brian.

—Te equivocas. Nunca bastará. Nunca será suficiente.

Tarmack estaba a cuatro patas, resollando. Casi sin mirarlo, Travis lo levantó del suelo.

— Te sugiero que le pidas perdón a mi hija y sigas tu camino, si no quieres que este chico acabe contigo.

—Podéis iros todos al infierno —replicó el hombre, humillado—. Todos sin excepción. Presentaré una denuncia.

— Adelante, hazlo — sonrió Travis —. Eres un borracho y un estúpido, tal y como

ha dicho mi hija. Y la has tocado.

—Le estaba gritando, señor Grant — terció Larry, abriéndose pasó entre la multitud de curiosos—. Lo oí amenazarla cuando venía a ver al caballo.

Travis se ocupó de impedir que Brian diera otro paso adelante.

—Espera —le dijo con tono suave, y concentró luego su atención en Tarmack—. Mantente alejado, Tarmack. Si vuelves a ponerle las manos encima a mi hija, lo que te haga Brian no será nada comparado con lo que te haga yo.

Envalentonado una vez que Brian parecía estar bajo control, Tarmack se limpió la sangre de la cara con el dorso del puño.

—¿Y qué si la he tocado? Solo quería atraer su atención. No es tan especial como para que nadie pueda ponerle las manos encima. No le importaba tanto cuando este maldito irlandés la estaba manoseando.

Brian reaccionó de inmediato, pero Travis estaba más cerca y fue más rápido. El puñetazo que le descargó en la mandíbula lo hizo rodar por los suelos.

—Dee, llévate a Keeley a casa, ¿quieres? —Travis se volvió a la multitud, arqueando una ceja—. ¿Sería alguien tan amable de llamar a seguridad?

— No debimos habernos marchado — Keeley paseaba arriba y abajo por la cocina, deteniéndose frente a la ventana cada vez—. ¿Por qué no han vuelto todavía?

— Querida, estás temblando. Vamos, siéntate y bébete el té.

—No puedo. ¿Qué les pasa a los hombres? Habrían sido capaces de machacar a ese idiota. De Brian no me sorprende, pero habría esperado más contención por parte de papá.

Adelia la miró sorprendida:

—¿Por qué? Cuando la ocasión lo exige, se muestra bastante frío y tranquilo, pero aquel hombre había asustado y hecho daño a su pequeña hija y...

— «Su pequeña hija» estaba a punto de defenderse con una lima de hierro — suspiró Keeley—. Nunca había visto a papá pegar a nadie.

—Estaba muy enfadado, Keeley — Adelia vaciló por un instante y le señaló una silla—. Siéntate un momento. Hace muchos años —empezó a relatar— poco después de que yo me viniera a trabajar aquí, cierta noche me encontraba sola en las cuadras. Uno de los caballerizos había estado bebiendo. Me atacó en uno de los pesebres.

—Oh, mamá...

— Había empezado a desgarrarme la ropa cuando entró tu padre. Por un momento creí que lo mataría a golpes. Estuvo golpeándolo fría y sistemáticamente, con una especie de rabia helada. Eso mismo fue lo que vi hoy en el rostro de Brian —le tocó suavemente el leve mo- ratón que tenía en la sien—. Y no puedo culparlo por ello.

—Yo no lo culpo —repuso Keeley, tomándole las manos—. Pero esto no es lo mismo. Tarmack se enfadó por lo del caballo, y quiso intimidarme.

—Una amenaza siempre es una amenaza. Si yo hubiera aparecido allí primero,

probablemente le habría atacado yo. No te inquietes tanto, querida.

— Es lo que intento — tomó su taza de té, pero volvió a dejarla sobre la mesa—. Mamá, lo que Tarmack dijo de Brian, acerca de que me estaba manoseando... No fue así. Las cosas son diferentes entre nosotros.

—Lo sé. Estás enamorada de él.

—Sí. Y él me ama a mí, lo que pasa es que aún no se ha atrevido a decírmelo. Pero me preocupa que papá... estaba muy alterado, y si ha hecho caso de lo que ha dicho ese estúpido... — se levantó nuevamente de la mesa—. ¿Cómo es que no han vuelto todavía?

Continuó paseando nerviosa hasta que finalmente apuró el té y se tomó una aspirina para el dolor de cabeza, esforzándose por tranquilizarse.

Saltó disparada de la silla cuando oyó unos pasos en el sendero de grava. Al abrir la puerta vio a su hermano Brendon en el umbral, y detrás a su padre, que estaba bajando del todoterreno. Más allá distinguió la camioneta de Brian, dirigiéndose a su vivienda.

— Me he perdido la fiesta — aunque su tono era ligero, los ojos de Brendon tenían el mismo brillo de furia que ella había visto en los de Travis—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —respondió Keeley, con la mirada fija en su padre. No podía distinguir su expresión mientras se acercaba—. Perfectamente —añadió, dispuesta a salir de casa antes de que ellos entraran.

— Preferiría que te quedaras dentro — pronunció Travis.

«Se está conteniendo», pensó Keeley. Seguía tan furioso como antes, y resultaba impresionante, y algo atemorizador, ver los esfuerzos que hacía por controlar su rabia.

—Tengo que ver a Brian —lo miró como suplicando su comprensión—. Tengo que hablar con él. Ahora mismo vuelvo —y después de apretarle cariñosamente el brazo, salió de la casa.

—Déjala, Travis —le pidió Adelia desde el umbral—. Necesita resolver esto.

Con los ojos entrecerrados, Travis vio cómo su hija corría hacia Brian.

—Dispone de cinco minutos.

Keeley lo alcanzó cuando se disponía a subir los escalones de su vivienda.

—Espera. Estaba tan preocupada... — quería lanzarse a sus brazos, pero Brian retrocedió un paso y su expresión se tornó fría como el hielo—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Tu padre ya se encargó de ese tipo. No volverá a molestarte.

—No era eso lo que me preocupaba — replicó de inmediato—. ¿Estás bien? Debí haberme quedado antes y...

—No hay nada de que preocuparse.

—Brian, quería decirte que yo... ¡oh, Dios mío! Tus manos —con los ojos llenos de lágrimas, fijó la mirada en sus magullados nudillos—. Lo siento tanto... Permíteme que te cure las manos...

—Puedo arreglármelas solo.

— Hay que limpiarte las heridas y...



Brian se apartó bruscamente, y juró entre dientes al ver una lágrima rodando por el rostro de Keeley.

—Maldita sea, no llores. No estoy de humor para soportar lágrimas encima de todo lo que ha pasado.

—¿Por qué te pones así conmigo?

—Tengo cosas que hacer —empezó a subir las escaleras—. No quisiste que te defendiera, ¿verdad? —exclamó de repente, volviéndose hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

—Te sirvo para un revolcón en la cama o para ayudarte con los caballos. Pero no para defenderte.

—Eso es absurdo —las lágrimas que había estado conteniendo durante las últimas horas empezaron a resbalar por su rostro—. ¿Se suponía que tenía que quedarme viendo cómo matabas a ese hombre?

—Sí —le espetó, agarrándola de los hombros—. Tú me lo quitaste y, al final, se lo entregaste a tu padre. Aquello era asunto mío, me correspondía a mí solventarlo, aunque sea un maldito irlandés

Y...

—¿Qué está pasando aquí? —por segunda vez en aquel día Travis estalló en cólera. Adelia se encontraba a su lado. Y en aquella ocasión vio que su hija estaba llorando—. ¿Qué diablos sucede? —volvió a demandar, fulminando a Brian con la mirada.

—No estoy segura —Keeley intentó contener las lágrimas mientras Brian la soltaba—. Este idiota de aquí piensa que yo comparto la opinión de Tarmack sobre él, solo porque no me quedé a ver cómo lo reducía a pedacitos. Al parecer he herido su orgullo. Estoy cansada —añadió, dirigiéndose a su madre.

—Sube a casa —le ordenó Travis—. Quiero hablar con Brian.

—Me niego que me trates como si fuera una niña. Esto es asunto mío. Mío y de...

—No le hables a tu padre en ese tono. La orden de Brian suscitó variadas reacciones. Keeley se quedó asombrada, Travis frunció el ceño con expresión pensativa y Adelia tuvo que disimular una sonrisa.

—Disculpame, pero estoy harta de que me interrumpan a cada momento y me hablen como si fuera una irritante niña de ocho años.

—Pues entonces no te comportes como tal —le sugirió Brian—. Puede que mi familia no fuera rica, pero me inculcó el respeto a los mayores —a continuación se dirigió a Travis—: Me disculpo por

haber organizado otra escena. Todavía no me he recuperado del todo. Aún no te he dado las gracias por haber evitado cualquier problema que hubiera surgido con el servicio de seguridad.

— Había gente más que suficiente que había visto lo sucedido. No habría surgido problema alguno.

—Pero si hace un momento estabas furioso precisamente porque mi padre había resuelto la situación... —señaló Keeley.

—Y sigo estando furioso.

—Oh, muy bien —dado que la violencia era el humor que parecía predominar últimamente, le clavó el dedo índice en el pecho—. ¿Sabéis una cosa? Este hombre tiene la retorcida idea de que no lo considero lo suficientemente bueno como para defenderme de un idiota borracho. Bueno, pues yo tengo algo que replicar a eso, maldito irlandés del demonio. Yo sola me estaba defendiendo perfectamente de aquel tipo.

—Ya. De un tipo que te doblaba en estatura y...

—Me estaba defendiendo bien, pero aprecio de todas formas tu ayuda.

—Al diablo. Es como con todas las demás cosas. Siempre lo tienes que hacer todo tú sola. Nadie es tan inteligente, ni tan lista, ni tan capaz como tú. Solo tienes que silbar para tenerme a mí como diversión.

—¿Es eso lo que piensas? —exclamó, lívida—. ¿Que hago el amor contigo por diversión? Tú, miserable, villano, repugnante... —levantó ambos puños y los habría usado si Travis no se hubiera adelantado para agarrar a Brian de la camisa.

—Debería darte una buena lección...

—Oh, no, Travis... —se quejó Adelia.

—Papá, no te atrevas a... Tengo una idea. ¿Por qué no nos peleamos entre todos de una vez? Ya estoy harta. Soy una mujer adulta. Una mujer adulta —repitió, interponiéndose entre Brian y su padre—. Yo solita me eché en sus brazos.

Tuvo una perversa satisfacción al ver la cara de asombro con que la miró Travis.

—Eso fue lo que pasó. Me eché a sus brazos yo solita. Lo deseaba, fui a por él y lo seduje. ¿Y ahora qué? ¿Estoy castigada?

—No importa cómo sucedió —pronunció Brian, dirigiéndose a Travis—. Yo tenía experiencia, y ella no. No tenía ningún derecho a tocarla, y lo sabía. Si yo estuviera en tu lugar —se dirigió a Travis— me propinaría un puñetazo.

—Nadie va a pegar a nadie —intervino Adelia, posando una mano en el hombro de Travis—. Querido, ¿tan ciego estás que no puedes ver lo que sucede entre ellos? Deja al chico en paz.

No, Travis no estaba ciego. En los ojos de Brian había visto su vida cambiar por completo. Había visto cómo su niña, su hijita, se había convertido en una mujer.

—¿Qué piensas hacer?

—Dentro de una hora ya me habré ido.

—¿Ah, sí? —inquirió Travis, experimentando una amarga diversión.

—Sí —por primera vez, Brian descubrió que nunca podría llevarse consigo todo lo que necesitaba. Nunca podría meterlo en su mochila—. Podrá arreglárselas

provisionalmente con Reivers hasta que consiga otro entrenador.

«El típico y terco orgullo irlandés», pensó Travis. Bueno, contaba con una gran experiencia vital para manejarlo.

—Ya te diré yo cuándo estás despedido, Donnelly. Dee, todavía conservamos en la casa aquel rifle, ¿verdad?

—Oh, claro —respondió de inmediato Adelia— Creo que podría manejarlo sin problema.

«Sí, es una amarga diversión», se dijo Travis mientras observaba la repentina palidez del rostro de Brian.

—Bueno es saberlo —soltándolo, se volvió hacia Keeley—. Ya hablaremos después tú y yo.

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas mientras veía marcharse a sus padres. Y sobre todo cuando vio a Travis tomar a su esposa de la mano, asegurando aquel sólido vínculo que siempre los había unido.

—He luchado por muchas cosas — pronunció con tono suave—. He trabajado por muchas cosas, he querido muchas cosas. Pero por encima de todo, lo que ellos comparten siempre ha sido mi último objetivo. No te dispararé, Brian, si aún sigues decidido a huir.

Pero no era aquel rifle lo que le preocupaba, sino el sentimiento que se ocultaba detrás de aquella absurda ocurrencia.

—Creo que todos estáis muy confundidos. Ha sido un día muy duro.

—Sí, es verdad.

—Sé quién soy yo, Keeley. El segundo hijo de una familia de clase media-baja, con un padre dado a la bebida y al juego, y una madre amargada y deprimida de tanto trabajar y sufrir. Sé quién soy. Un entrenador de purasangres condenadamente bueno. Nunca me he quedado en un solo trabajo, en un solo lugar, más de tres años. Nunca me he dejado retener por nadie.

— Y yo te estoy reteniendo.

—Podrías hacerlo —la miró, cansado—. Y luego, ¿qué sería de ti?

—No estás diciendo más que tonterías —repuso ella, suspirando—. Yo también sé quién soy, Brian. Soy la hija mayor de unos padres maravillosos. Soy una privilegiada, me he educado en una casa llena de amor. Soy una profesora de hípica condenadamente buena, y aquí tengo mis raíces. Quiero retenerte aquí, Brian — murmuró, acunando su rostro entre sus manos—. Llevo queriéndolo desde que descubrí que estaba enamorada de ti.

— Lo estás confundiendo todo — la sujetó de las muñecas—. Ya te dije que el sexo complicaba las cosas —pronunció, asustado.

—Sí, lo recuerdo. Y, por supuesto, dado que tú eres el único hombre con el que he estado, ¿cómo habría podido discernir la diferencia entre sexo y amor? Para no hablar de que yo soy una mujer inteligente y autosuficiente, y de que la única razón de que tú seas el único hombre con el que estado es porque también eres el único al que he amado. Brian... —se acercó a él. Un brillo de humor apareció en sus ojos al ver cómo

retrocedía—. He tomado una decisión al respecto. Y ya sabes lo testaruda que soy.

—Yo entreno los caballos de tu padre.

—¿Y qué? Mi madre trabajó incluso en las caballerizas.

—Eso es distinto.

—¿Por qué? Ah, porque ella es una mujer. Qué tonta he sido al no darme cuenta de que no es posible que nos amemos, que construyamos, una vida juntos. Claro, si hubiera sido al contrario y tú poseyeras Royal Meadows y yo trabajara para ti, no habría habido ningún problema... Eres sencillamente ridículo, Brian, pero te amo de todas formas. Te amo con locura. ¿Puedes tú decirme lo mismo? ¿Eres capaz de mirarme a los ojos y decirme lo mismo?

— Si lo hiciera, ya no podría echarme atrás —deslizó la punta de sus dedos por el leve moratón que tenía en la sien.

—Eres un cobarde.

—No me pongas contra las cuerdas.

—Mírame. Hoy he sacado muchas conclusiones, Brian. Me tienes miedo... tienes miedo de lo que sientes por mí. Siempre has sido el único de los dos que se retraía cuando estábamos en público, apartándote siempre que quería acariciar- te o tocarte. Eso me hacía daño.

—Yo nunca quise hacerte daño —le aseguró, consternado.

—¿Cómo podía evitar enamorarme de ti? De una cabeza dura y de un corazón tan tierno como el tuyo... Es irresistible. Aun así, me dolía. Pero pensé que solo era una extravagancia, un esnobismo por tu parte. No suponía que eran nervios.

—No soy ni un esnob ni un cobarde.

—Abrázame, bésame y dímelo.

—Maldita sea —la agarró de los hombros, incapaz tanto de abrazarla como de apartarla de sí—. Ocurrió la primera vez que te vi, el primer instante. Nada más verte se me paró el corazón, como si me lo hubiera fulminado un rayo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué me hiciste esperar tanto?

—Pensé que lo superaría.

—¿Superarlo? —inquirió Keeley, arqueando las cejas—. ¿Como si fuera un simple resfriado?

—Quizá —la hizo a un lado y se volvió para fijar la mirada en el horizonte.

Keeley cerró los ojos, dejando que la brisa le acariciara el cabello, las mejillas. Finalmente los abrió y sonrió.

—Un buen resfriado no se puede superar así como así.

—Dímelo a mí. Yo nunca quise poseer cosas —le confesó, de espaldas a ella—. Era una cuestión de principios. Pero cuando un hombre decide establecerse, las cosas cambian.

«Las cosas cambian», se repitió. Quizá había estado huyendo durante demasiado tiempo. Pero al huir, ¿no había acabado por llegar al sitio donde siempre había soñado con estar? El destino. Había sido tan testarudo que no lo había aceptado hasta que le estalló delante de la cara.

—Tengo algún dinero ahorrado. Hay suficiente para financiar la construcción de una casa. Querrás tener una cerca de tu academia, de tu familia.

Keeley tuvo que cerrar nuevamente los ojos.

—Esos son detalles que habitualmente suelo apreciar, pero que ahora mismo no constituyen mi prioridad. Dímelo, Brian. Necesito que me digas que me amas.

— Es lo que estoy haciendo — se volvió hacia ella—. Nunca pensé que querría una familia. Quiero tener hijos contigo, Keeley. Por favor, no llores.

—Me estoy aguantando las ganas. Continúa. Y dímelo ya.

—Nunca le he dicho esto a ninguna mujer. Serás la primera y la última. Te amé desde el primer instante en que te vi. Y con el tiempo mi amor por ti se ha fortalecido y acentuado, como si llevara algo maravillosamente vivo en mi interior.

—Eso es todo lo que necesitaba oír — le tomó una mano y la apretó contra su mejilla—. Cásate conmigo, Brian.

—Maldita sea. ¿No me dejarás que sea yo quien te lo pida?

Keeley tuvo que morderse el labio para no echarse a reír.

— Perdona.

—Bueno, da lo mismo, qué diablos — rió Brian—. Por supuesto que me casaré contigo.

—Ahora mismo.

—Ahora mismo. Te amo, Keeley, y dado que eres lo bastante estúpida como para querer casarte con un maldito irlandés del demonio, ahora mismo iré a pedirle tu mano a tu padre.

—Eso, pídesela, Brian...

— Lo haré con toda corrección. Pero te llevaré conmigo, no sea que quiera dispararme con ese rifle.

Keeley se echó a reír.

—Tranquilo, yo te protegeré.

Empezaron a caminar a través de los prados adornados por los colores del otoño, donde pastaban plácidamente los caballos. Y cuando Brian la tomó de la mano, Keeley se sintió la mujer más feliz del mundo.

**Nora Roberts - Serie Corazones irlandeses 3 - Rebelde irlandés (Harlequín by Mariquiña)**